

ENDUENDADO

FABIAN PIANDA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE ARTES
PROGRAMA DE ARTES VISUALES MAESTRIA
SAN JUAN DE PASTO
2016**

ENDUENDADO

FABIAN PIANDA

**PROYECTO DE GRADO PRESENTADO PARA OPTAR EL TÍTULO DE
MAESTRO EN ARTES VISUALES**

**ASESOR:
MAESTRO OVIDIO FIGUEROA**

**JURADOS:
MAESTRO ALFREDO PALACIOS
MAESTRO DUMER MAMIAN**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE ARTES
PROGRAMA DE ARTES VISUALES MAESTRIA
SAN JUAN DE PASTO
2016**

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el presente trabajo de grado, son responsabilidad exclusiva de su autora.”

Artículo primero del acuerdo número 324 de Octubre 11 de 1966, emanado del honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de Aceptación

Firma del Presidente del Jurado

Firma Jurado

Firma Jurado

San Juan de Pasto, Junio 2016

AGRADECIMIENTOS

El autor expresa sus agradecimientos a:

María Helena Pianda por su amor de madre y por creer siempre en mí, a María del Rosario Pacichana y a mi familia por su apoyo.

Al Corregimiento de Genoy. Por su historia y su encanto, donde aprendí el valor de la palabra oral, cargada de belleza profunda y autentica verdad.

A los maestros y compañeros del programa de Artes Visuales, Maestría.

RESUMEN

El desarrollo del presente trabajo se centra en la realización de una serie de dibujos entorno a la leyenda del duende y el enduendamiento. Igualmente reflexiona en torno al dibujo y su relación con la intuición, que llega de las experiencias sensibles e inmediatas y emocionales, en contra de las objeciones que la reflexión racional representa. Sin dejar de interpretar el enduendamiento como una experiencia que amplía los sentidos y que alimenta tanto el dibujo como el análisis de la vida del artista.

Así mismo se encarga de señalar el valor de la palabra oral. Pues es la palabra la que engendra el universo y lo nombra, recalca que la palabra nacida de la oralidad tiene poder y está relacionada con lo sagrado, guardando la memoria del principio del hombre en el tiempo. Señalando que la palabra es sabia porque enseña y despierta al hombre a su esencia.

ABSTRAC

The development of this work focuses on the realization of a series of drawings environment legend Elf and enduendamiento. Also discuss about the drawing and its relationship with the intuition that comes from sensitive and immediate and emotional experiences, against the objections represents rational reflection. While interpreting the enduendamiento as an experience that expands the senses and feeds both the drawing and the analysis of the artist's life.

Likewise, it is responsible for identifying the value of the spoken word. It is the word that engenders the universe and names, emphasizes that the word born of orality has power and is related to the sacred, keeping the memory of the beginning of man in time. Noting that the word is wise because it teaches and awakens man in his essence.

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	9
ENDUENDADO	10
(Relato)	10
DIBUJOS	22
CONCLUSIONES	216
BIBLIOGRAFIA	217

PRESENTACIÓN

Esta narración titulada el “Enduendado” es el testimonio de un proceso que surge del aceptar el desconocimiento de la oralidad como una prueba de la marginalidad que padecen las culturas indígenas. Pero al mismo tiempo demostrar que mi propia aventura de vivir crea sentido a partir de la palabra de nuestros mayores, la de la tradición, con la que se nos explica el mundo.

La oralidad que contiene fuerza del principio de las cosas para recrear el mundo posee en su centro la magia de la literatura oral, con sus mitos y leyendas, con sus fabulas y cuentos que tienen como objetivo revelarle la vida al hombre. Es entonces a través de la aceptación de la existencia del duende y de la experiencia del enduendamiento, del encuentro con su espíritu, que el hombre conoce como la vida se revela. Son este tipo de experiencias las que logran ponernos de frente a lo que desconocemos de nosotros mismos. Una vez tentados por el duende la vida se vuelve interrogaciones que es preciso responder. El tiempo de la memoria asiste a nuestra ayuda. El deseo de ser y a la vez de sentirnos libres nos invita a vivir. El enduendado sabe que tiene que resistir a su experiencia, debe volver para contarla, para dar testimonio de que el duende si existe que la palabra de la tradición está viva. La presencia del duende limpia los sentidos, amplia nuestra sensualidad de la vida, nos invita a alimentar la vida por medio del dibujo. Igualmente a entendernos.

ENDUENDADO

(Relato)

Desde el momento en que nacemos los habitantes del Corregimiento de Genoy lo que sin lugar a duda nos cobija es la presencia del volcán. Crecemos con el amor de nuestro taita Galeras. Sentimos su presencia a través de sus rugidos y sus silencios. Él nos habla. Cada uno de los habitantes de nuestra comunidad llevamos sobre nuestras espaldas la joroba del volcán. Esa joroba cargada de memoria e identidad que nos exige salvarnos de la pérdida total del sentido. Más que otro aspecto nos pide aprender a caminar, a levantar la frente, sin perder de vista nunca su horizonte, donde se halla su escudo.

Y ese sentido de la vida lo encontramos en el dialogo con nuestros orígenes. En los saberes que bajan. Con los aires del Galeras que diariamente nos envuelven. Ese conocimiento ancestral que sin cansancio y con constancia nos repiten nuestros mayores. Palabras sagradas, sabias, auténticas, que nos señalan el camino que debemos seguir siempre en busca de la verdad, sin perder nuestro deber de ser auténticos, respetando la vida y la naturaleza que la cobija.

Es alrededor del fogón, del fuego que cocina los alimentos y nutre el amor que abrazamos, la palabra de nuestros mayores, esa que a través de mitos y leyendas nos transmiten enseñanzas para la vida. Para buscar caminar derechito y si se encuentran tropiezos tener el valor de saberse levantar.

Como olvidar tantas noches de espanto que viví en la infancia cuando con el corazón agitado de latir nervioso veía cobrar la vida a cada uno de los engendros que salían de las narraciones de mis abuelos. Sentía que el duende, la viuda, el padre descabezado aparecían de la oscuridad para amenazarme con cargarme para llevarme al otro lado de la vida. Maravilloso es recordar como el miedo era tan intenso que muchas veces no podía evitar sentir como me mojaba los pantalones con orines calientes sueltos por el espanto. El castigo por ser cobarde y por caer en sospecha de alguna culpa era sentarme sobre un ladrillo caliente, en una habitación de tapia y olorosa a humedad. Completamente solo y sin deseos si quiera de llorar. Atado por el abandono.

Pero crecí. Oliendo a tierra y a humedad. Oyendo los rugidos de Galeras y las palabras de mis mayores. Sintiendo la soledad, el distanciamiento de la gente que no nos quería bien, que nos discriminaba. Pero crecí, con el peso de la joroba del

Galeras en la espalda, con la fe y la fortaleza que nos entrega la palabra ancestral, esas palabras que están cargadas de belleza y de verdad profunda.

Y caminé resistiendo a los señalamientos, al olvido y hasta a la indiferencia. Crecí y recorrí la tierra cogido de la mano de la palabra sagrada, la que me orientó, la que me ilumina en mis sueños y ambiciones. La palabra que está en mi memoria y la encargada de levantarme cuando caigo, o en el tiempo en que salí al encuentro del amor, como todos los hombres con el deseo sincero de derrotar a la soledad y como todos los hombres viendo en el corazón de la mujer el mejor lugar para volver al vientre de la tierra, donde todo es agua entrañable, que abraza y protege, donde todo alimenta.

Con el ímpetu del adolescente un día salí al encuentro del primer amor, al encuentro de una mujer que me devolviera en su regazo la paz y la serenidad necesaria para aprender a caminar mirando de frente al taita galeras y poco a poco me inicié en aprender a conocer el cuerpo de la mujer y llevado de la mano de ella también conocí el cuerpo del Galeras.

No es fácil reconocerse en el cuerpo desnudo del padre. No es sencillo caminar por el volcán, tiene sus misterios, sus caprichos, sus lugares secretos en donde uno sin darse la menor cuenta se puede perder. Pero es mágico reconocer que a medida que descubría el cuerpo de una mujer avanzaba en las entrañas del Galeras. Que a medida que develaba cada misterio de la mujer me envalentonaba para caminar y avanzar hasta alcanzar el aliento del volcán. Y si la voz de una mujer es la fuerza del presente, la voz del Galeras es la fuerza de la memoria, la que repite, la voz que se repite, la que no quiere que te salgas del camino, la voz generosa que ilumina. Y caminar por el volcán de la mano del amor, de la mano de una mujer, era más que oportuno para recordar todas esas leyendas que habíamos escuchado alrededor del fuego. Entonces era cuando envueltos por la niebla y el frío debíamos salir corriendo por que veíamos y sentíamos como todos los espantos salían para devorarnos. Pero no valdría la pena dejar de lado las tantas ocasiones en que nos amamos, entre los frailejones del volcán, con besos fríos que queman las entrañas, caricias con manos heladas que palpan y hacer saltar el cuerpo, con todo el silencio de la eternidad encima, admirando de manera inocente como los cuerpos se entregan y siempre, siempre con los ojos vigilantes de los seres del más allá que miran y chillan celosos. Si hay un lugar maravilloso para recorrer enamorado es el Volcán Galeras, si hay un lugar increíble para hacer el amor, es entre los velos de niebla del Galeras y para encontrarse con los espíritus que protegen la tierra ahí está el Galeras.

Muchos años después recuerdo que ya había terminado los estudios de mi carrera de Artes Visuales y como no decirlo que me encontraba muy confundido. Terminaba una etapa en mi vida que había iniciado con muchas expectativas, seguro de poder alcanzar los mejores logros a través de mis aptitudes con el dibujo. Más que convencido que ser artista era una competencia en donde cada quien mostraba sus dotes con la técnica. Y en eso yo me sentía superior en todo y a todos. Pero mientras el tiempo transcurría, la insatisfacción creció, de hecho entre los compañeros habían muchos con virtudes técnicas quizás muy superiores a las mías y lo que más me molestaba era reconocer que el arte no era exclusivamente técnicas. Pero había resistido, y aunque muchas veces estuve listo para decirle adiós a la academia ya que la teoría del arte oscurecía mi entendimiento sentía un aliento que cada vez que ingresaba a las clases me ayudaba a estar mejor. Pero ya transcurrido el tiempo, terminado los compromisos académicos mi desesperación aumentaba, porque realmente estaba confundido, mi técnica era deficiente, no sabía definir el arte y lo peor no sabía nada de mí mismo. Lo único que me orientaba, que me daba orgullo de ver, era aceptar mi fidelidad temática frente a los ejercicios de creación que me habían impuesto. Bien sea por falta de capacidades o de confusión, siempre, siempre había recurrido a la leyenda del duende; el duende estaba presente en todos mis ejercicios. Quizá hasta sin darme cuenta, había querido ser fiel a toda esa tradición oral aprendida alrededor del fuego. Sin ser consciente, no quería desprenderme de mis orígenes, de mis auténticas enseñanzas, así me las hubiera marcado sobre un ladrillo caliente. Como no recordar las maneras desobligantes como mis compañeros recibieron mis ejercicios creativos. Duendes y duendes, no tenían otro tema, quizás no tenía actitud frente a la vida, me daban a entender ellos.

Sí me encontraba confundido. En una de esas tardes mi madre se disponía a salir a recoger leña, todavía cocinamos en el mismo fogón de tres piedras, cuando me dispuse a acompañarla al monte, motivado más por el aburrimiento. Salimos conversando sobre mi porvenir y llegamos al sitio hablando sobre lo que ella esperaba de mí, más era mi madre la que no paraba, sus comentarios, el orgullo de tener a un hijo profesional, sacando adelante con puro esfuerzo, a punta de trabajo, revendiendo fruta en una esquina de la calle de este confuso pasto. Sus expectativas... verme un gran señor, con su destino asegurado, aunque curiosamente sin dejar de preguntarme si ya había entendido que era eso tan bonito del arte. Además de que si ahora que terminaba los estudios yo podía hacer arte. Ninguna de estas inquietudes acertaba yo a responder, pero ocurrió entonces que sentí cansancio en mi vista y cierta inestabilidad para mantenerme de pie. Comencé a llamar a mi madre con fuerza, con desesperación pues no

quería caer, más la visión se hacía a cada momento más y más borrosa, era como si alguien manchara el bosque de un color negro muy intenso. Las hojas se multiplicaban, el verde se expandía y los árboles eran como si cobraran más vida de la que tenían. Pero era el miedo el que se regaba por todo mi cuerpo, y el frío el que con dolor y sin darme ninguna tregua me penetraba. Pensé nuevamente en mi madre pero ella, no me hacía caso, era un fantasma más del bosque, cuando grite su nombre se volvió para verme, pero era horrible, solo lo hizo para reírse de mí, mostrándome todos sus dientes postizos de oro y con su manito se despedía, puedo decir que se la veía feliz de abandonarme, luego resultó peor, ya no me miraba, ya no prestaba su atención, se limitaba a coger leños, que en sus manos se transformaban en culebras resbaladizas, y ocurrió lo más maravilloso en medio de un llanto surgido por el más miserable abandono, con unas lágrimas que me quemaban, observe como los nudos de los troncos de los árboles, se transformaban en vulvitas de mujer, y de ellas comenzaban a aparecer en principio de uno en uno hombrecitos que me miraban celosos. Al principio caminaban, olían la hierba, brincaban de hoja en hoja, y hasta se sumergían en el alma de cada una de ellas. Intenté hallar a mi mamá pero era imposible porque los hombrecitos lo cubrían todo, estaban en todas partes. Sentía como mi rostro se llenaba de calor, como ardían mis orejas. Me sentía extraño, en un lugar desconocido, quería escapar, correr, pero todo era imposible los hombrecitos de orejas puntiagudas robaban mi atención con sus juegos obscenos, entre ellos se acariciaban, jugaban a esconderse dentro de un tronco, debajo de una piedra, o en cualquier hueco de la tierra, se olían entre ellos y en especial sus partes más íntimas. Para mi sorpresa vi como un duende tenían tanto penes como serpiente lleva la cabeza de la medusa. Los penes se movían de manera nerviosa de un lado para otro buscando con sed que penetrar. Hasta que sin tener sosiego con nada terminaron abriendo huequitos por todas partes y penetrando las entrañas de la tierra. No había la menor duda estos engendros con penes gigantes eran duendes. Auténticos duendes que no tenían reservas para poseerse entre ellos, para inventar besos que darse, gritar del deseo y hasta aullar de la más auténtica soledad. Pude ver como penetraban hasta las vacas del sitio y como las partían con sus grandes penes como si fueran de barro. Cuando el animal caía destrozado, del vientre aparecían más duendes, que me amenazaban, que me apuntaban con sus grandes falos. El calor que sentía me provocaba llanto, pero a la vez felicidad. En mi estado sentía felicidad plena, sentía que había logrado llegar a la plenitud de otro mundo, de otra dimensión que me colmaba de auténtica realización. Todo resultó ser una mezcla de pasión y de dolor cuando advertí que por una loma de donde se desprendía una fértil cascada unos duendes gigantes subían en hombros el cuerpo de mi madre, me llenó un sentimiento de auténtica

soledad, volví a los momentos de la infancia, cuando solo en una de las habitaciones de la vieja casa la buscaba por todas partes, la llamaba con llanto y no estaba porque había salido a trabajar, a ganarse el pan diario revendiendo. Me faltaba llanto, sentía que me ahogaba de dolor de sentirme abandonado y llorando desperté en mi cama, tiritando de la fiebre y envuelto en sudor, alrededor de mi cama estaba mi madre, mis hermanos y mi abuela. Me toque la frente y palpe una tira de carne que me habían colocado para el delirio y que ya estaba cocinada de la fiebre. Mi madre me explicó que estábamos cogiendo leña cuando de repente había empezado a gritar como loco, a correr de un lado para otro hasta que me había tirado sobre la hierba para desnudarme que cuando ella se acercó se dio cuenta que el escapulario de la virgen que me había arrancado y que entonces de ver como ardía se santiguo y dijo: ¡Oh duendes porquerías, ya no está aquí, se lo han llevado!

Tres días con sus noches permanecí en cama, fujeteado con ruda y aguardiente cuantas veces fue necesario, prendido en el cuello un collar de ajo macho y con el escapulario reparado de la virgen, la medalla recién comprada de San Benito, en la tienda de las Monjas Conceptas en Pasto y tomando a traguitos agua bendita cada vez que me daba la desesperación o no sabía en donde estaba, me levante fortalecido por los cuidados de mi madre, por todas sus atenciones pero consiente plenamente que todo era y sería inútil, el duende estaba dentro de mí, yo estaba enduendado y seguiría enduendado por el resto de mi vida. Experimentaba una diferencia, el duende no había llegado para vaciar mi espíritu, para perjudicarme, al contrario, estaba dentro de mí, caminaba y caminaba siempre al lado mío, para llenarme la vida, para anunciarme las cosas malas y buenas del transcurrir del tiempo, para acompañarme cuando me siento solo y para explicarme que la vida es un juego y que con argumentos hay que hacer jugarla. Como hacía días que no visitaba a mi dulce novia, la niña de piel blanca y ojos hermosos, salí a su encuentro, esa noche la llene de besos, de caricias, de palabras enduendadas y mientras más la acariciaba, mientras más olía su piel de mujer, yo sentía que el duende me empujaba, me motivaba hablándome al oído; tócala, muérdela, bésala, así no, despacio sin hacerle sentir los dientes; y si ahí se hallaba cuando volteaba a mirar. Luego iban apareciendo, dos, tres, duendes, siempre maliciosos, mostrándome sus bocas abiertas sin dientes. Mi novia, mi mujer se retorció de placer con mi manera de iniciarla en el amor. Y cuando ya me desnudaba pleno, yo me maravillaba de ver mi pene grande, enorme, enfurecido botando baba como el pene de un caballo enduendado, preparaba a mi novia para penetrarla y lo hacía lentamente, despacio porque el recorrido de mi falo era largo. Con cada investida, sentía que la descomponía, que la enduendaba, porque la expresión de sus ojos cambiaba. Entonces ella con el poquito de alma que le quedaba me

preguntaba: ¿En dónde aprendiste hacer esto? Y yo le respondía. En el monte, con el duende acertadamente ella pedía: nunca dejes que el duende se vaya de ti, para que siempre me hagas el amor de esta manera.

Sin embargo, ni el agua bendita lograban sacudir la angustia que sentía mi alma, el vacío, la insatisfacción. Me sentía un buen amante y deseaba más mujeres a diario porque a diario los duendes llevaban a jalarme el pene, a retorcermelo a apretarlo con fuerza y hacerlo crecer, tanto que me lo podía meter en la boca y refrescarlo con mi propia saliva. Pero el vacío era profundo. Me sentía fuerte, pero no me sentía un artista, desconfiaba de mí mismo sin entender el arte, enredado en querer definirlo, aturdido sin saber comenzar. Tenía otras opciones, dedicarme a la albañilería, ganar unos pesos haciendo carteleras escolares o simplemente no hacer nada ni nadie y vanagloriarme ante la gente de que había terminado una carrera. Así no entendiera nada de la misma.

Esa noche tuve una recaída, me volvió la fiebre y en mis nuevos delirios, los duendes llegaron a castigarme, no estaban contentos con mi insatisfacción y con mi inseguridad frente a la vida y a mi porvenir. Una vez más los vi en los juegos delirantes, invadiendo mi mente y mi habitación, pero la sorpresa llegó cuando en medio de esta escena vi entrar a mi novia a quien yo creía tan fiel, tan enamorada de mí, en esta oportunidad sin dudarle ella se entregaba a los duendes y ellos se comían su cuerpo por todas partes con sus penes. Era mi castigo, yo había dudado de mis capacidades y del poder que ellos me otorgaban con su presencia y con el privilegio de su compañía. No había entendido nada del enduendamiento. No eran unas simples fiebres, ni locas alucinaciones. Estaban para darle sentido a mi vida, para abrirme paso en el camino. Para hacerme sentir lo que es la fuerza de la voluntad. Ahora ya los había toreado, estaban enojados conmigo y había que esperar, me habían arrebatado a mi novia, yo era un testigo de cómo con sus lenguas, sus narices y sus falos habían destrozado su candor, su fidelidad ante mí. Ahora ella ya no me pertenecía. Nadie me pertenece a mí ni yo jamás podre pertenecerle a alguien, mi espíritu como el de un duende es errante, en búsqueda constante de su ser. Soy un hombre solo. Al volver a mi conciencia, al salir de la revelación, en cuanto pude salir de mi novia, quería saber si aún se encontraba en este mundo o la habían raptado, si estaba herida, o transformada. No al contrario la halle más bella que nunca, pero con el amor muerto para mí. Hizo a un lado el detalle que le había entregado y muy seria me dijo que teníamos que hablar. Me explico que después de enterarme yo la iba a odiar y hasta a matar, que nunca la iba a perdonar y que después de escucharla ella sabía que a la persona que había conocido lo perdería para siempre. Me confesó que había estado con otro hombre y se echó a llorar. Ya lo sé todo le dije con frialdad ella se puso pálida. ¿Lo conoces? Me preguntó no te preocupes le dije, a mí ya nada me importa. Son los duendes. Es el duende mujer –le dije- es el duende, que llegó a mi vida para

quedarse, y ahora esta disgustado con mi ineptitud frente a la vida, y me castiga llevándose tu amor. Pero no importa –le aseguré-, mírame, continúe, mírame, en lo que me he convertido, y me sentía orgulloso de ser indígena. La verdad que nunca me has valorado, continuaba incriminándola, no pasé de ser un capricho, con el que tú podías jugar a tu antojo. Por un ímpetu decidí desnudarme mostrarme por última vez ante ella y la verdad la sorpresa me la lleve yo al ver el color de mi piel, me sentía como un dios, como si toda la historia de mi pueblo, de mi corregimiento se llenara en mi cuerpo. Alcanzará en mí ser. Sentía el poder dentro de mí. La sangre en mis venas corría libre, enérgica, saludable. Me observaba y me observaba a la mujer de mis sueños, indefensa, débil, atemorizada, la tome con mis manos firmes y crecidas, la bese con gratitud, y la ame toda la noche sin penetrarla, aprendiendo a leer el silencio, memorizando para despedirme su desnudez de mujer, comiéndome sus lágrimas de arrepentimiento. Los duendes mientras tanto habían permanecido quietos en los rincones de la habitación sin moverse, pero como antorchas encendidas por la pasión.

Desvelado, con hambre y con frío, permanecí toda la mañana de ese nuevo día, casi que sin premeditarlo viendo los lapiceros de colores me dispuse a dibujar. Tantas y tantas febriles imágenes que chocaban en mi cerebro fueron cobrando vida a través del dibujo. Con serenidad comprendí que el dibujo limpia la memoria. Al principio era difícil dominar las líneas, los tramados, manejar el espacio de la hoja en blanco. Someter la luz a la sombra. Pero me ahogaba de deseo, me desmoronaba por la pasión y estaba solo, solo en el mundo, solo con mi existencia revelada. Entonces era mágico sentir como los duendes me provocaban, me invitaban a dibujar, me parecía que me levantaban la cabeza, me llenaban de ánimo, me explicaban que yo tenía un origen que me hacía particular, que pertenecía a una raza que se extinguía colonizada una vez más por el consumo. Humillada a través de la mediocridad y la falta de oportunidades para educarse, surgir y expresarse. Claramente entendía que a un mundo capitalista y consumidor le interesa que los pueblos que guardan y enriquecen su memoria desaparezcan. La clave está en la oralidad, en la conservación de nuestra palabra, que al fin y al cabo es lo único que nos queda a los pueblos indígenas. La oralidad y la riqueza de su tradición oral, plagada de mitos, de leyendas, de fábulas y cuentos. Si en esa tradición oral se encontraba el principio de mi vida y de mi presencia como artista. De una manera u otra yo había recurrido al mundo de la leyenda, durante mi formación universitaria, y en particular a la leyenda del duende. Sin dudar yo había vivido con pasión y entrega. La vida hay que narrarla –pensé- y quien más que un artista tiene el deber de dar testimonio de lo que ha sido su transcurrir. Yo tenía como recurso el dibujo, para narrar, para escribir mi vida. Ahora todo era claro, todo era revelador. Mis sentidos se encontraban bien abiertos al mundo y yo estaba dispuesto a expresarme.

A medida que trazaba, a medida que aparecían duende tras duende, era más consiente que debía arriesgarme, que sin pudor debía conocerme; como así mismo aceptaba que tenía mucho por hacer dentro de la técnica del dibujo. Nunca se alcanza la perfección, nunca se termina de aprender a dibujar y esto es lo más maravilloso de este arte, porque siempre te mantiene vivo, atento frente a la vida. En muchas ocasiones sentía el deseo de destrozarme mis garabatos, los consideraba pésimos. Más de una vez en medio de pesadillas cualquier duende desalmado me gritaba: ¡que horribles son tus dibujos, como feo eres tú!. Deseaba renunciar a todo me convencía de que era una más entre los que no tienen oportunidad en la vida. Y que yo un simple indígena carecía de opciones dentro del dibujo, ya que en verdad no había nacido para esto.

Todo podía pensar de mí, en todo podía creer, pero lo que si definitivamente no pude dejar de hacer es dibujar. Y dibujaba aislándome del mundo, dándole la espalda al mundo, dándole la espalda al mundo de los demás, distanciándome de su cotidianidad. Asilándome de todo. Recuerdo que alguien en alguna ocasión me dijo que yo ya no era de este mundo, que ya no pertenecía a mi comunidad, pues me había distanciado de todo. Permanecía encerrado, enconchado en el tiempo dibujando. Disfrutando de mi soledad y del reto del papel en blanco. Incluso llegué a abstraerme tanto con el dibujo que por un tiempo los duendes desaparecieron, no volvieron a visitarme, no volvieron a interrumpir la cotidianidad de mis días, dibujaba hasta tarde y cuando me disponía a descansar lo dormía a plenitud. A medida que los días transcurrían mis experiencias del pasado las consideraba como un sueño, como un estado de inconciencia en donde ya comenzaba a sospechar si había sido verdad o mentira. Olvidaba que los duendes habían llegado para quedarse y lo más grave que los duendes me tenían castigado.

Por el pueblo de Genoy un día comenzó a regarse la noticia que la mujer de mi tío Wilson había desaparecido repentinamente, yo no le puse cuidado al acontecimiento. Con tanta gente que desaparece a diario, no era para alarmarse. Además lo más posible era que del ocaso de mi tío pues hacía un tiempo que se había separado, ella se hubiera marchado con otro. A la mujer siempre le nace probar otros rumbos, esa es su manera de ser. Mi tío era como el padre que nunca tuve para mí, quien me había dado su amor y su confianza, a quien yo podía pedirle un favor y hasta un consejo. El tío que nunca me respondía con un no. Pero lo más importante, siempre había creído en mí, siempre había pensado que era el orgullo de la familia, el encargado de dar nombre a la familia Pianda. Me había hecho creer que tenía dones diferentes a los que tienen los demás. El con su exmujer tienen dos niñas, a las que indiscutiblemente ama y por las que trabajaba para apoyarlas en todo. A cada momento les enseñaba a ellas y a mí con su ejemplo, el valor de trabajar, de ser honrado, de no mentir, por todo eso era mi tío, tenía en mi corazón un lugar bien señalado. Luego de unos días de

búsqueda infructuosa y de esperar, los rumores acerca de la desaparición de la mujer aumentaban pero mi tío siempre se mostraba confiado y agregaba que en cualquier momento a de volver. Cuando el mismo ayuda a buscarla. Recuerdo que la noche anterior al hallazgo del cadáver no pude dormir y aunque a los duendes no los vi si los escuche toda la noche moverse como ratas grandes y retozar en medio de su pasión. En la mañana la agitación del pueblo era total, el cadáver de la mujer de mi tío había aparecido. Lo encontraron sepultada en una cueva, cubierta con plásticos y regado formol para que el olor no delatara el sitio donde se la había sepultado. Yo vi como subían el cuerpo en la ambulancia y el miedo y la confusión en el rostro de mi madre. Busqué en medio de la gente a mi tío me preocupaba su reacción siendo yo testigo de la intensidad de su amor para su mujer. Estaba pálido, blanco y lo único que alcanzo a balbucear, fue que nos adelantáramos a la casa que tenía que hablar con todos nosotros. Lo hallamos en su habitación sentado sobre su cama, su rostro transformado negro, negro, como el mismo demonio. Tengo que confesarles algo dijo-. Yo la maté,- terminó por agregar y dirigiéndose a mí me pidió perdón, por defraudarme, cuando me volví para verlo advertí que tenía la muerte adentro y que todo el olía a muerte, miré a mi madre envejecida en un segundo. Envuelta en el asombro y en el dolor, todo era rabia y llanto. Mil veces hubiéramos preferido que el Galeras nos hubiera sepultado. La noche entera de repente nos había caído encima. Todo nos atemorizaba, todo y todos, nos señalaban. Nos sentíamos desnudos, queríamos correr pero no teníamos para donde. La culpa de mi tío, manchaba a toda la familia. Todos nosotros habíamos cometido el crimen y la víctima, y la comunidad clamaban justicia. No sé a qué horas termine por dormirme agotado. Pero en medio del sueño volvía a ver a los duendes. Mientras unos parecía que se divertían con mi sufrimiento y con sus grandes bocas desdentadas pedían justicia, o venganza, otros parecían que me iluminaban, me limpiaban mis lágrimas. Y me pedían que no descuidara a mi tío, que no le diera la espalda, que no dejara que cometiera más errores. Los duendes no dejaban de jugar, no dejaban de olerse entre ellos, pero me hablaban, que le pidiera que se entregue cuanto antes, que era necesario que confesara la verdad. Que ni se le ocurra escaparse o peor aún quitarse la vida. Aterrorizado como desperté, salí al cuarto de él a buscarlo, su aspecto no había cambiado, al contrario producía más miedo, estaba consciente de que estaba lleno de un poder mortal, no era un humano, tenía la condición de un monstruo. A cualquiera de nosotros cuando se le antojara podía despedazarlo, me arme de fuerza y le hable con seguridad, parecía no escucharme, dentro de su soberbia me daba órdenes, me entregó una bolsa con las pruebas del crimen, inmediatamente cuando la abrí salto una rata. ¡Maldita! dijo mi madre, yo en cambio vi el cuerpecito de un duende, parecía eso si un gran ratón recién nacido, rosado y baboso, dentro de la bolsa estaba la soga con la que había arrastrado a la víctima, el resto de formol y resto de las prendas quemadas de la mujer que

había desnudado antes de sepultarla. El problema era que ahora todos se sentían con las manos manchadas, que ahora todos los miembros de mi familia eran cómplices y todos con el querían huir o secundar sus nuevos planes. Pero ahí más que nunca sucedió que volví a sentir la presencia de los duendes, llenando mi mente de sensatez, mi espíritu de serenidad, yo simplemente hablaba, les argumentaba a todos la importancia de actuar con justicia, ante sus oídos sordos, lloraba y sentía que por mi boca gritaban las voces de todos los duendes que me acompañaban. Les hicimos entender que un error estamos todos a expensas de cometerlo. Que hoy le toco equivocarse a él y que mañana puede ocurrirnos a cualquiera de nosotros, que por ser familia debíamos estar más unidos que nunca y que debíamos saber levantarnos, reconocer la culpa, poner la cara a la comunidad y que a mi tío quiera o no le correspondía entregarse a la justicia humana para que lo juzgaran y lo condenaran. Dije todo cuanto pude y salí a medio respirar, esa noche vi a mi tío salir a entregarse, llore de dolor como si yo estuviera pariendo duendes, vomité de la rabia y salí a buscar a la noche. Hoy mi tío está condenado a quince años y ocho meses. Todos los miembros de mi familia nos hemos envejecido repentinamente, hemos cambiado, la carne de nuestros cuerpos se ha hecho de piedra. Hablamos lo necesario y procuramos siempre guardar silencio. Caminamos con la frente en alto, porque desde la noche que se entregó hasta el momento en que le dictaron sentencia y fue recluido en una cárcel el siempre demostró dolor de culpa, a medida que el alma se le enfrió admitió y reconoció su error, la bestialidad de su rabia por los celos y su impotencia al no aceptar que esa mujer ya no lo amaba. Yo estoy seguro que está arrepentido y dispuesto a pagar su culpa a fuego lento, lo que más deseo es limpiar nuestro nombre. Limpiar el apellido de la familia Pianda. Pecó por amor, por cargar con un sentimiento equivocado, pero cuanto que nos ha enseñado, principalmente a ser valientes, aceptar las culpas y a creer en la vida para tener el coraje de volver a comenzar.

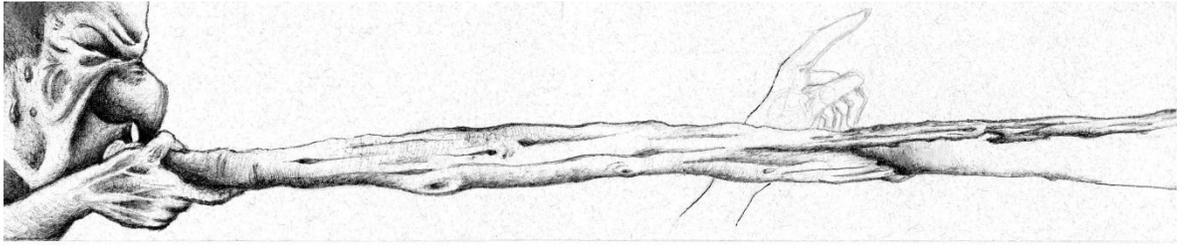
Los días siguientes dibujaba con más rabia, con dolor. Cuando tiempo reconozco que viví sin conciencia de existir. Viviendo sin amor a la vida, sin lograr valorarla, cuanto tiempo había transcurrido sin buscar la esencia de mi origen, confundido en un mundo de total apariencia. Y mientras dibujaba, mientras le daba forma a cada duende sentía que el arte, la expresión del dibujo en mí ya era plena, pues me limpiaba de culpas, de dudas y del temor de vivir, en su lugar me daba fuerza el arte hay que vivirlo como venga, hay que aceptarlo y dejarse llevar por él. Ya que el arte ayuda a vivir, ayuda a alcanzar momentos de felicidad. Desde entonces yo no me preocupaba del tiempo ni del porvenir, sé que me construyo a cada segundo. Me transformo, soy camino y destino y con esos imperativos salgo a caminar, soy responsable conmigo mismo. Me reconozco, me acepto. Acepto que soy horrible y lo que más me apasiona y libera es aprender a dibujar, para limpiar mis culpas, para recrear mi mundo que de las manos de los duendes se

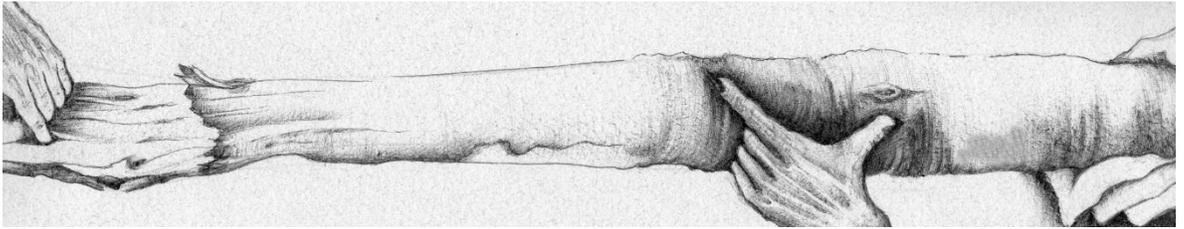
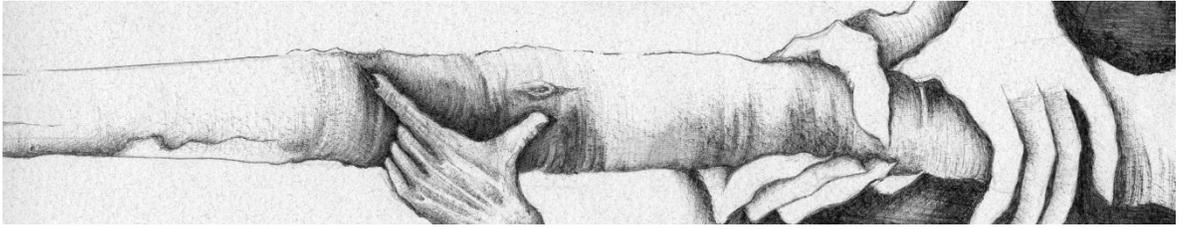
llena cada instante de nuevos personajes. El duende me da luz, el duende me enseña a dibujar. Me hace comprender que el dibujo está en todas partes y que es más que líneas y garabatos. Ya que el dibujo es el olor de las personas, los sonidos de las cosas. El dibujo se halla en las sombras de la noche que a los niños alcanza, el dibujo es el tizne que se acumula en el rancho donde mi abuela y mi madre por años de años nos han preparado los alimentos, en el fogón de tres piedras y con leña ardiente. El dibujo baja del Galeras en el agua de las quebradas. El dibujo está arrumado a la entrada de cada casa en guangos y guangos de imaginaciones e historias. Finalmente me convenzo que dibujar es perpetuar la niñez. Por medio del dibujo cortamos al tiempo la edad, porque dibujar es una travesura, natural de la infancia. El dibujo claramente para mí se ha convertido en mi eterno refugio.

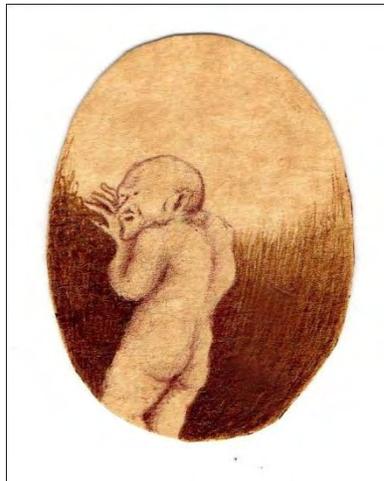
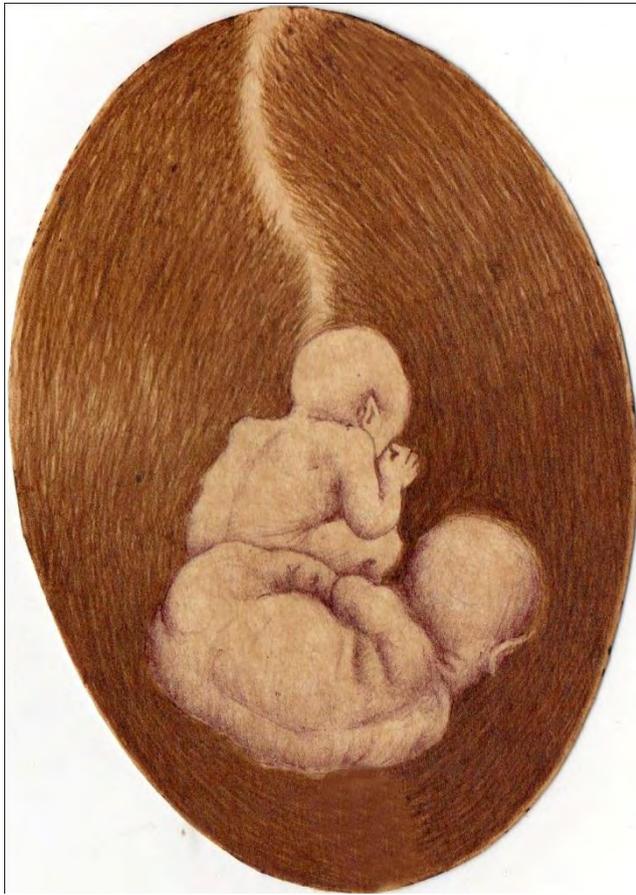
Por eso no me importo cuando los duendes volvieron a asaltar la aparente calma de nuestro hogar. Yo había reunido todo el material de dibujos realizados, había adelantado el escrito con que sustentar mi proyecto de grado. Sentía el interés de cumplirle al esfuerzo de mi madre, me disponía a entregar todos los documentos requeridos por la Universidad para poderme graduar. Yo les había advertido a mi abuela y a mi madre que con las veladoras que le encienden a la virgen chiquita de Genoy hay que tener mucho cuidado, pues no falta el duende inquieto que le dé por jugar con las veladoras. Ellas insistían que las veladoras son para fortalecer a mi tío preso en la cárcel, para ayudarlo a que se llene de lucidez y sensatez para que nos desfallezca en cumplir su pena y en salir realmente rehabilitado. Pero al regresar de Pasto una de esas tardes me encontré con el pueblo volcado alrededor de nuestra casa. Lo peor ya nos había ocurrido, no me precipité, llegue con calma a ver a mi madre sentada en medio de las cenizas, todo se había quemado, todo lo había consumido las llamas del incendio, me acerque para abrazarla a decirle que somos fuertes y que siempre hay que volver a comenzar, que lo importante es que estamos vivos y sanos, hasta ahora a nadie se ha cargado de duende para el otro mundo, son solo travesuras. Nos untamos de las miserias que dejó el incendio, nos tiznamos el cuerpo y nos impregnamos del olor de las cosas quemadas. Los cuerpos de las mujeres de la casa olían a chamuscado y sus cabellos estaban cubiertos de cenizas. Hay duendes malditos, pensé, aquí hay más temas para dibujar. Y estoy agradecido con la vida porque me permite a través del dibujo y del arte ver el mundo con otros ojos. Me entrego con pasión al mundo. No tengo miedo de comprometerme conmigo mismo. Yo sé que los duendes están satisfechos con mi amistad, y ahora pienso que aunque en un comienzo no estaban a gusto con mi personalidad y carácter, y menos con mi destreza y habilidad para representarlos hoy saben que soy sincero, que no miento, ni tampoco siento gusto de maquillarlos y así los presento como los he visto, como llegaron a mi mundo para habitarlo, duendes llenos de deseos carnales, duendes angustiados en su soledad, duendes que para ser y hacer

presencia frente a los humanos juegan con nuestro destino, duendes que en el mismo infierno desean ser humanos. Sentirse como nosotros, poder reír, poder llorar, poder amar, su obligada soledad les exige andar detrás de los seres humanos, llamar su atención, atrapar, intentar morder el corazón de un humano. Yo pienso ahora que los duendes llegan a la vida del afortunado para increparlo sobre su existencia, para gritarle sus mentiras, para arrancarle la máscara que lo cubre, para pedirle honestidad frente al milagro de la vida. La única travesura cierta de los duendes es que se nos revelan para preguntarnos de que estamos hechos. A través del duende y sus leyendas he aprendido a vivir, a enamorarme y a comprometerme. Yo amigo lector les presento a los personajes que me visitaron un día y jamás volverán a marcharse, están llenos de poder, de honestidad, porque son el relato de mi existencia. Son benignos, amigables, dadivosos, enseñan al que quiere aprender. Si quieres puedes llevarte uno en tu mente o en tu corazón, quizá ya te esté poseyendo, quizá está habitando dentro de ti. Yo me marcho porque en este mismo momento me están empujando la puerta para que los deje entrar. Creen que ya he contado mucho y siempre es mejor callar. En el silencio es donde más permanecen los duendes de la creación.

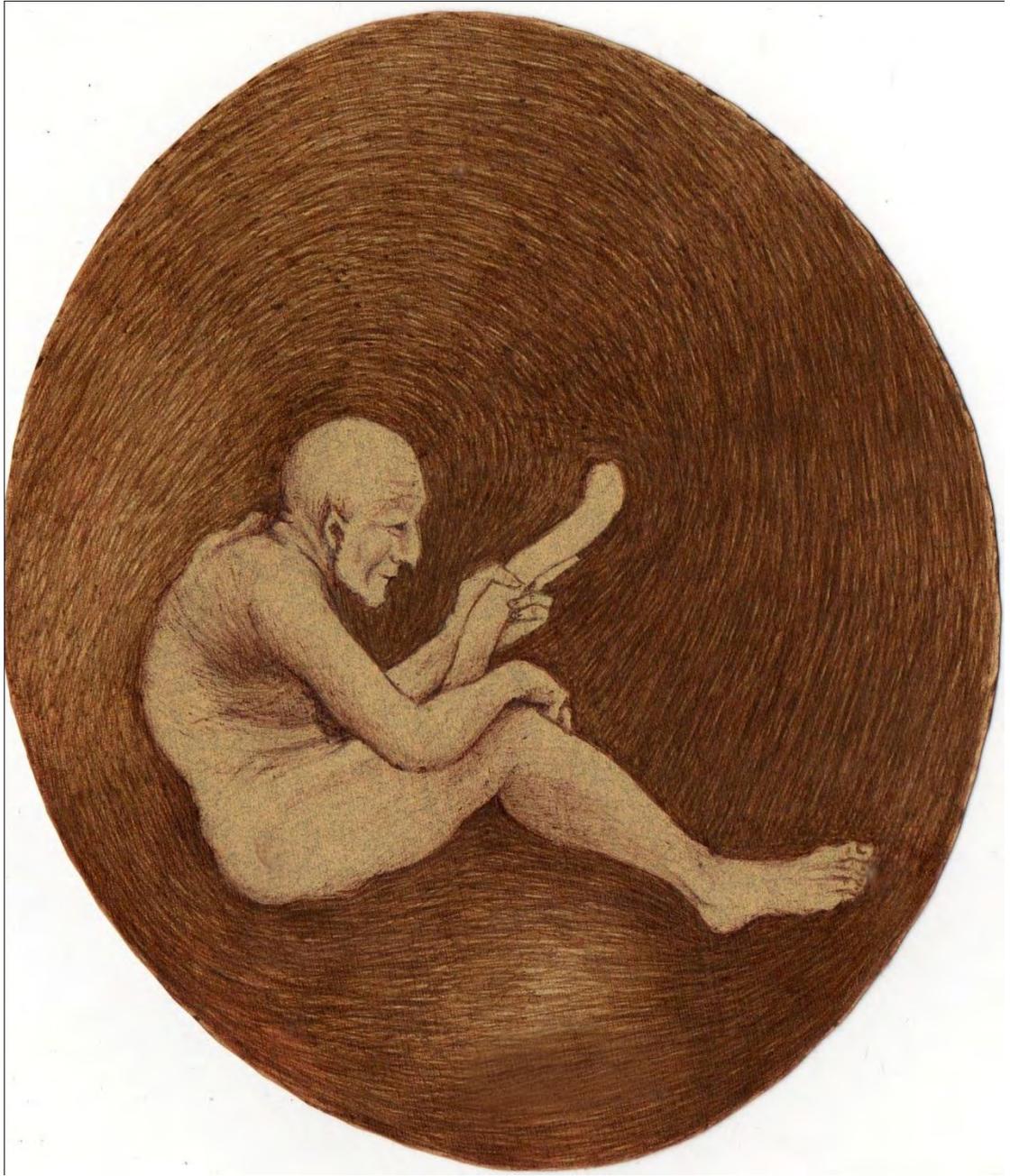
DIBUJOS



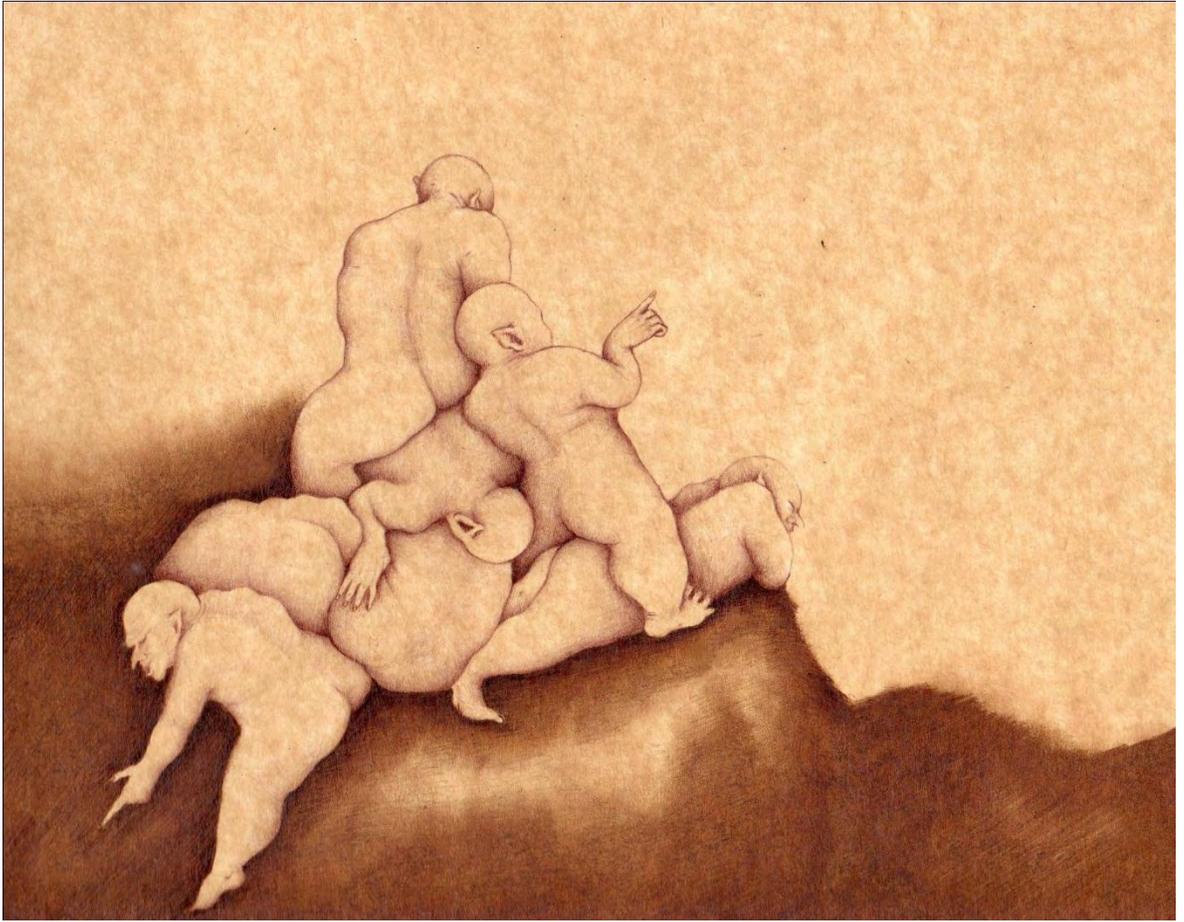


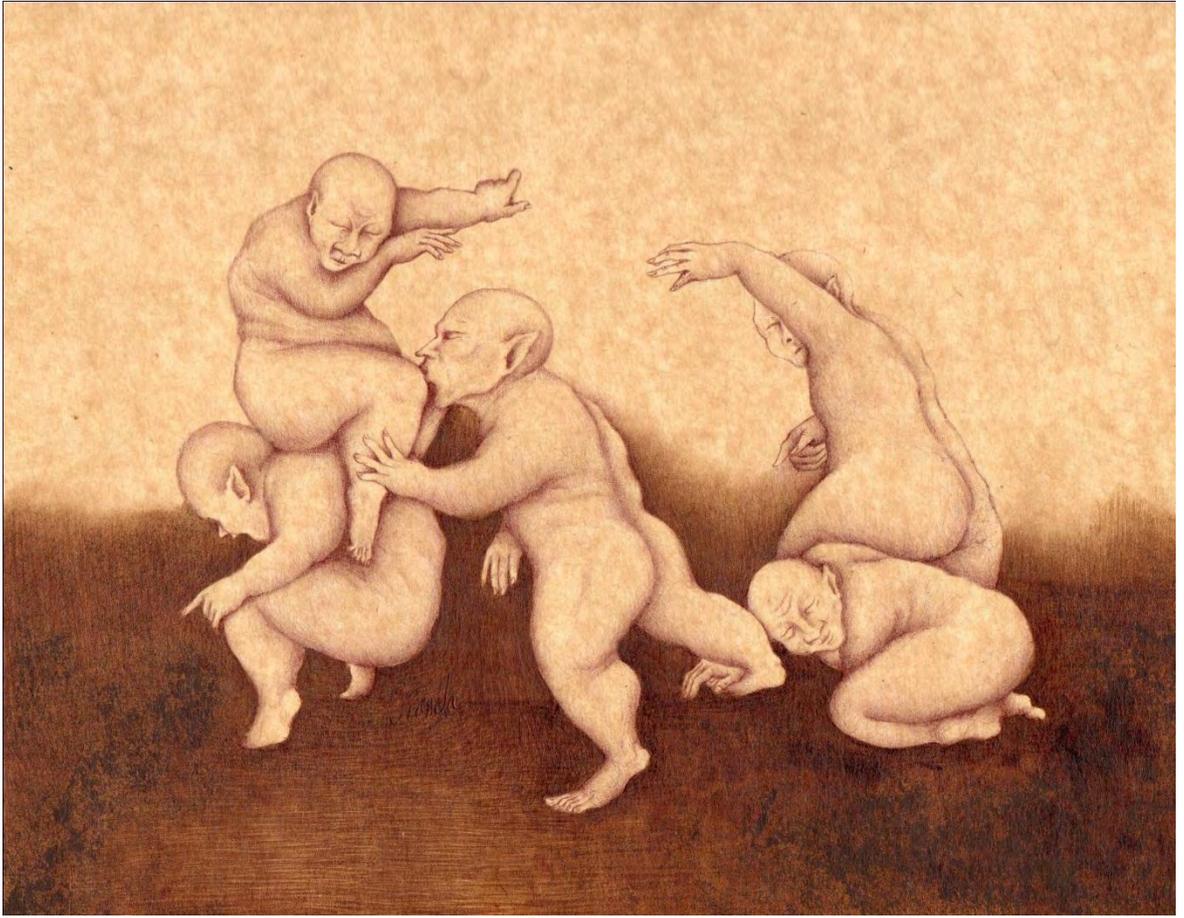


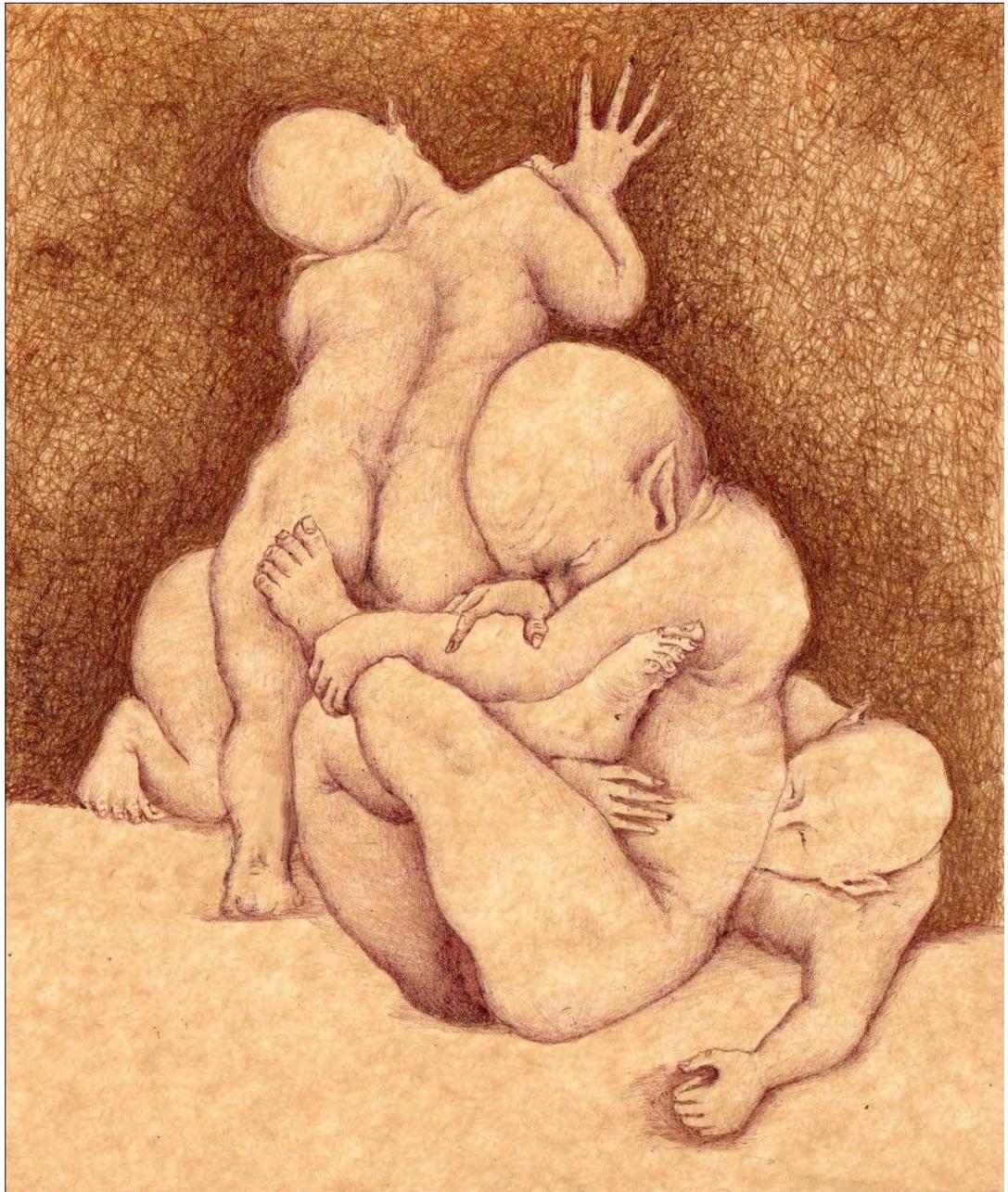


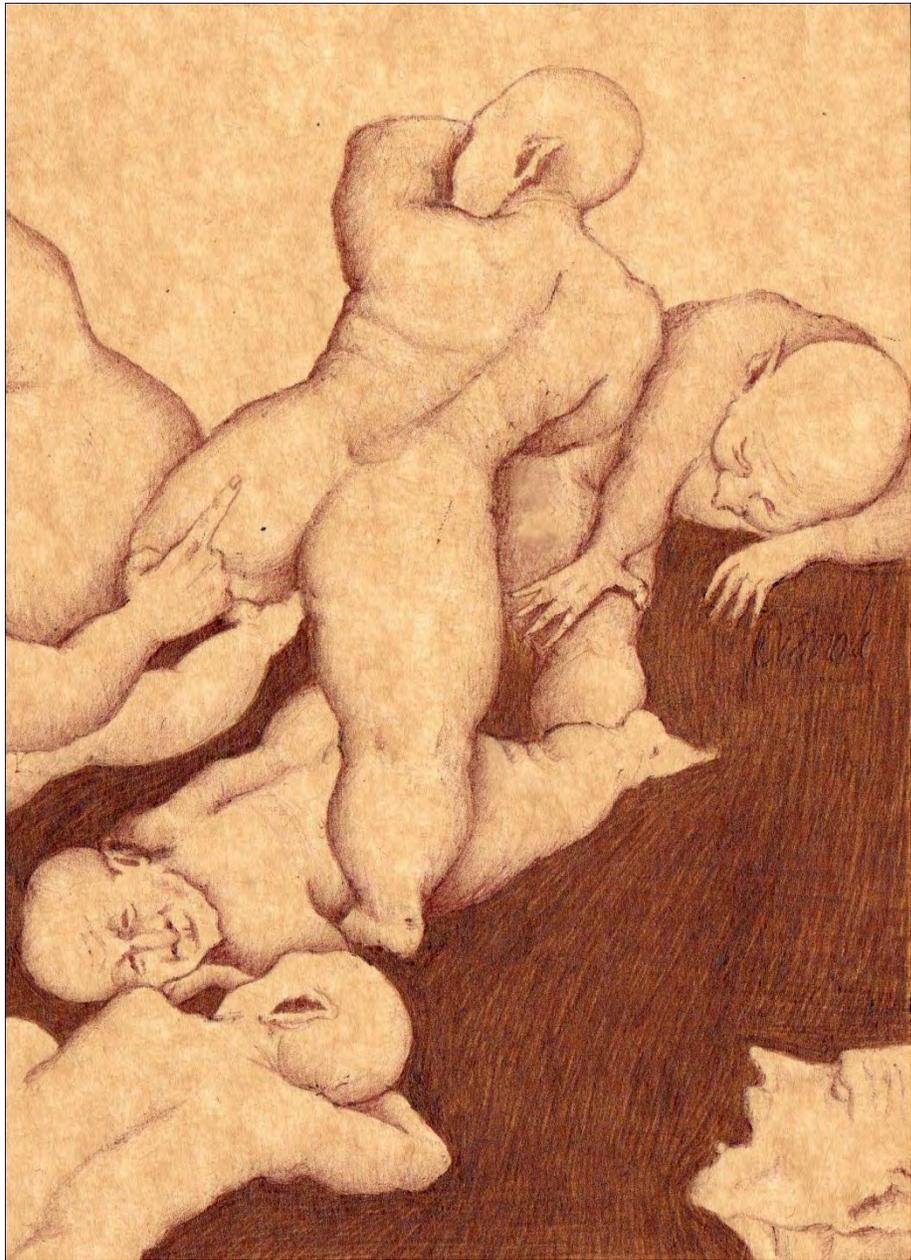


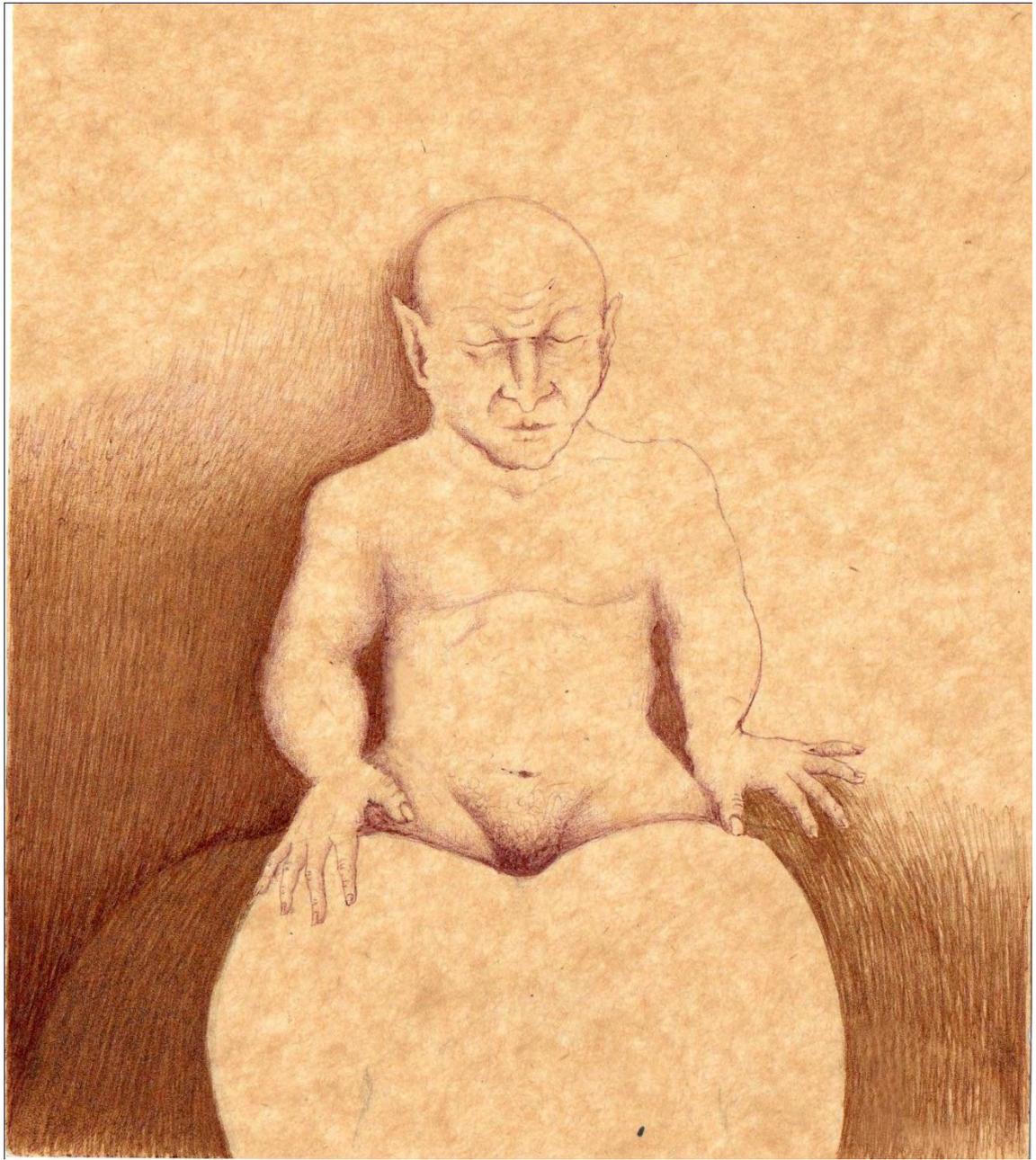








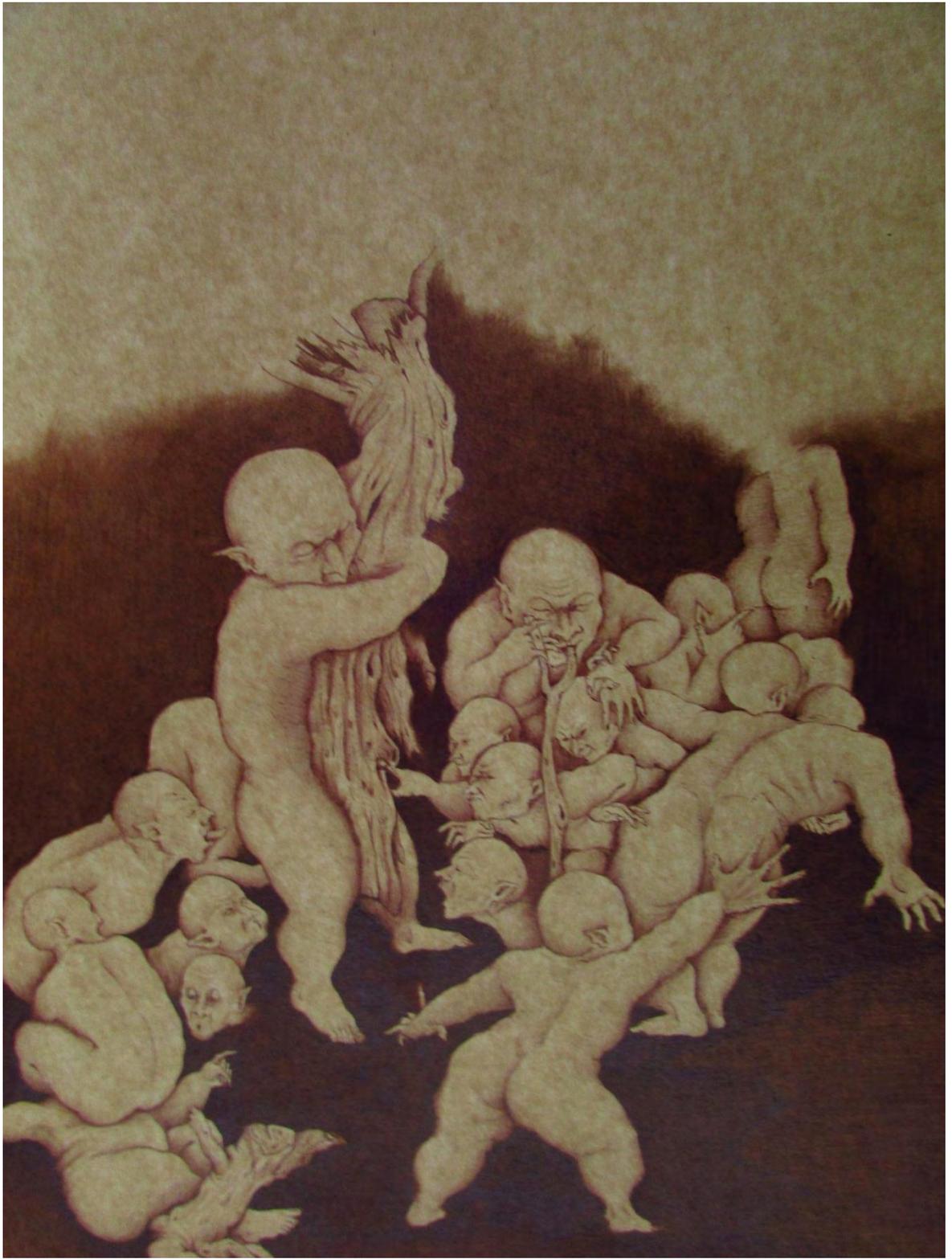




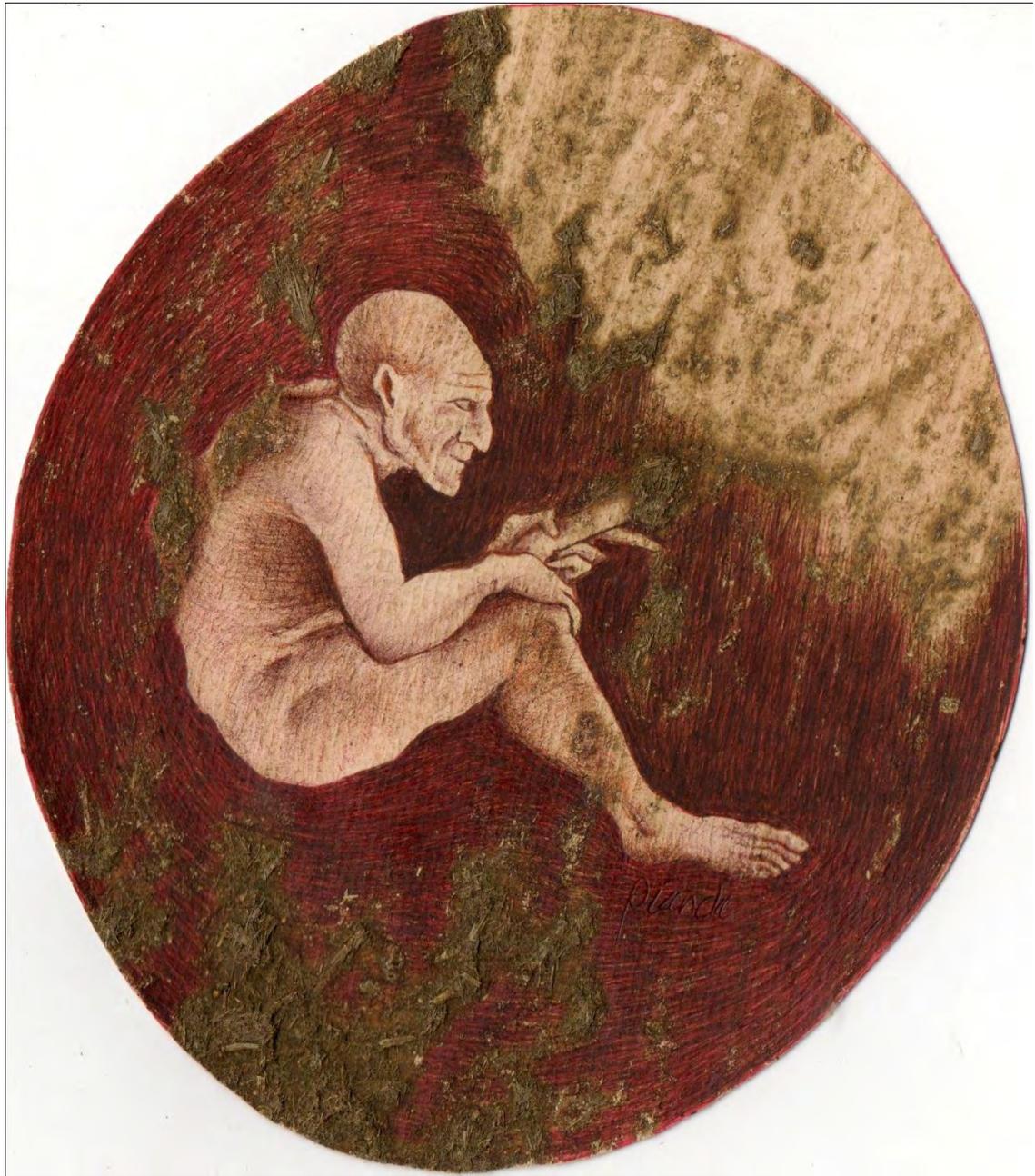


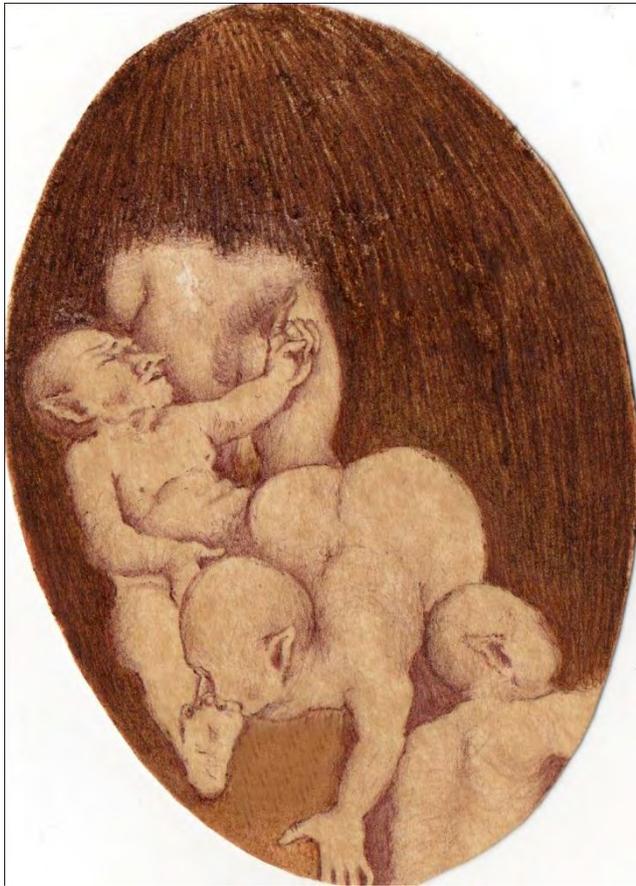




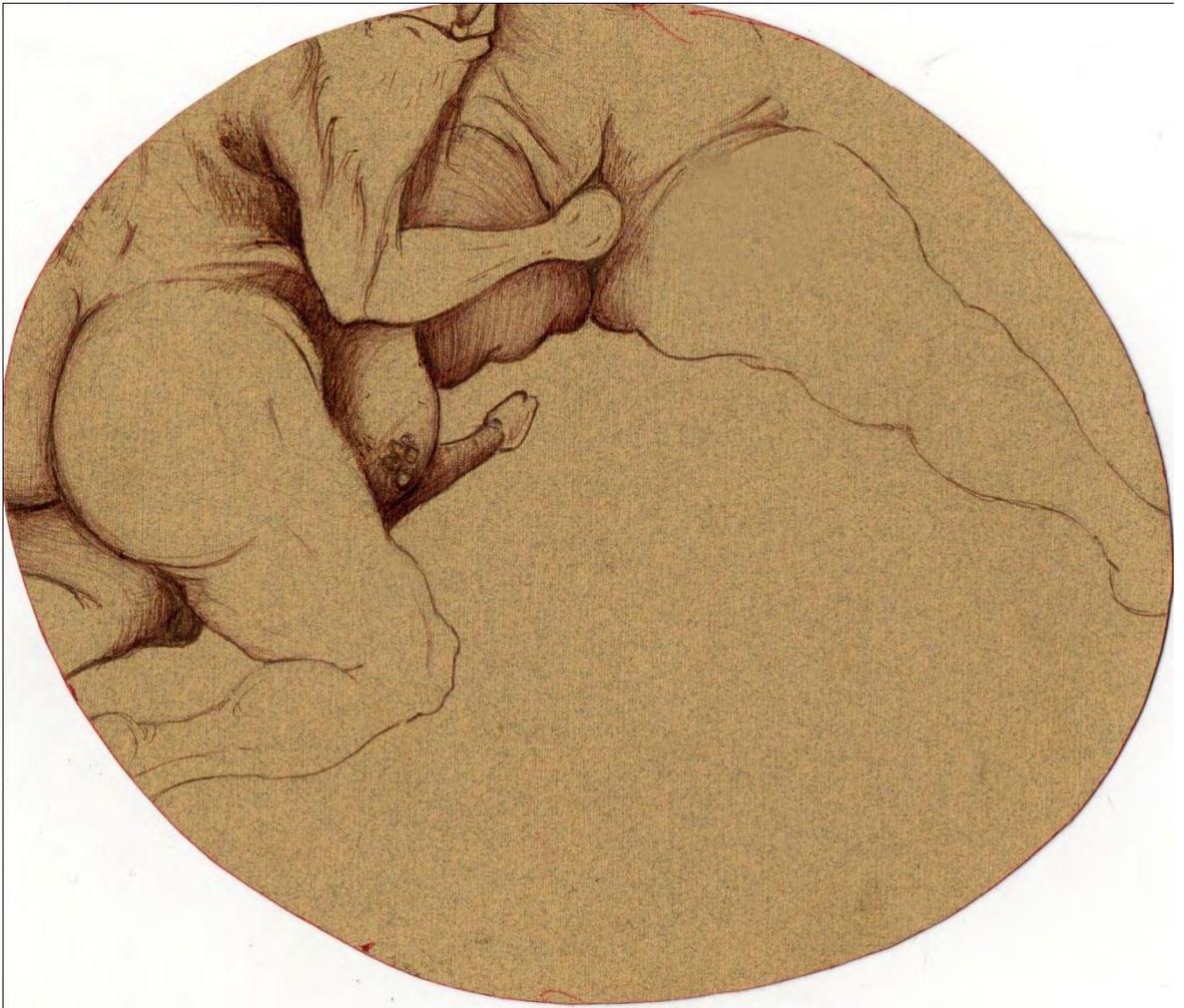






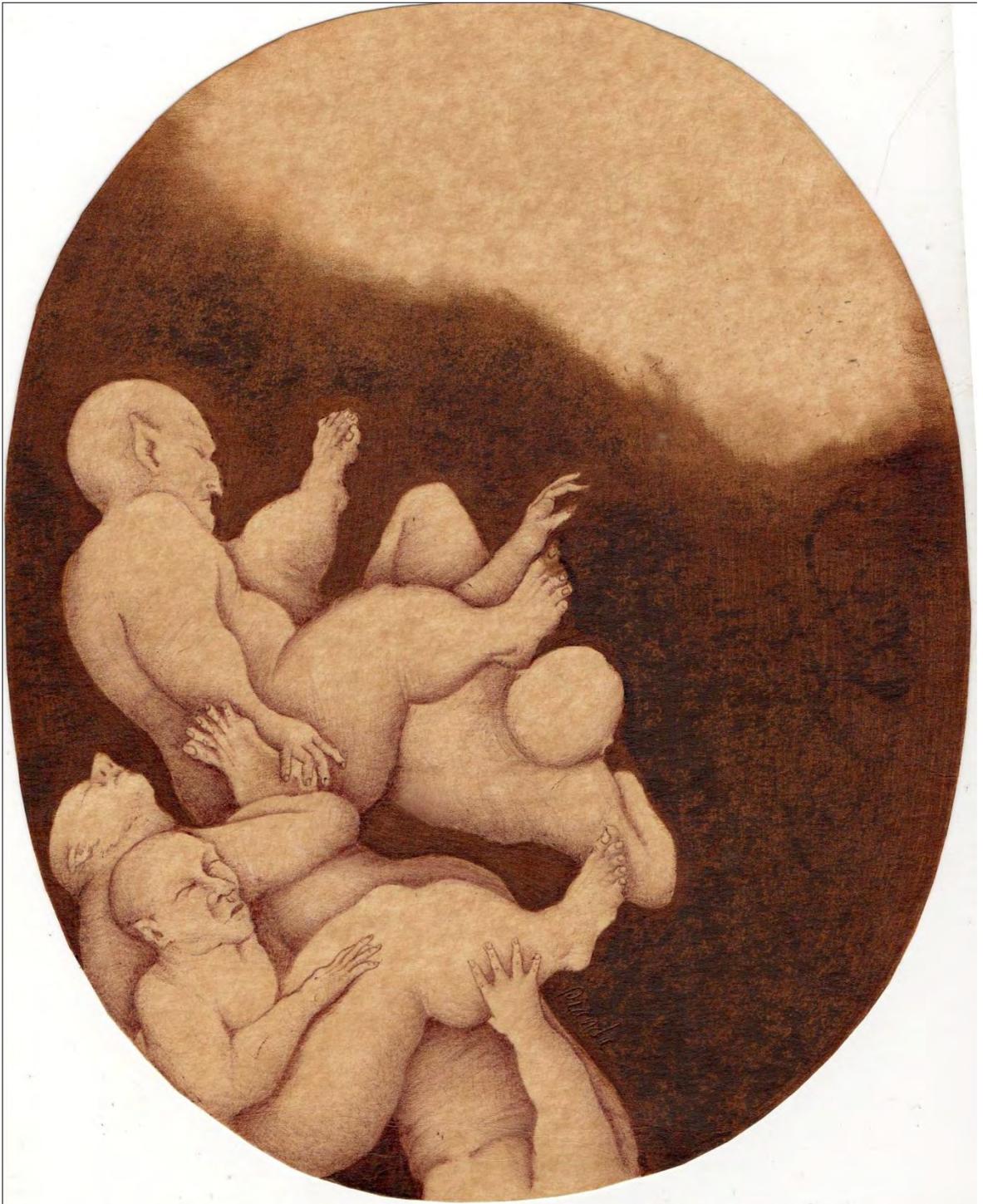


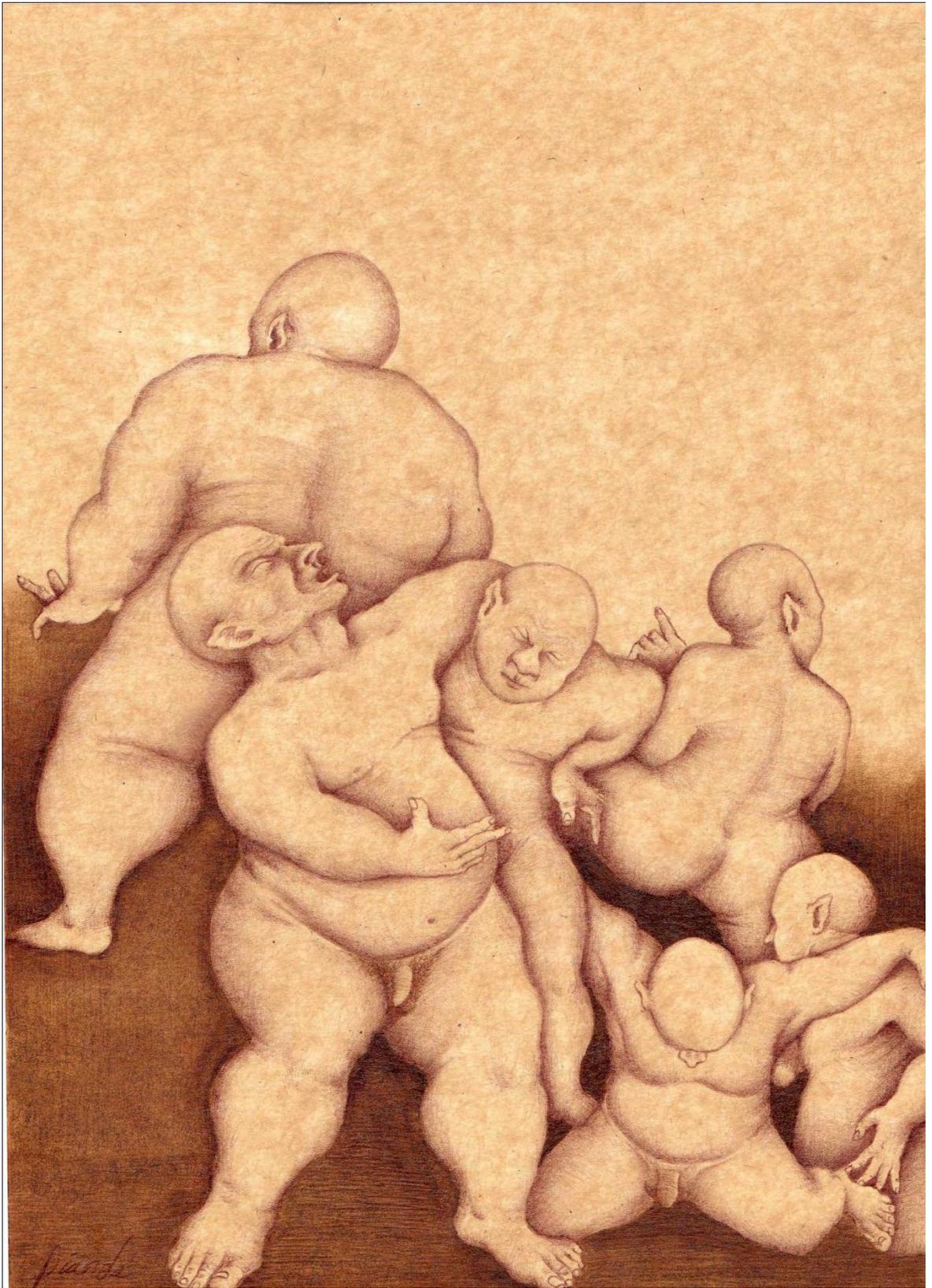


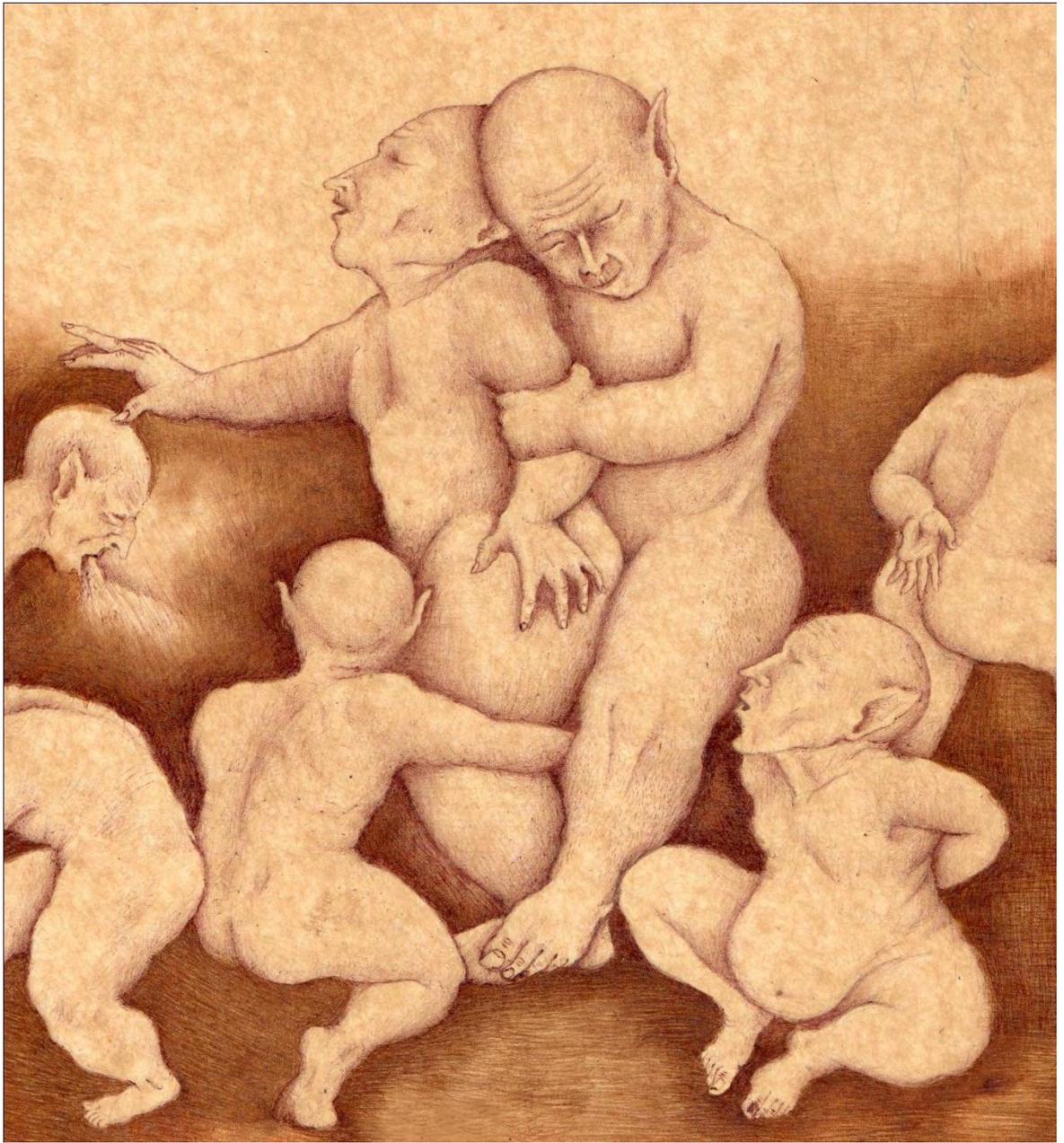


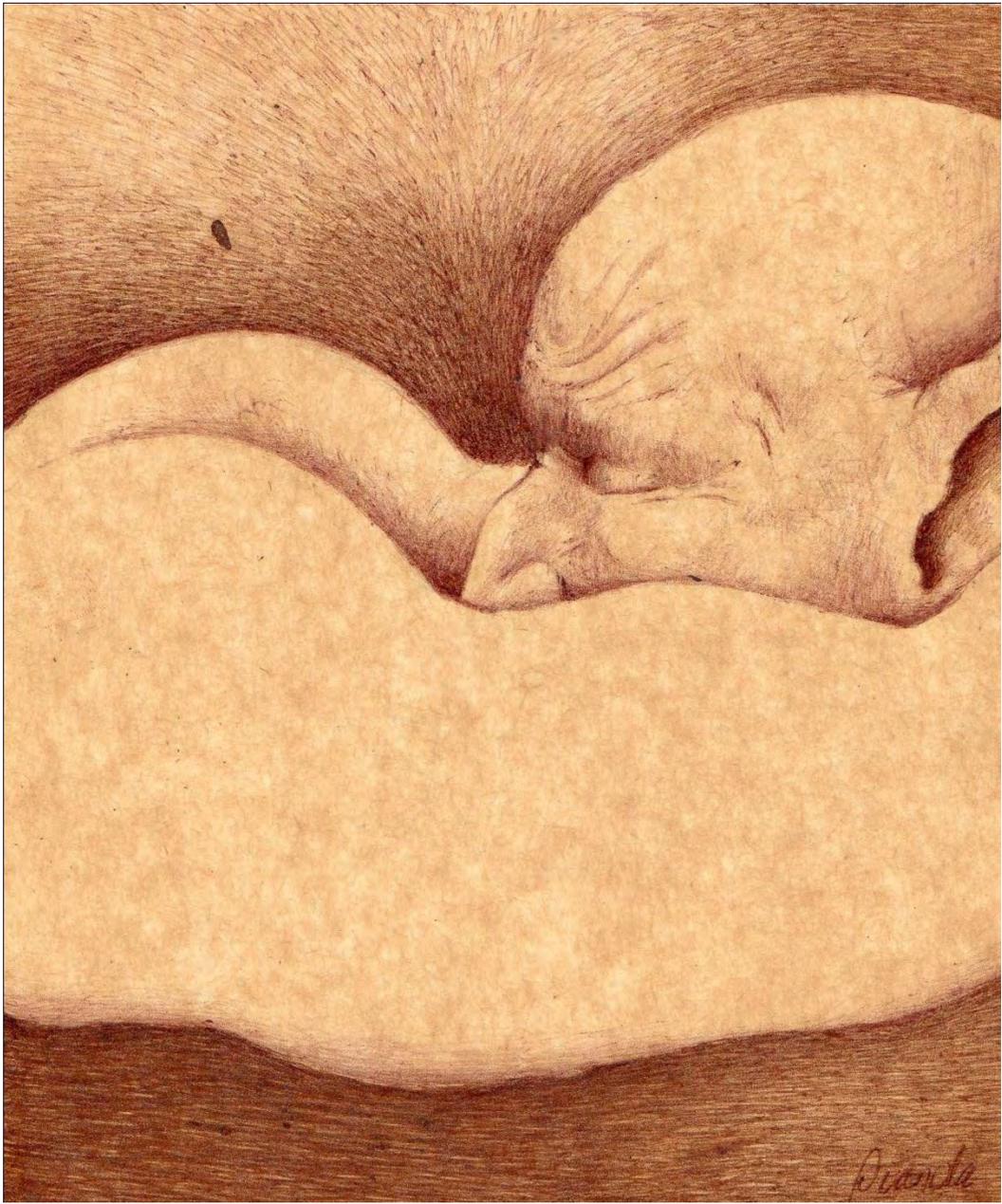








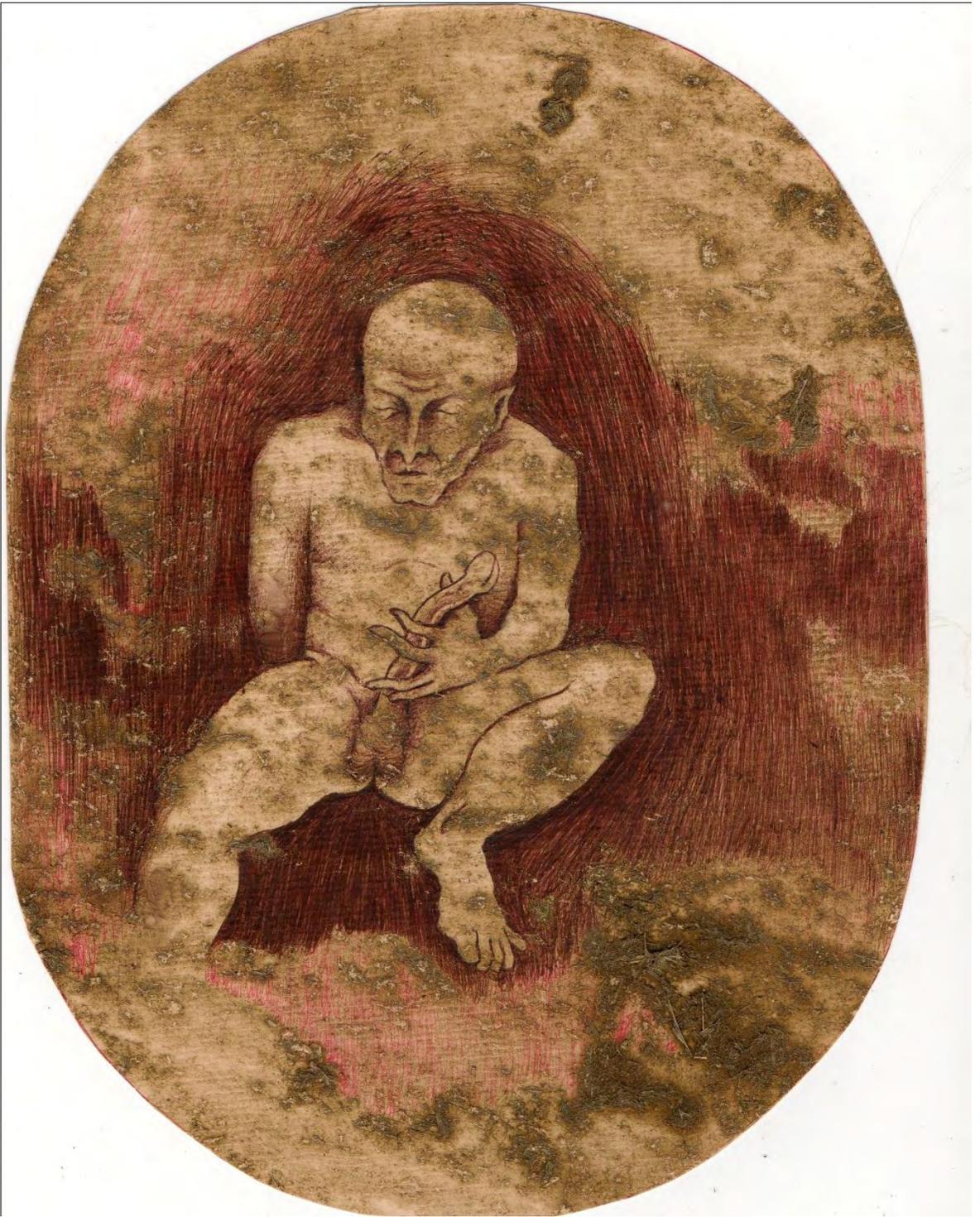


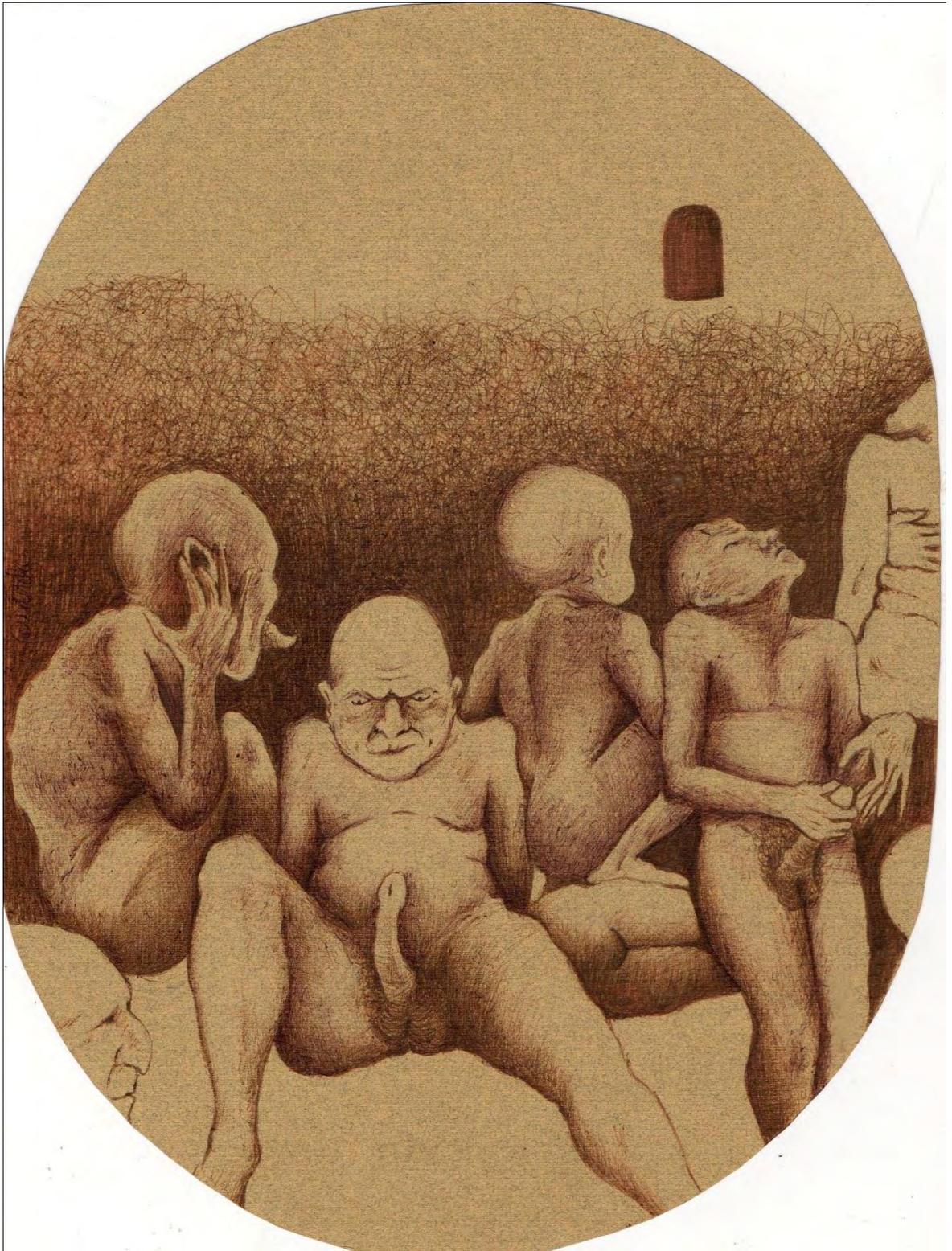




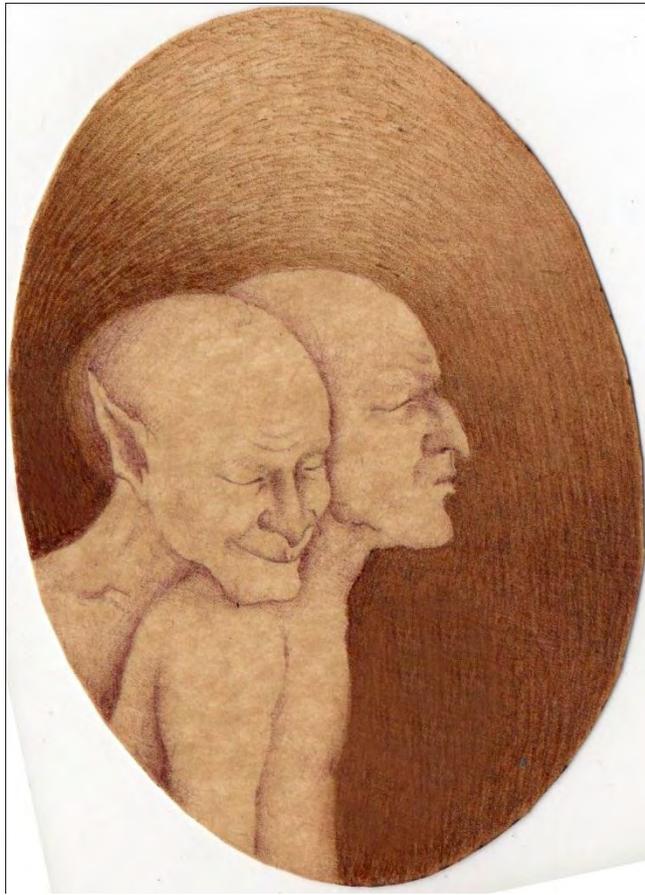


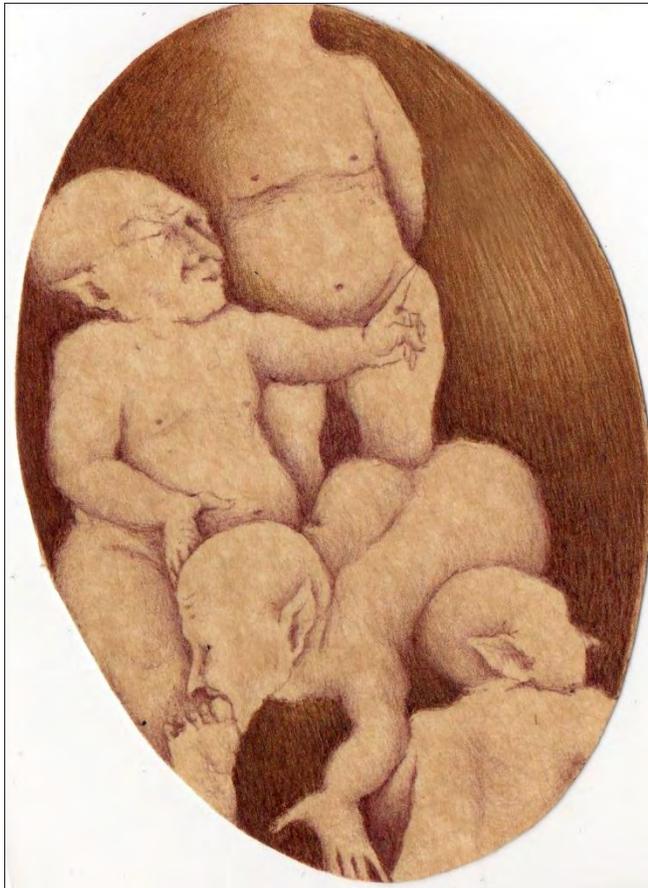


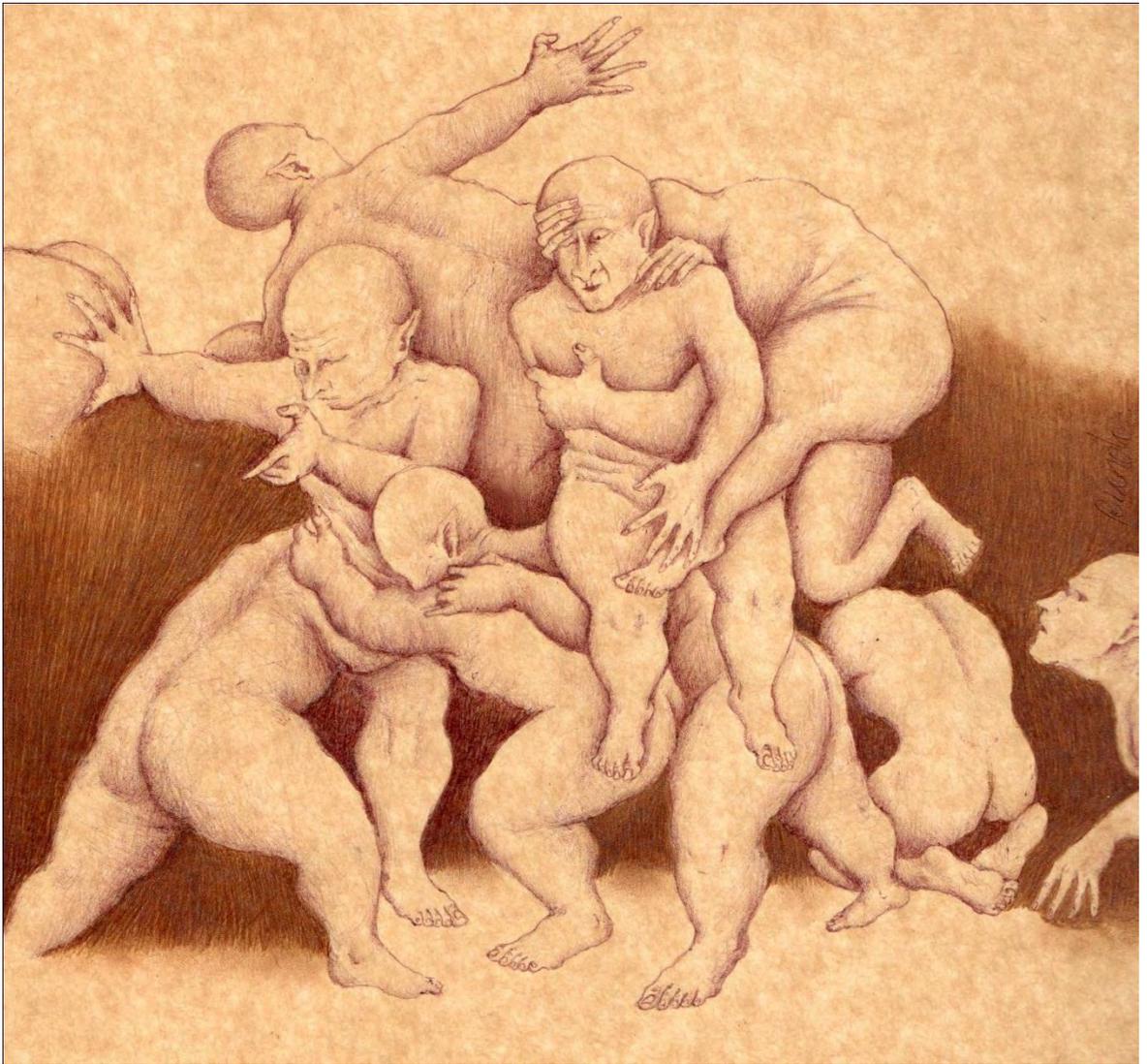




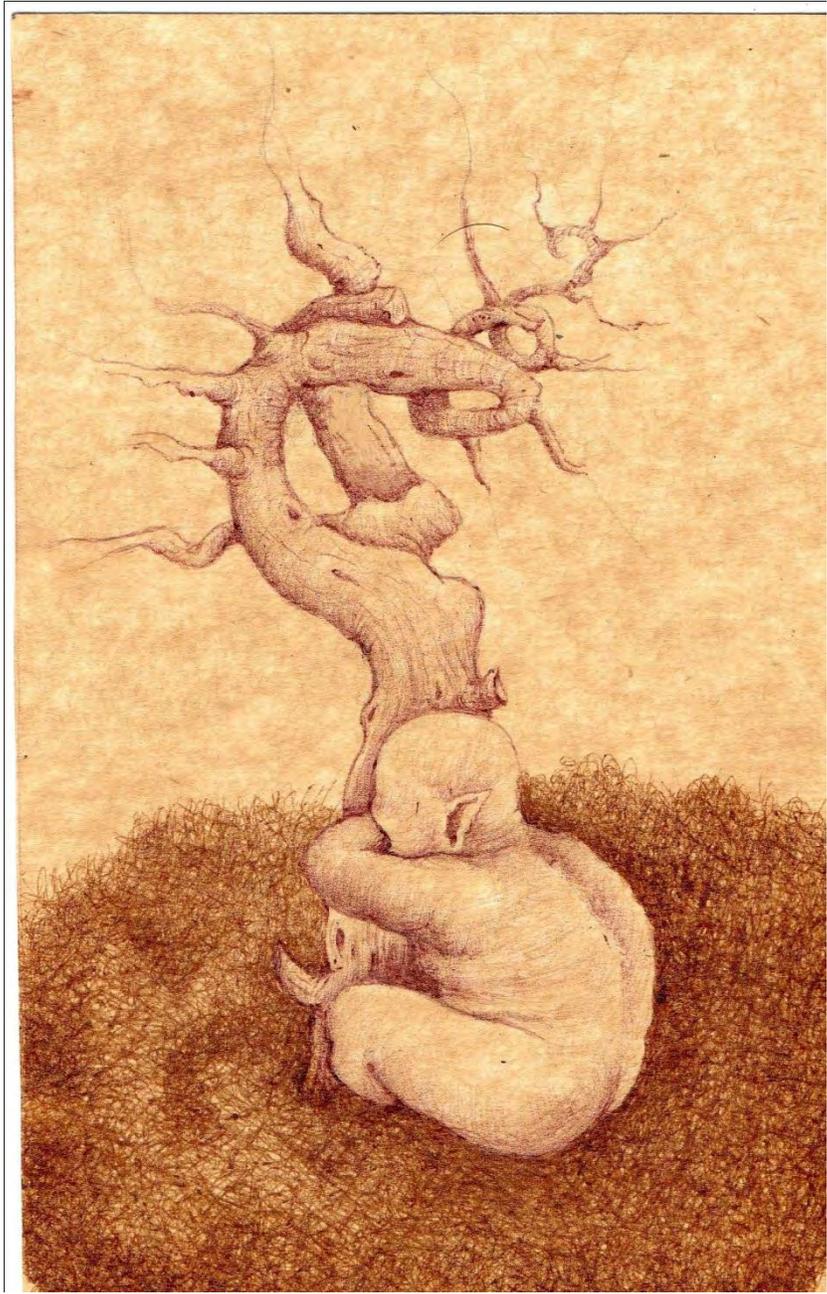


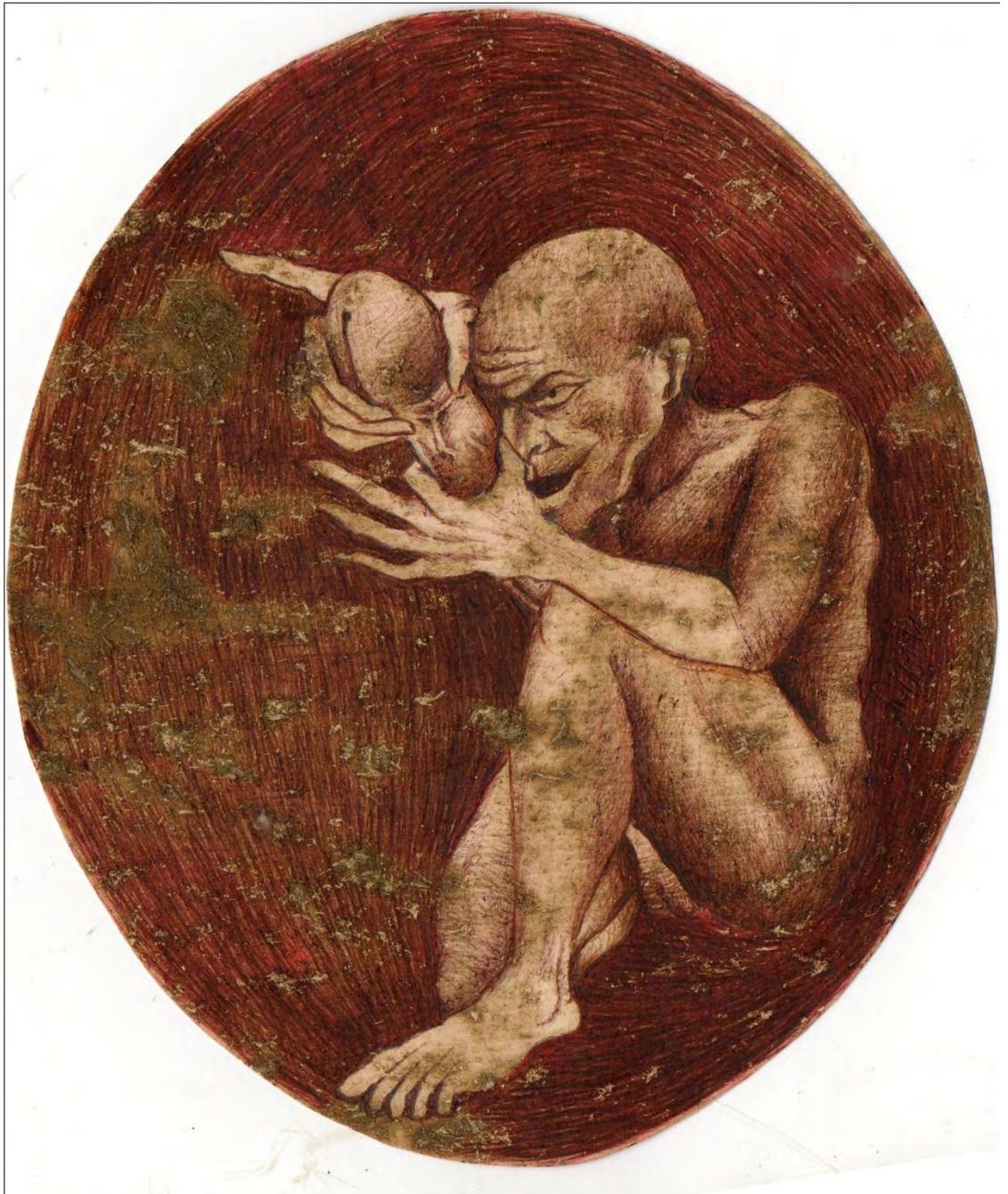






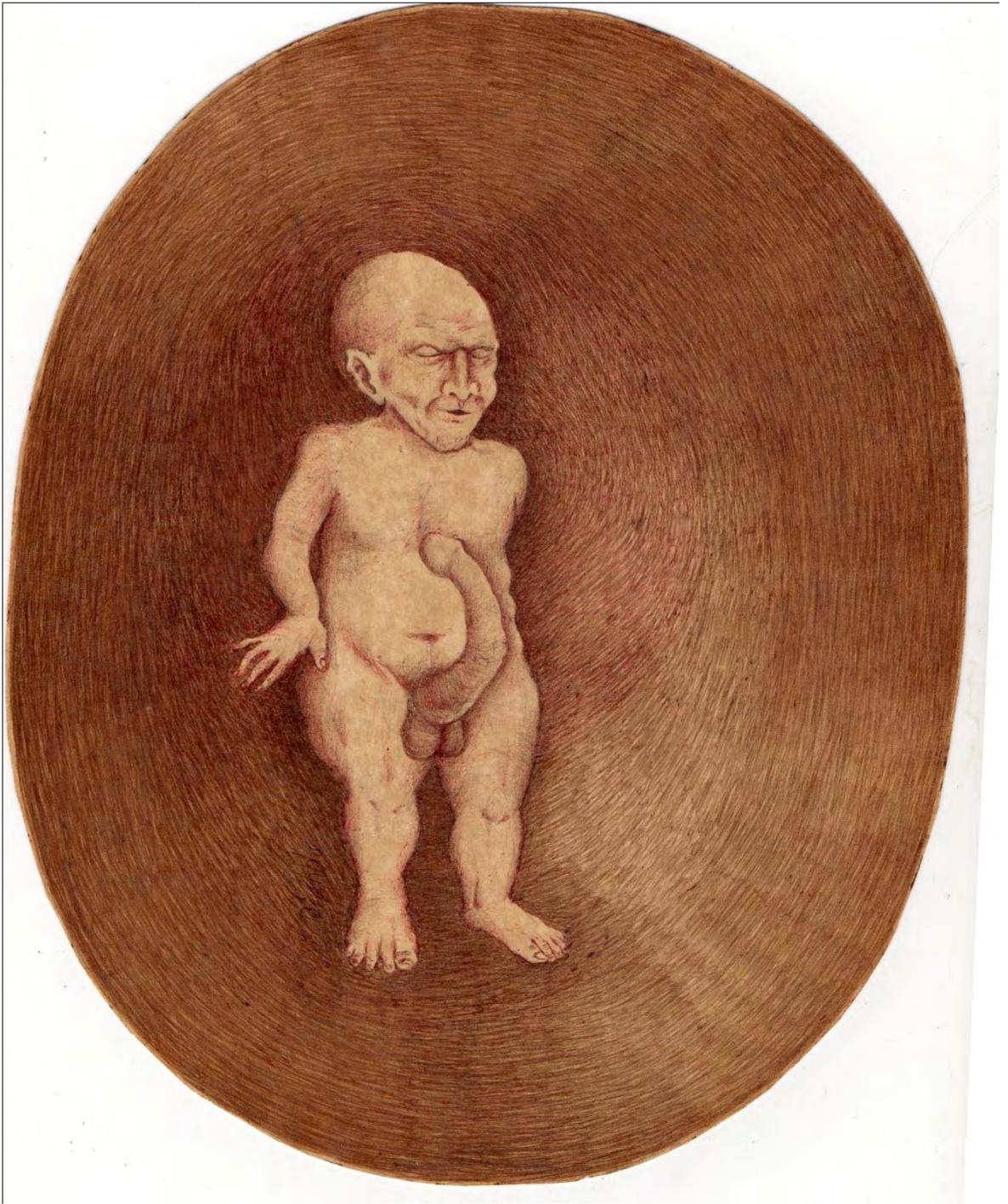










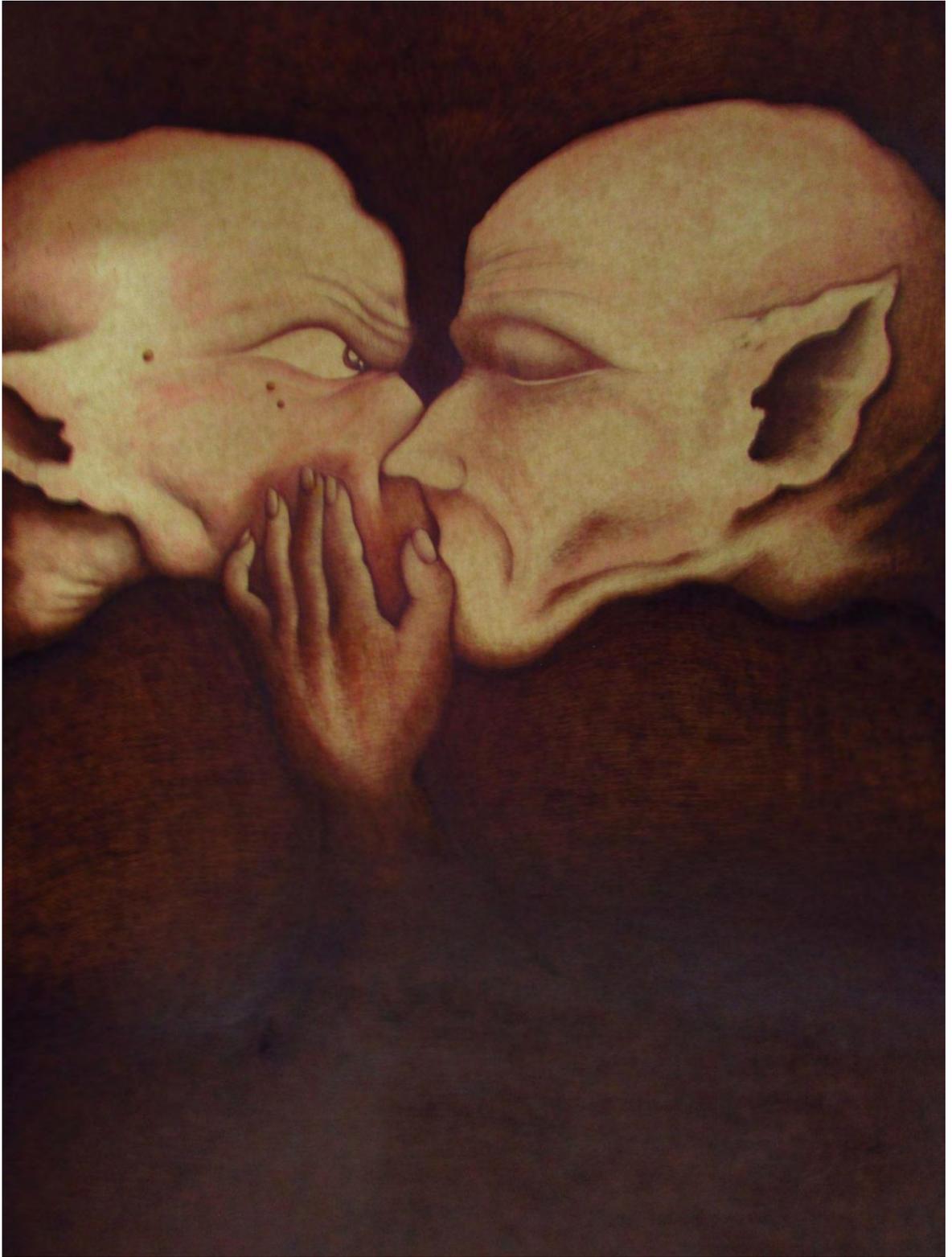


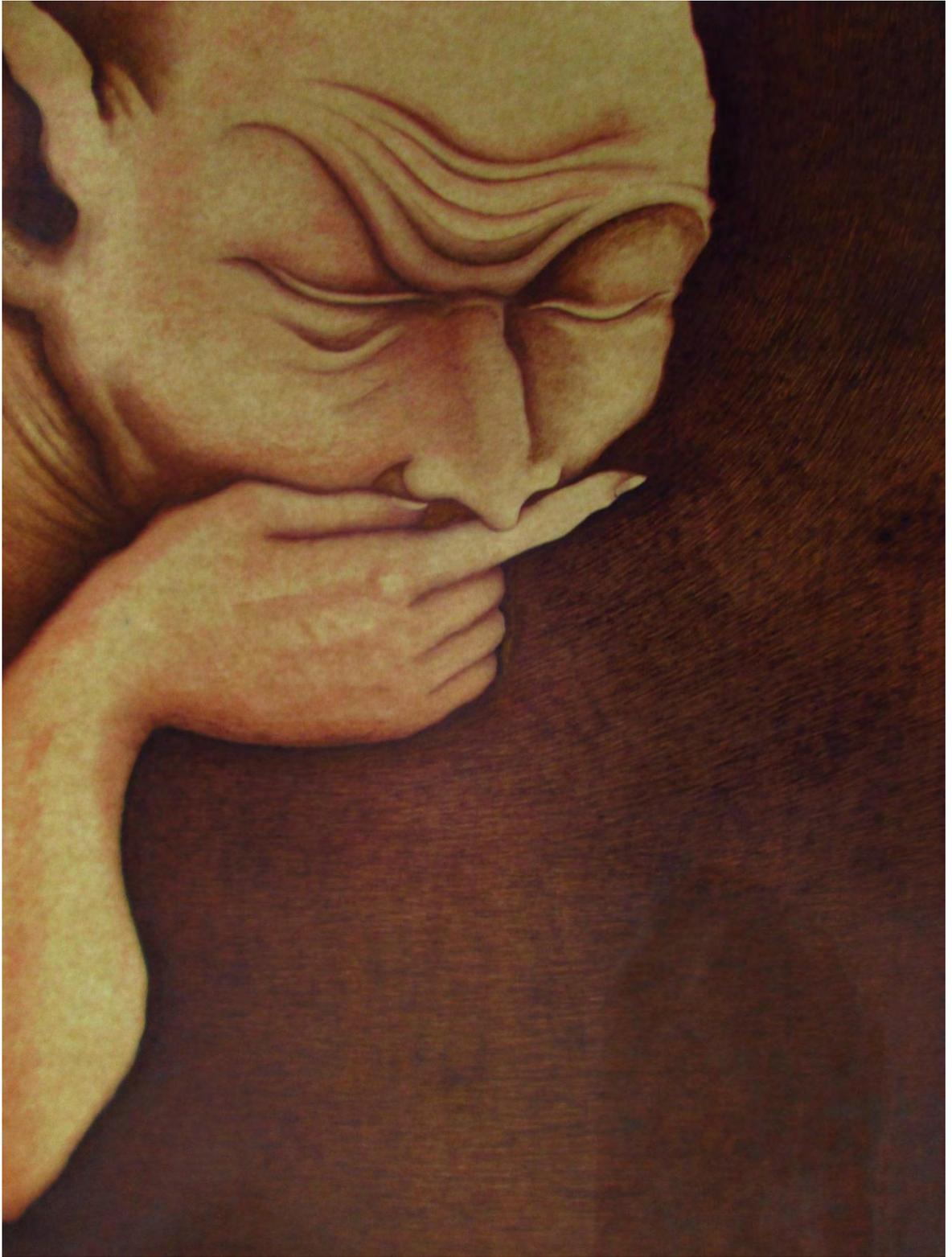








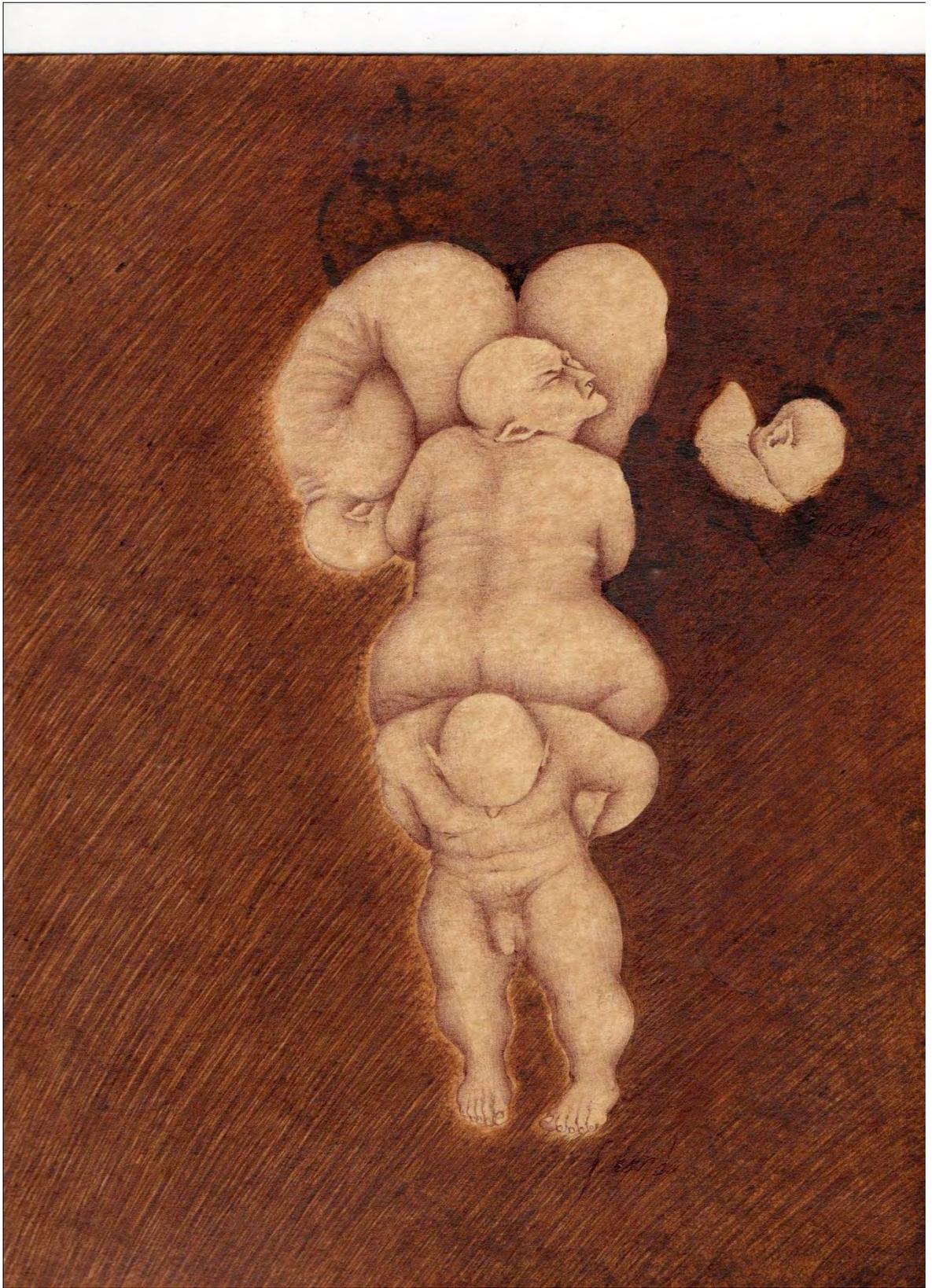






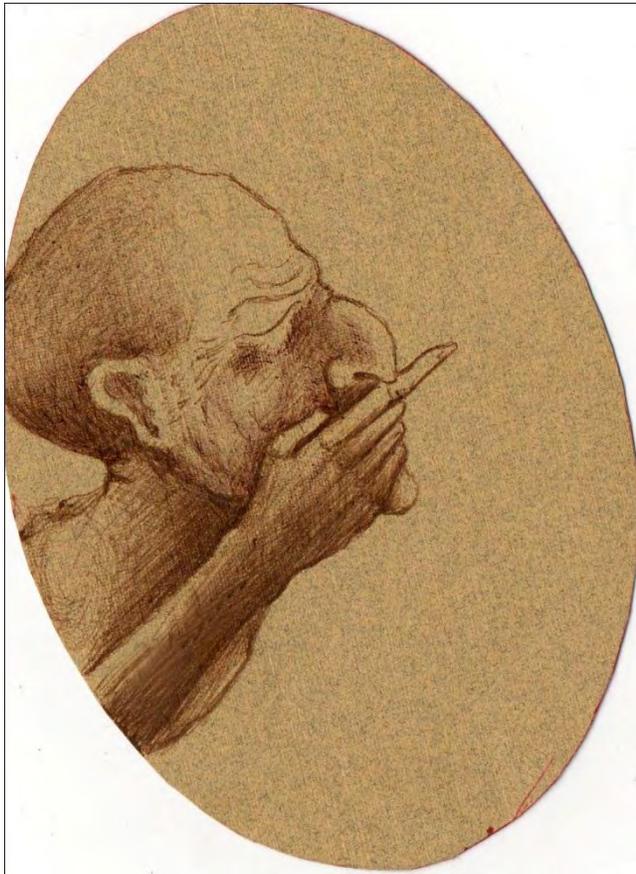






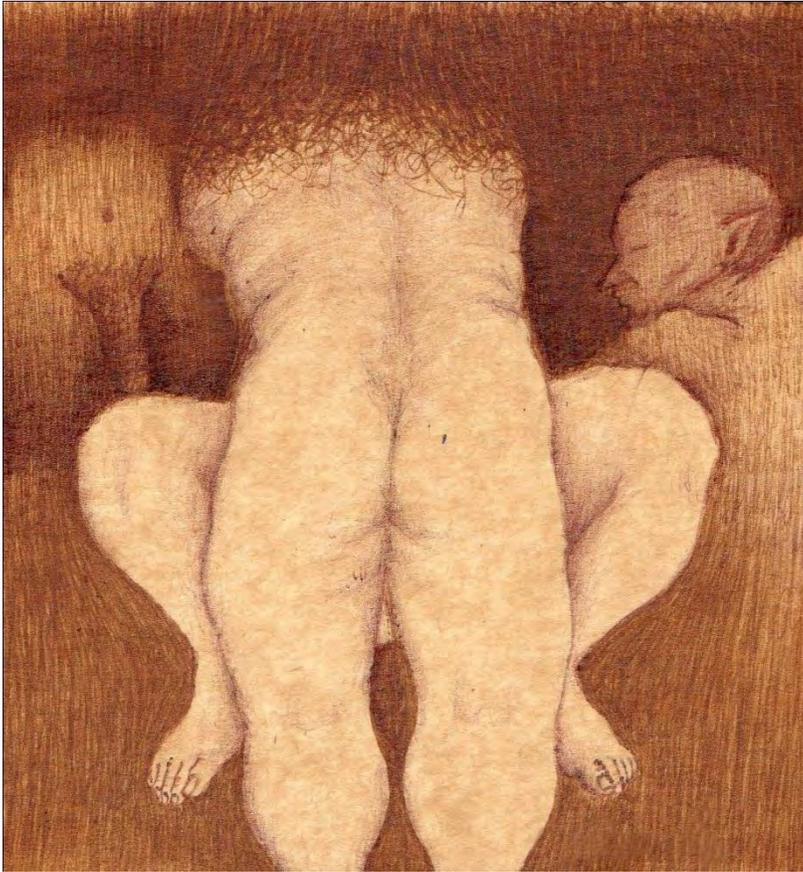












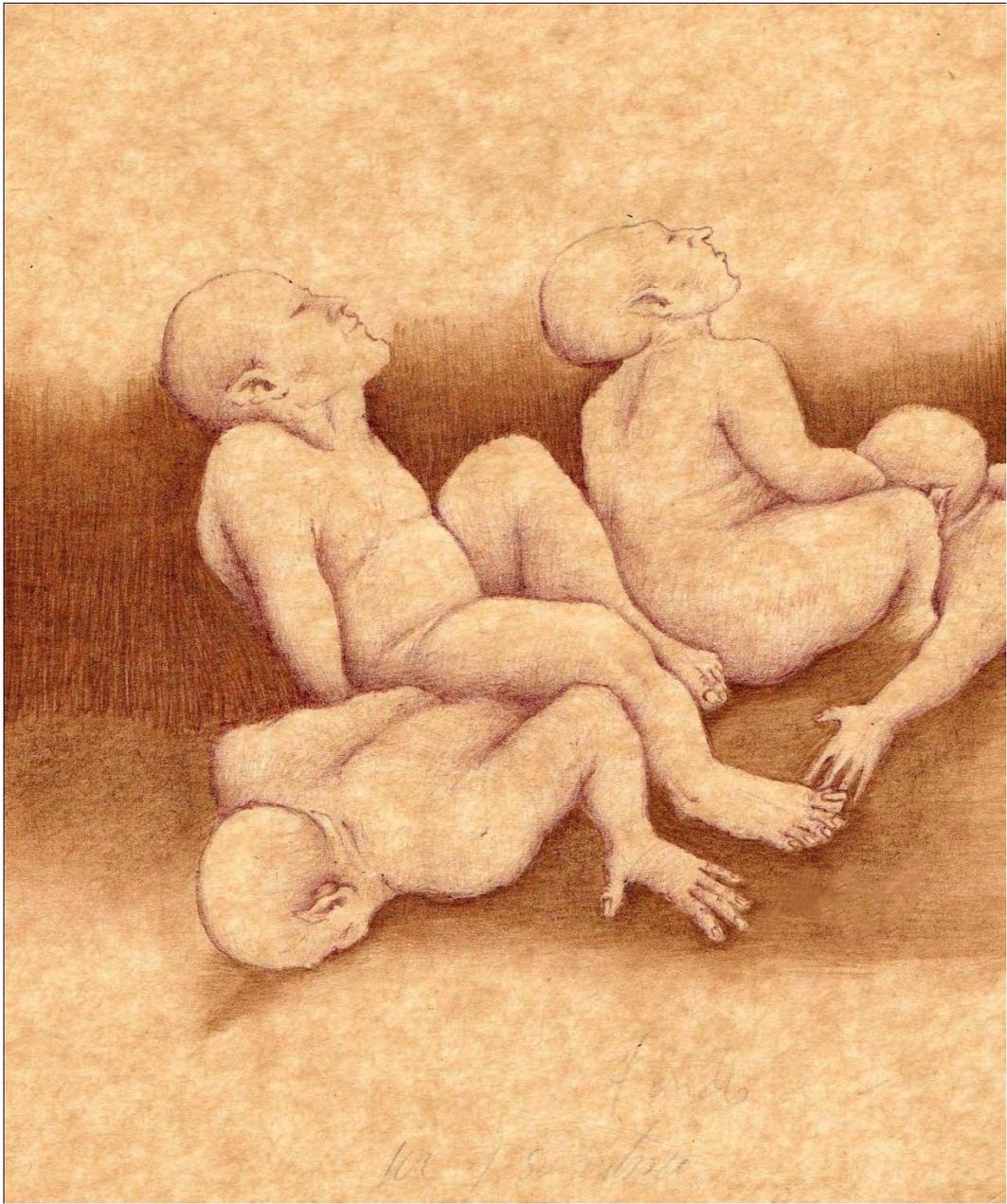


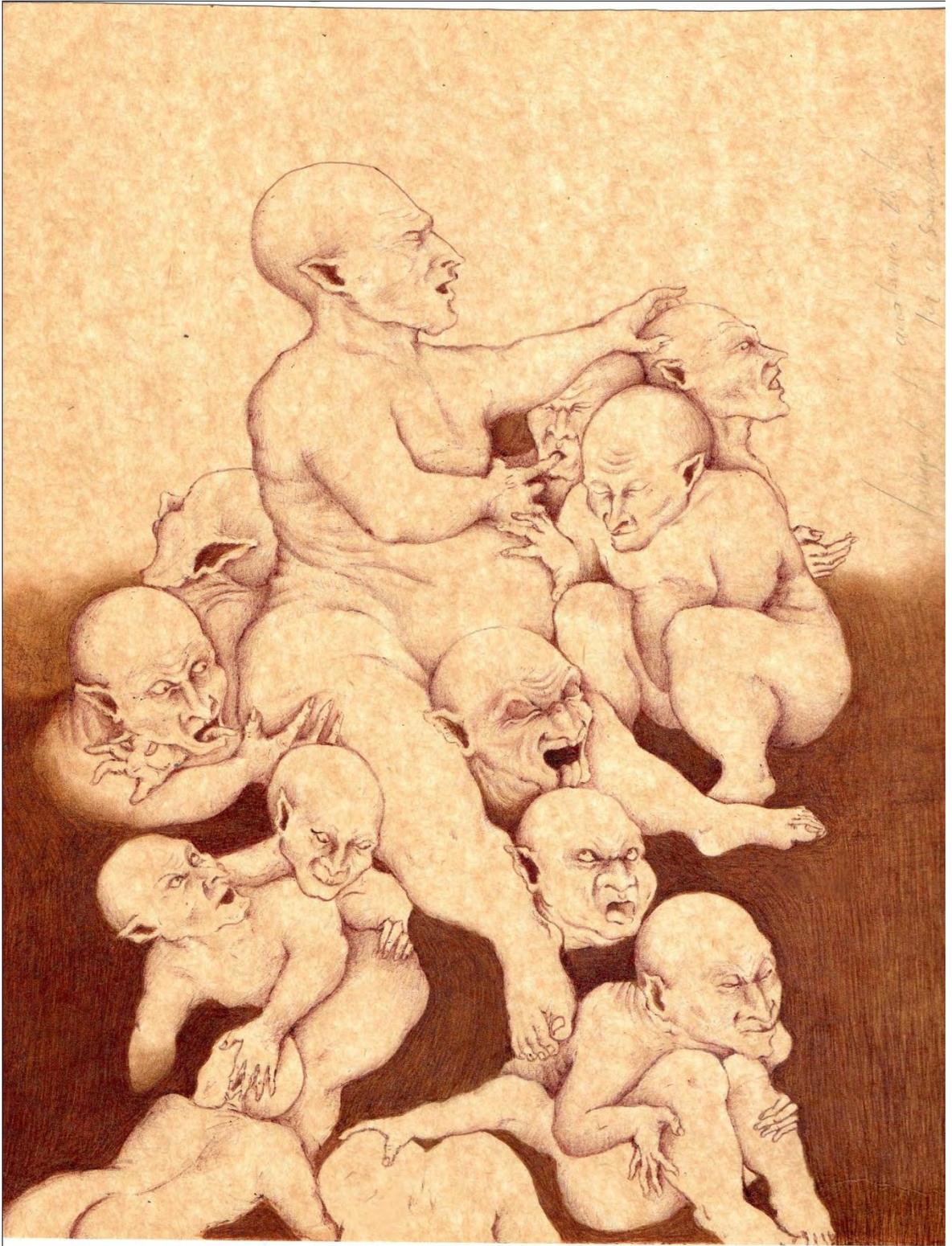


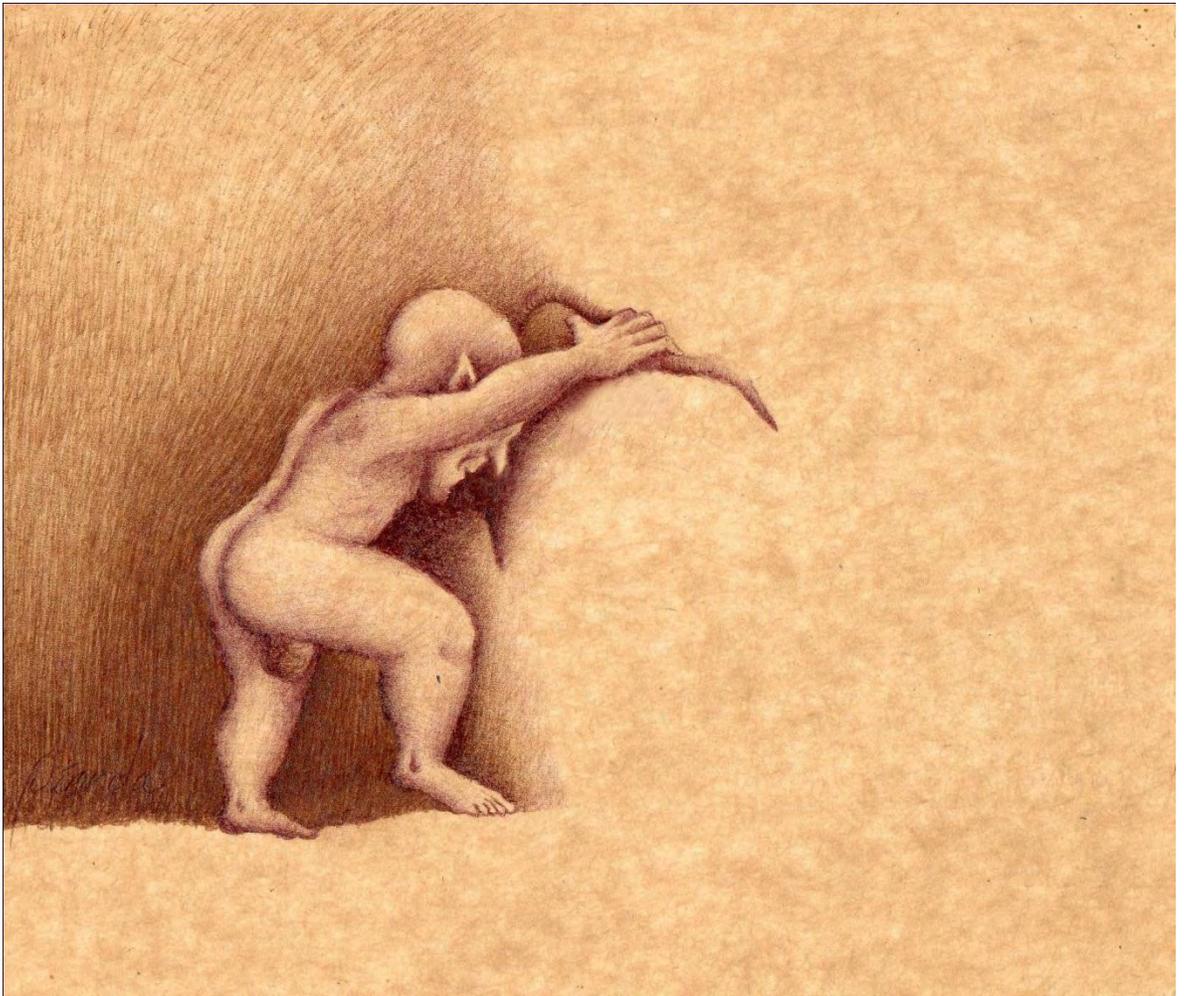










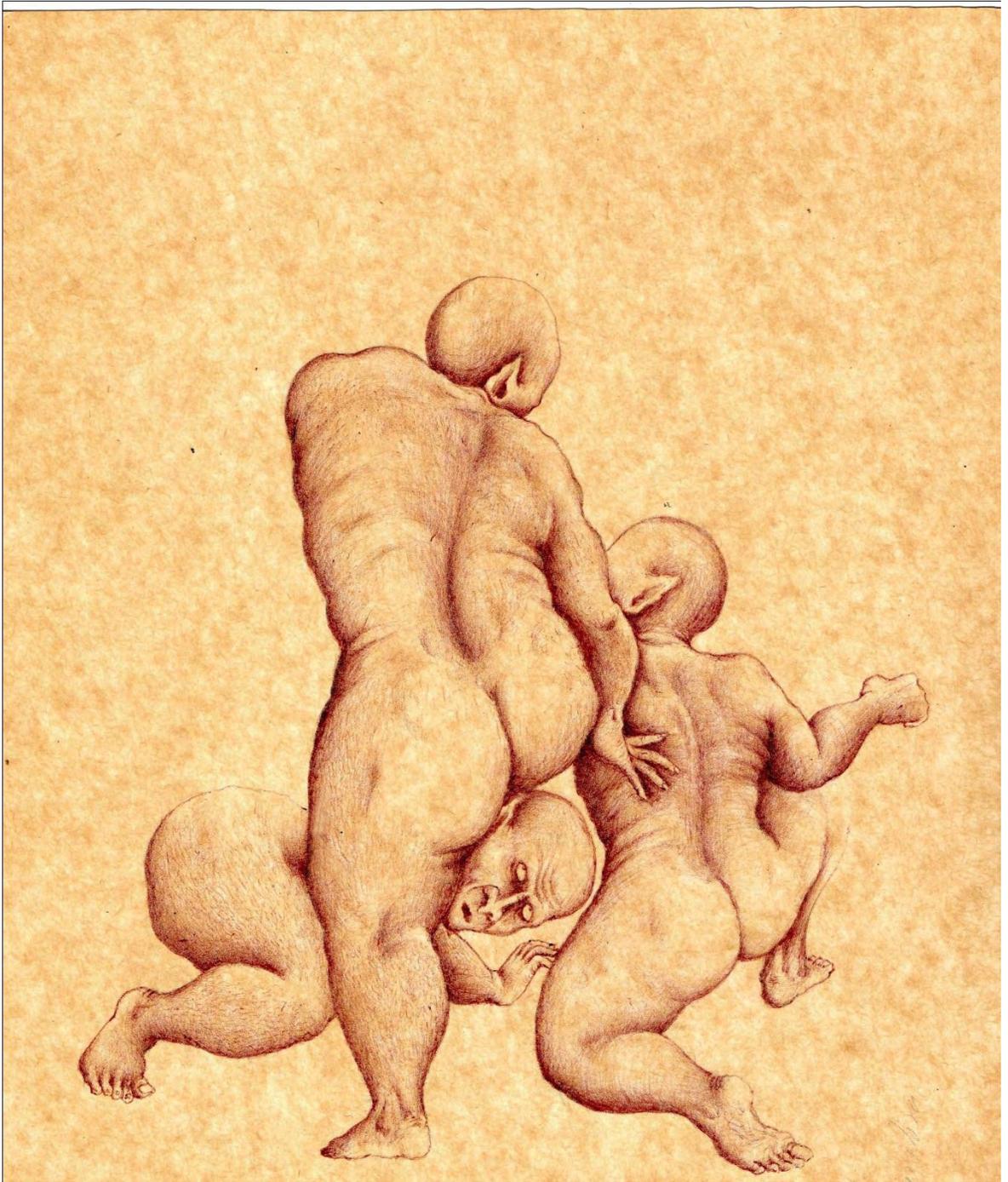


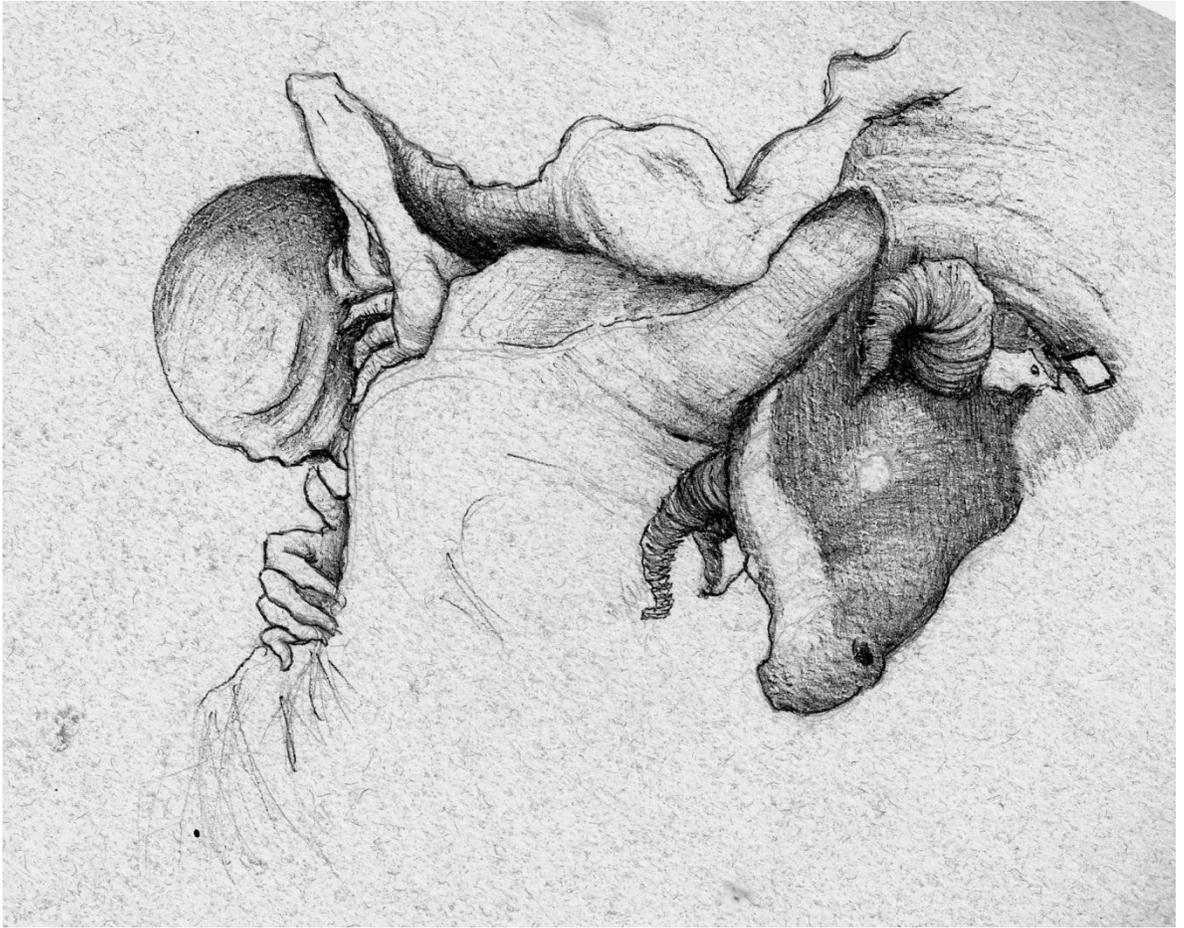


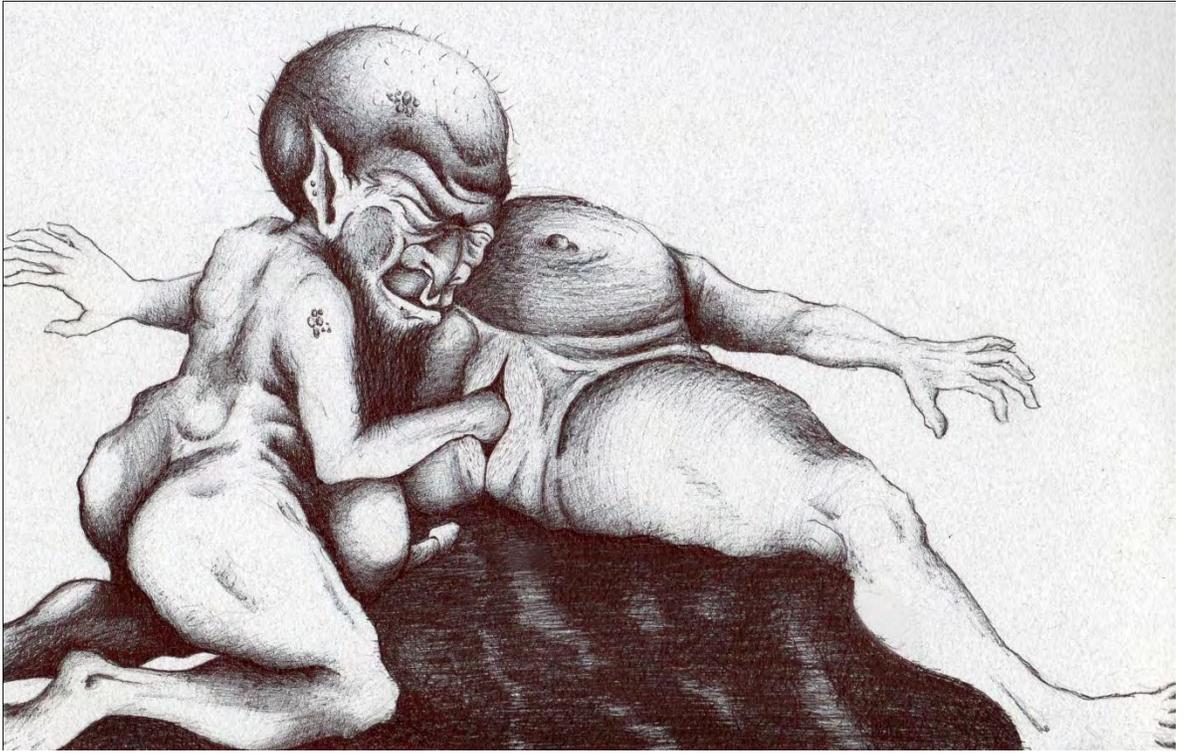


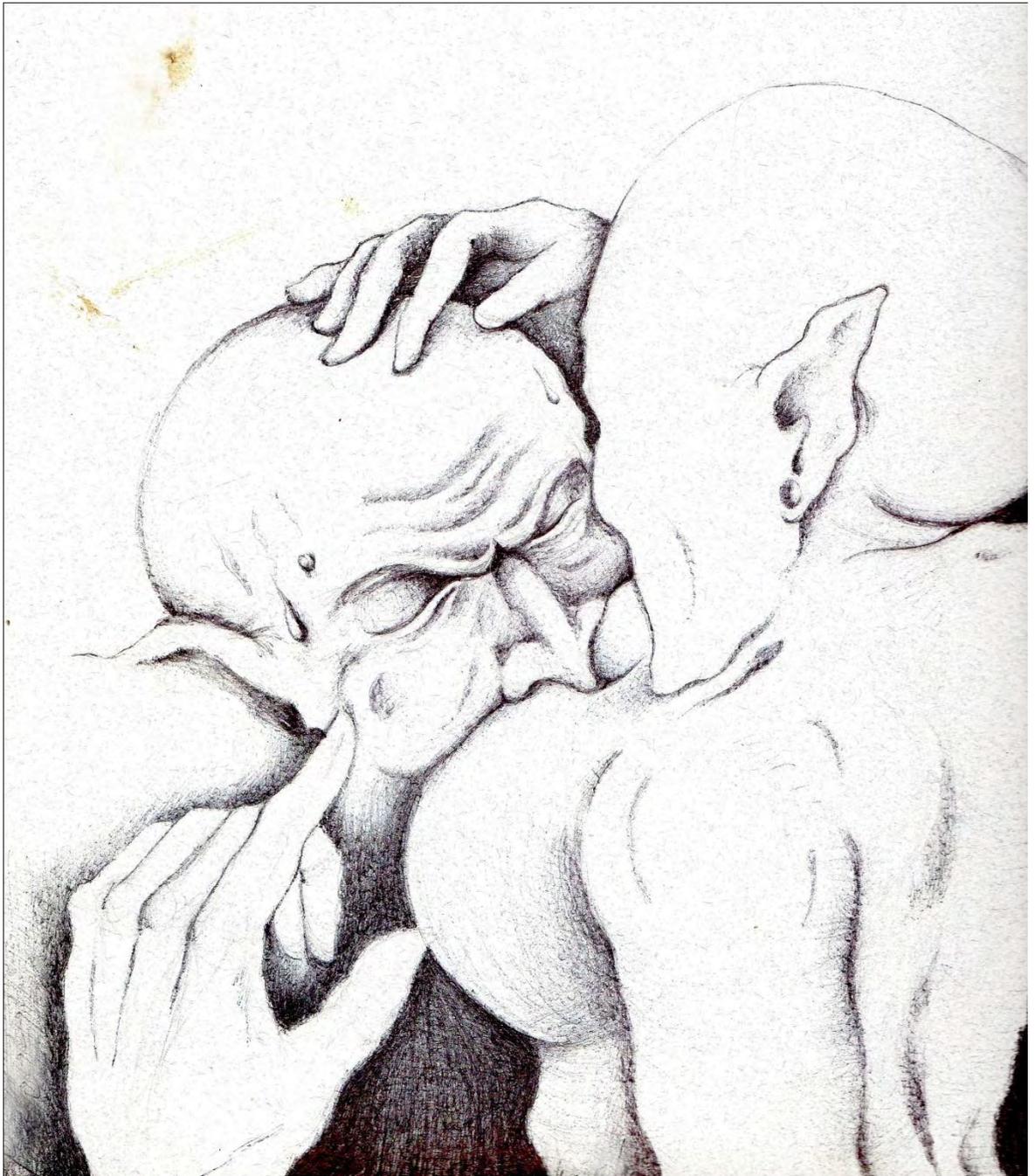


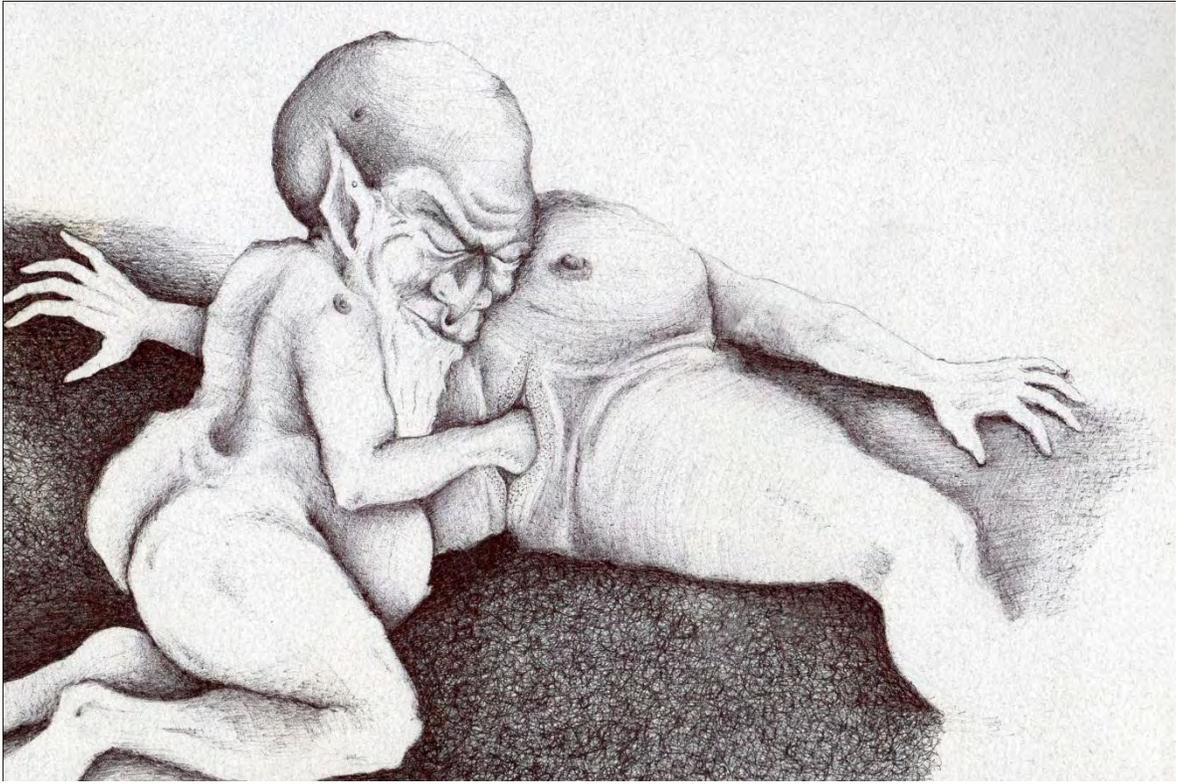


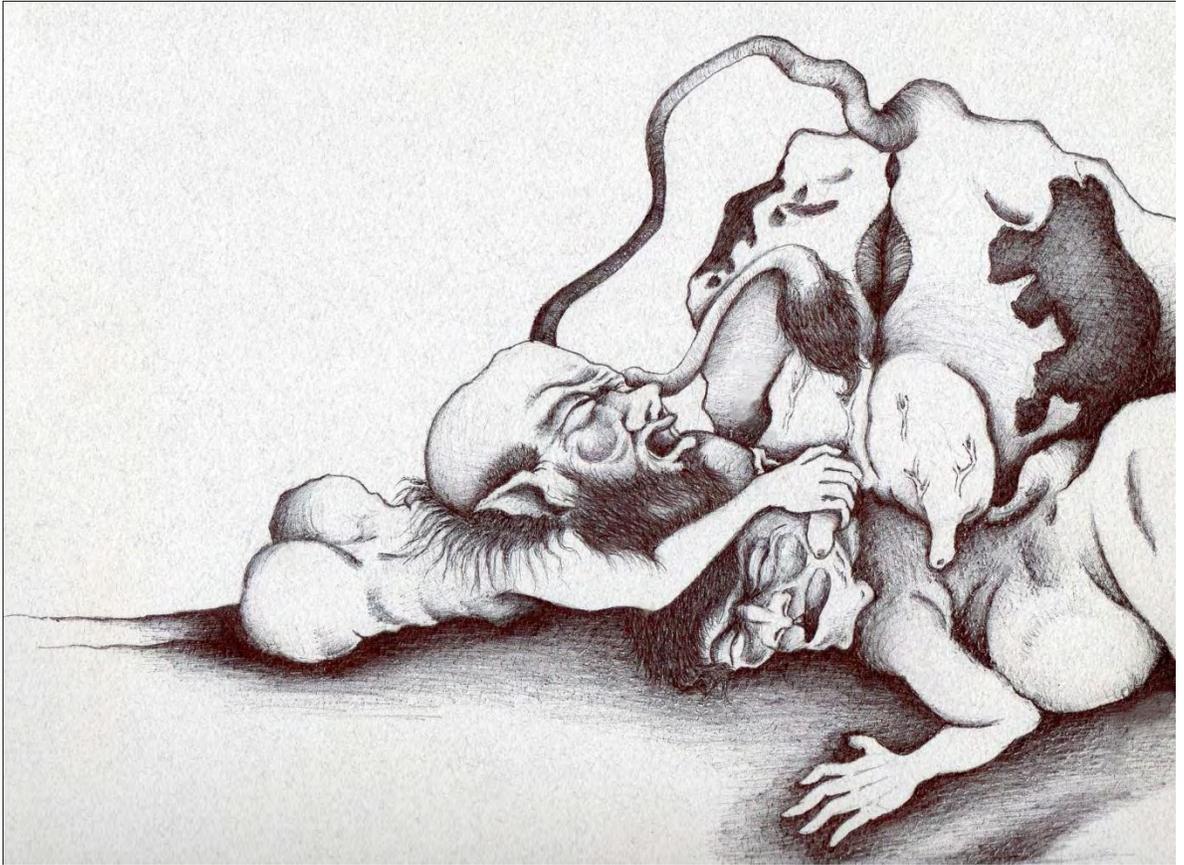




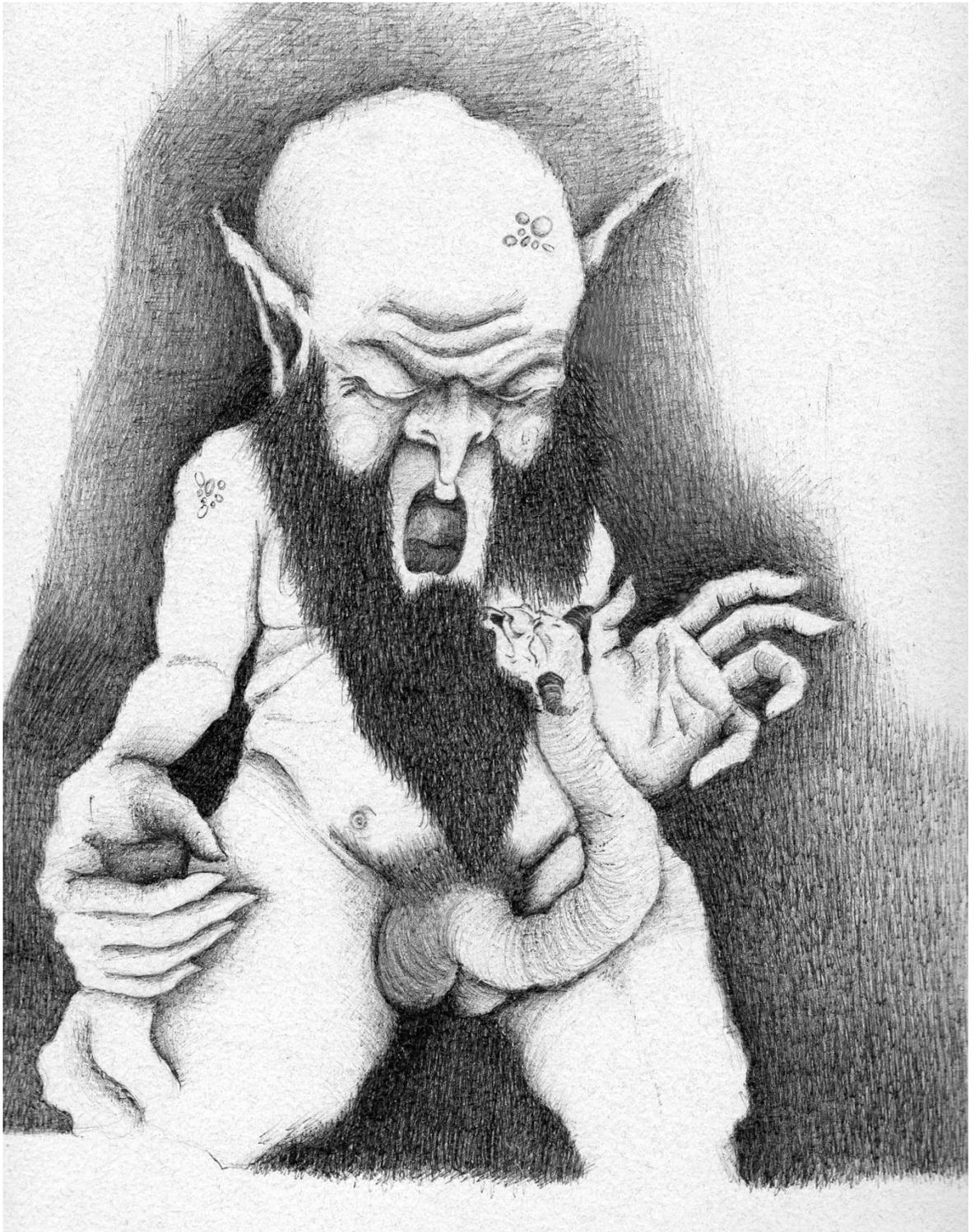




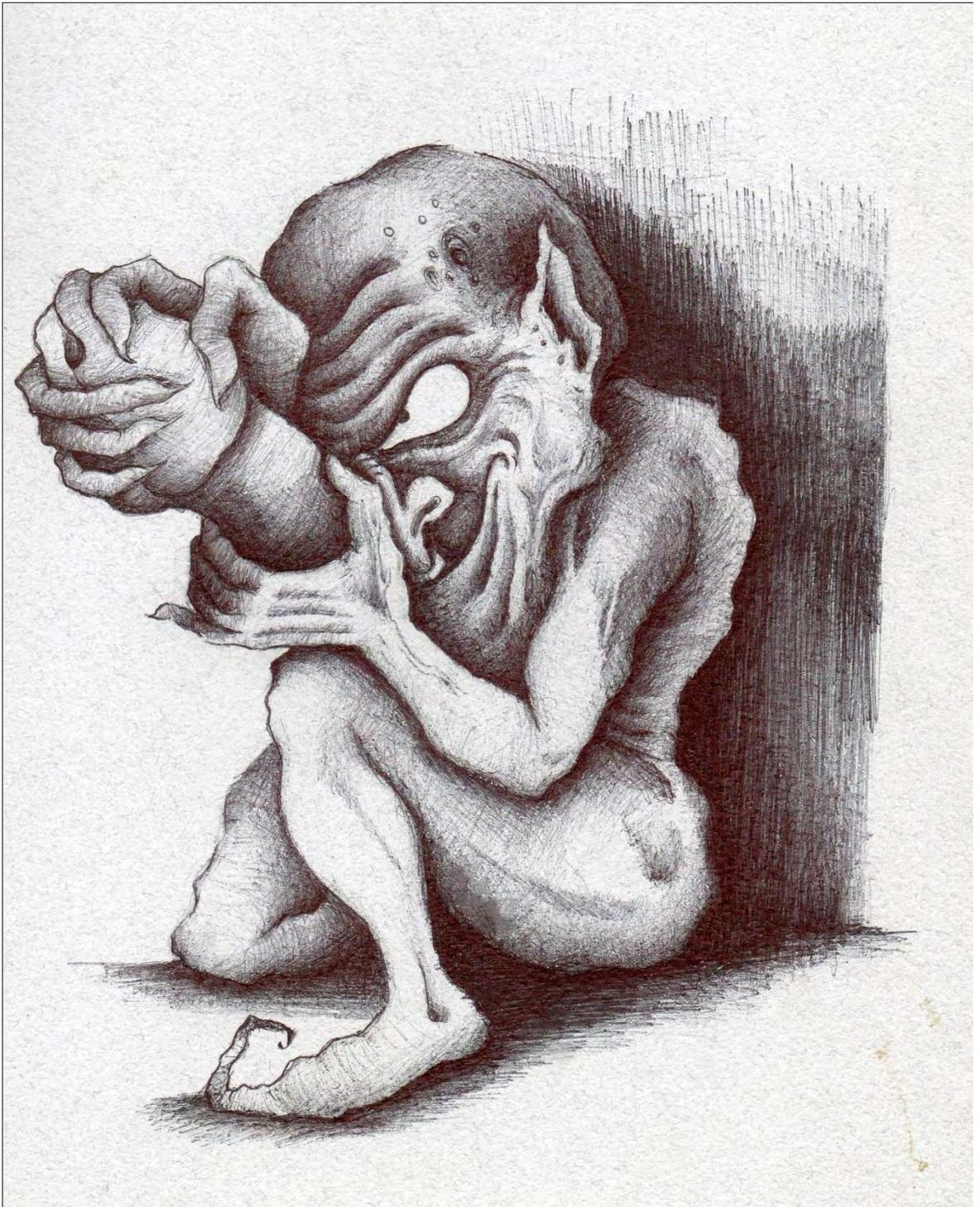






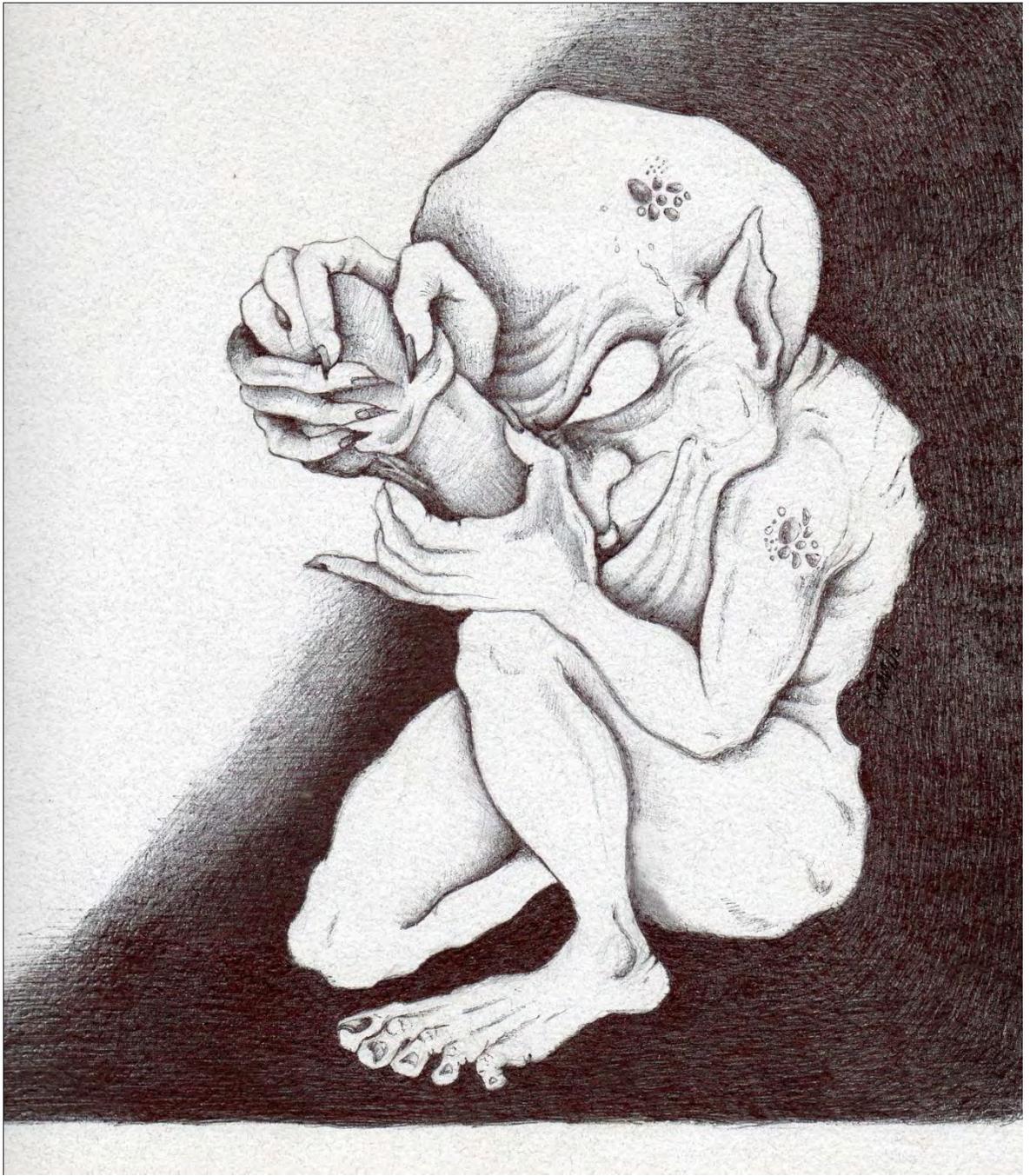




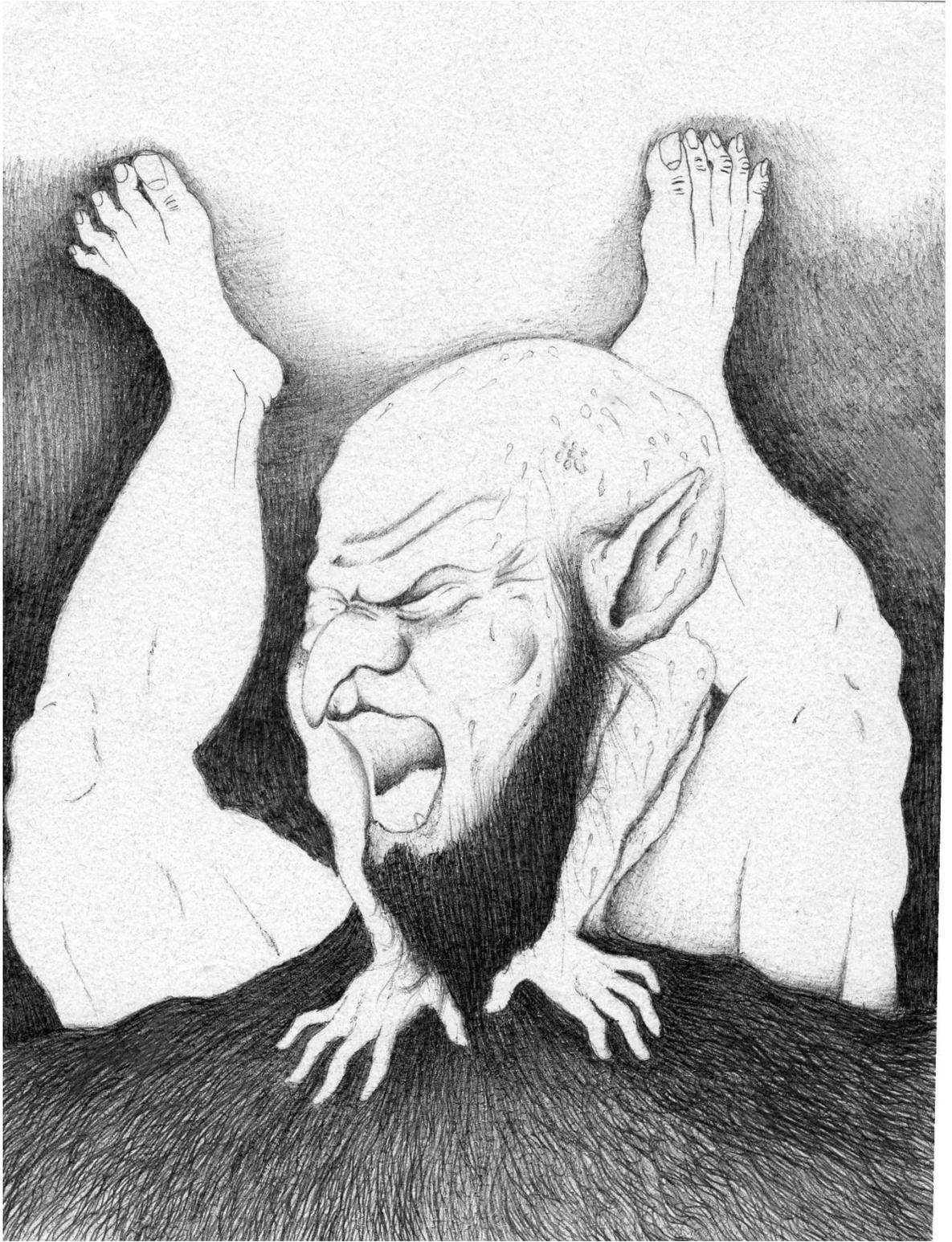






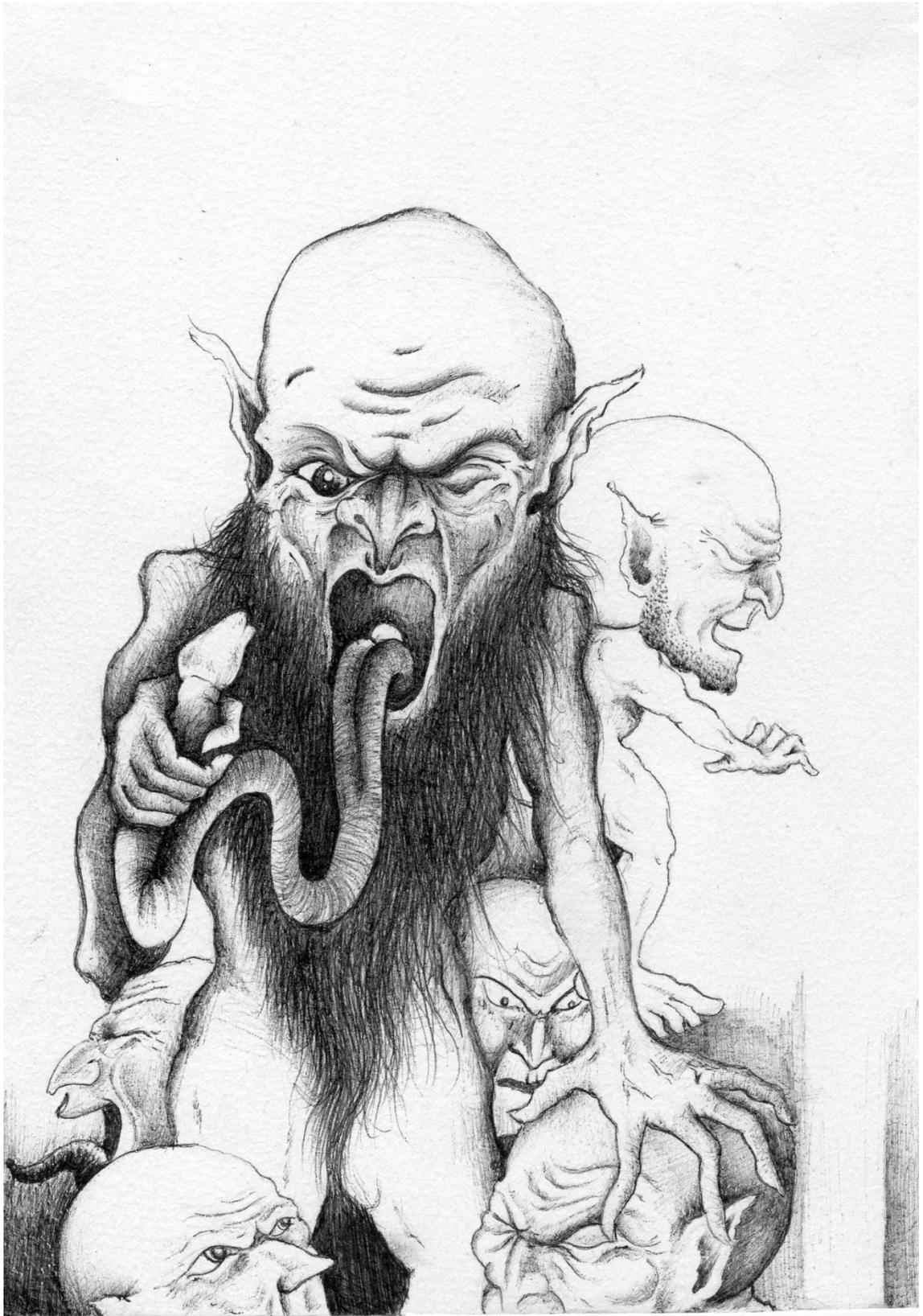


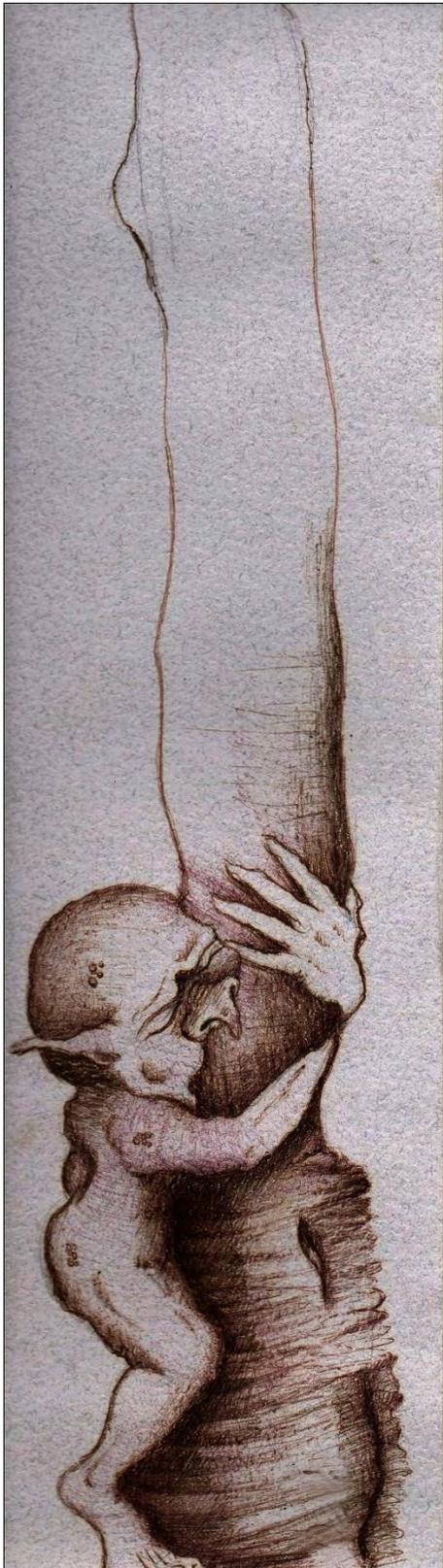


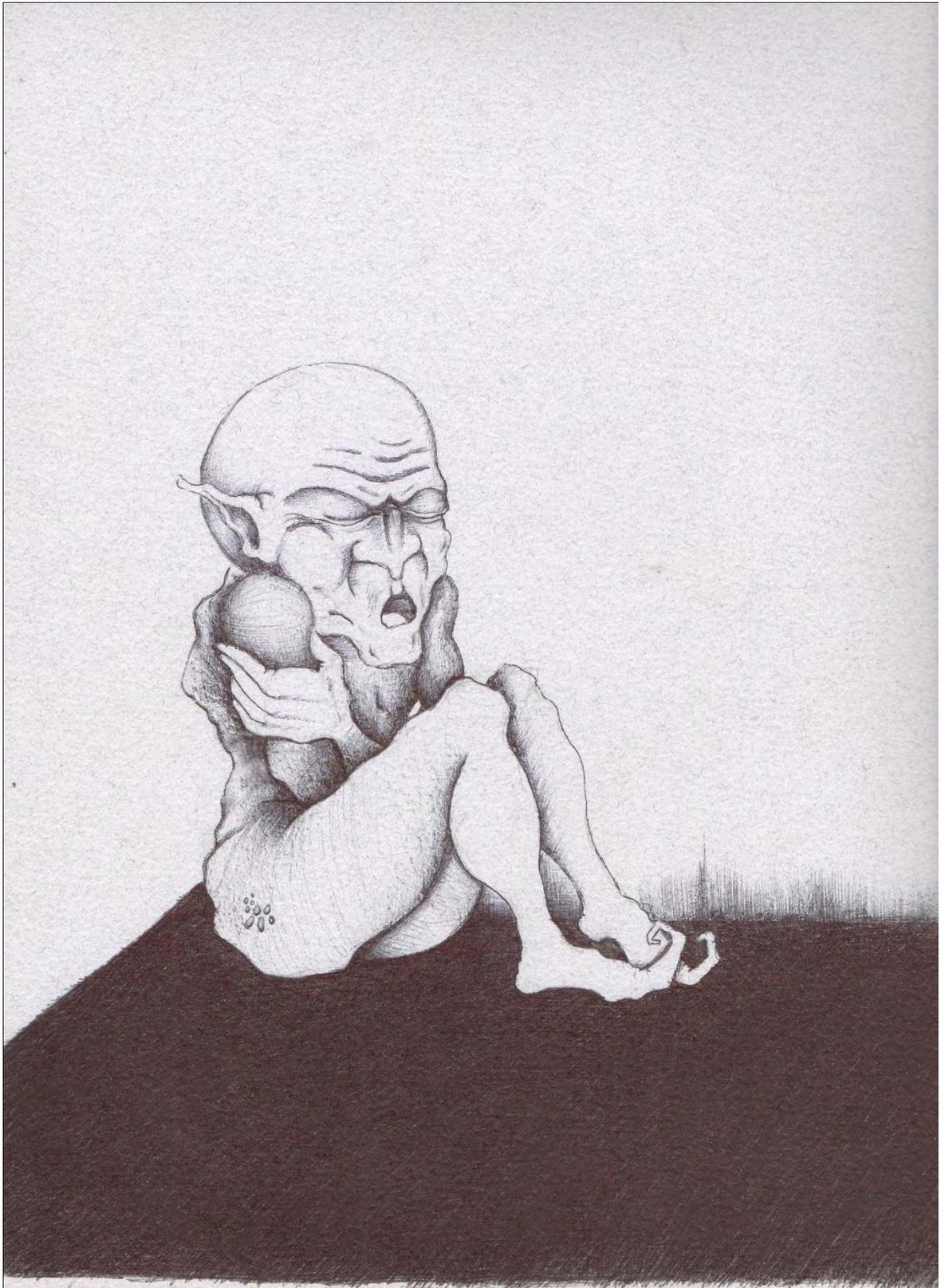


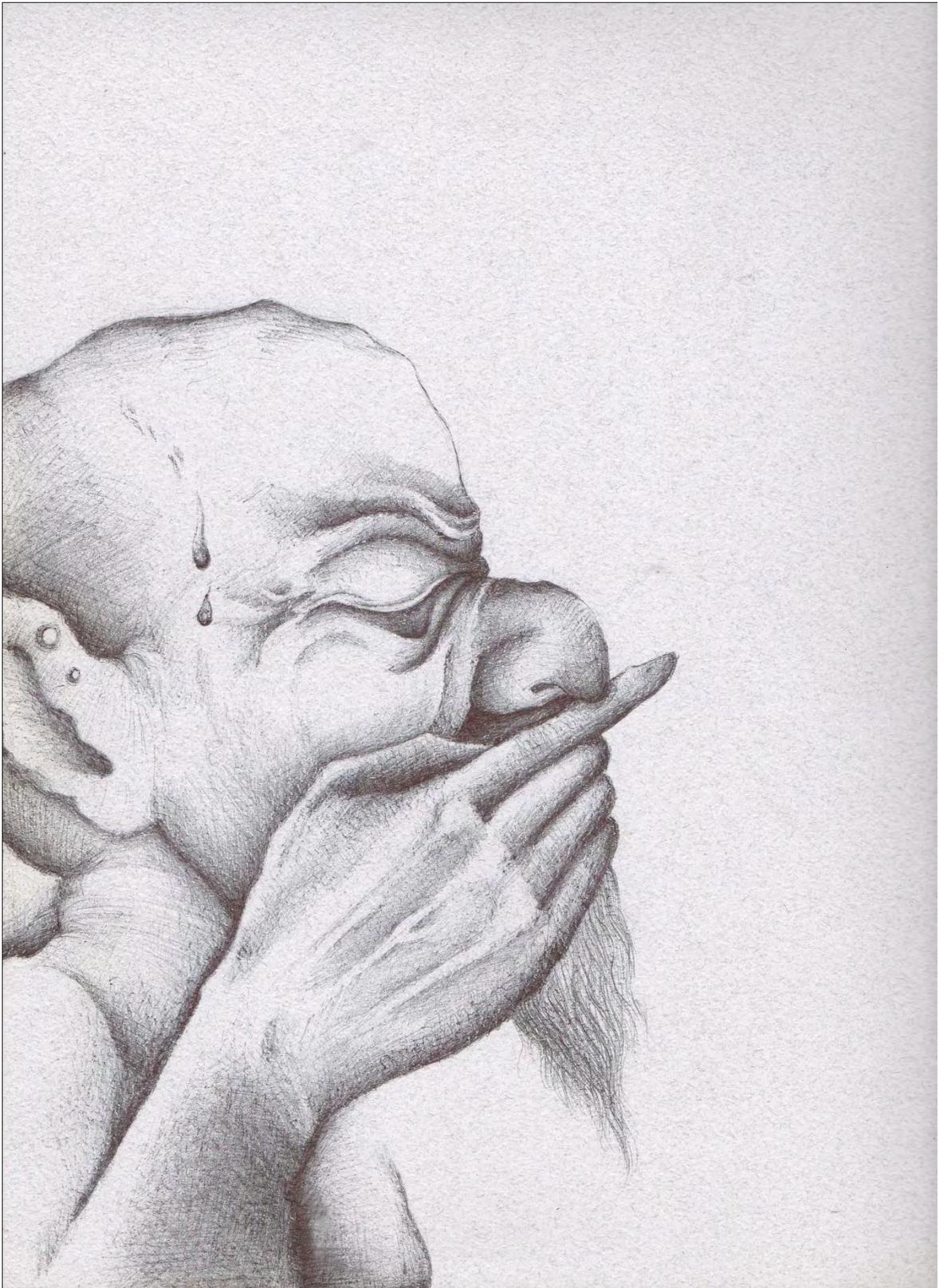


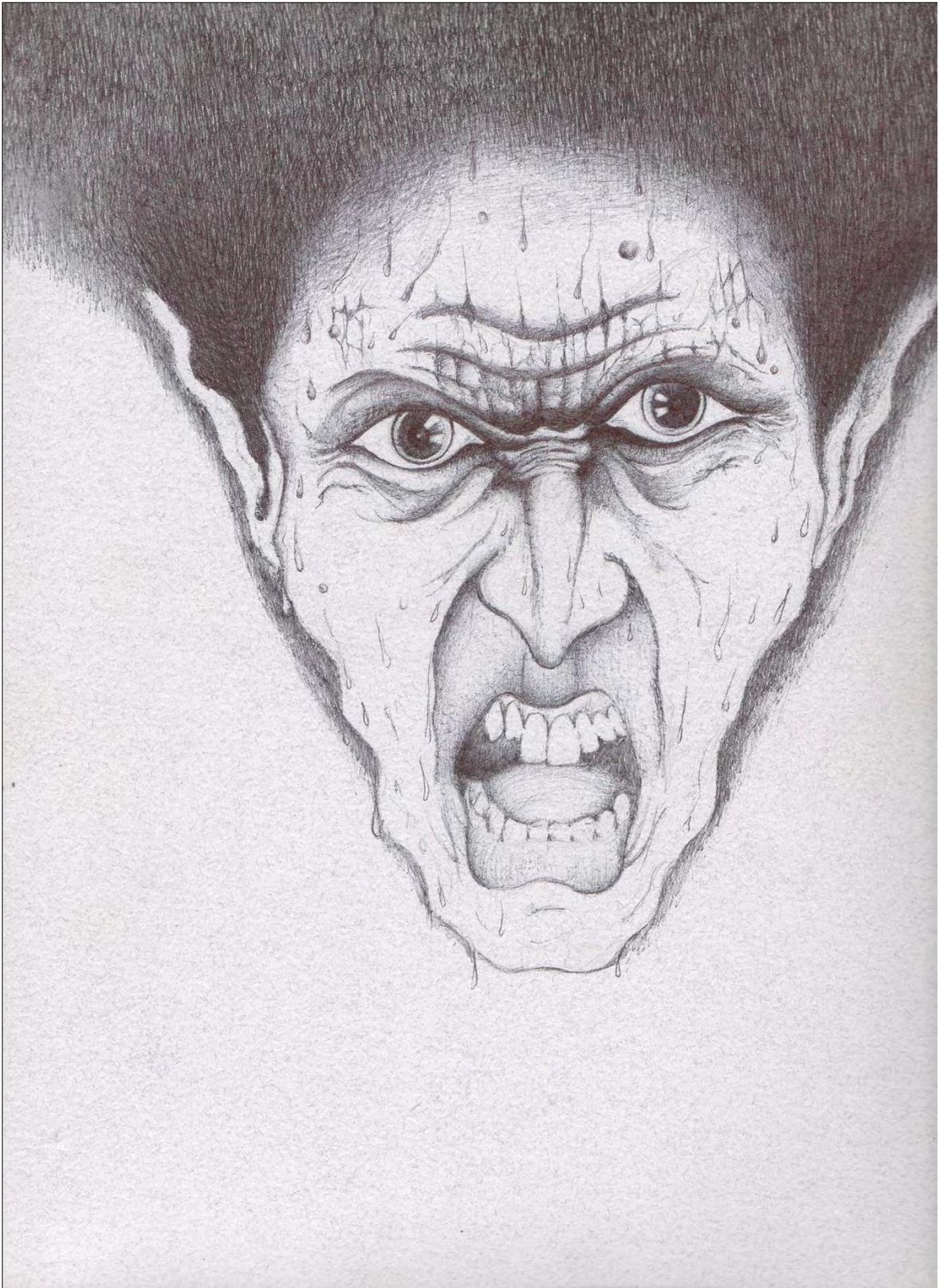


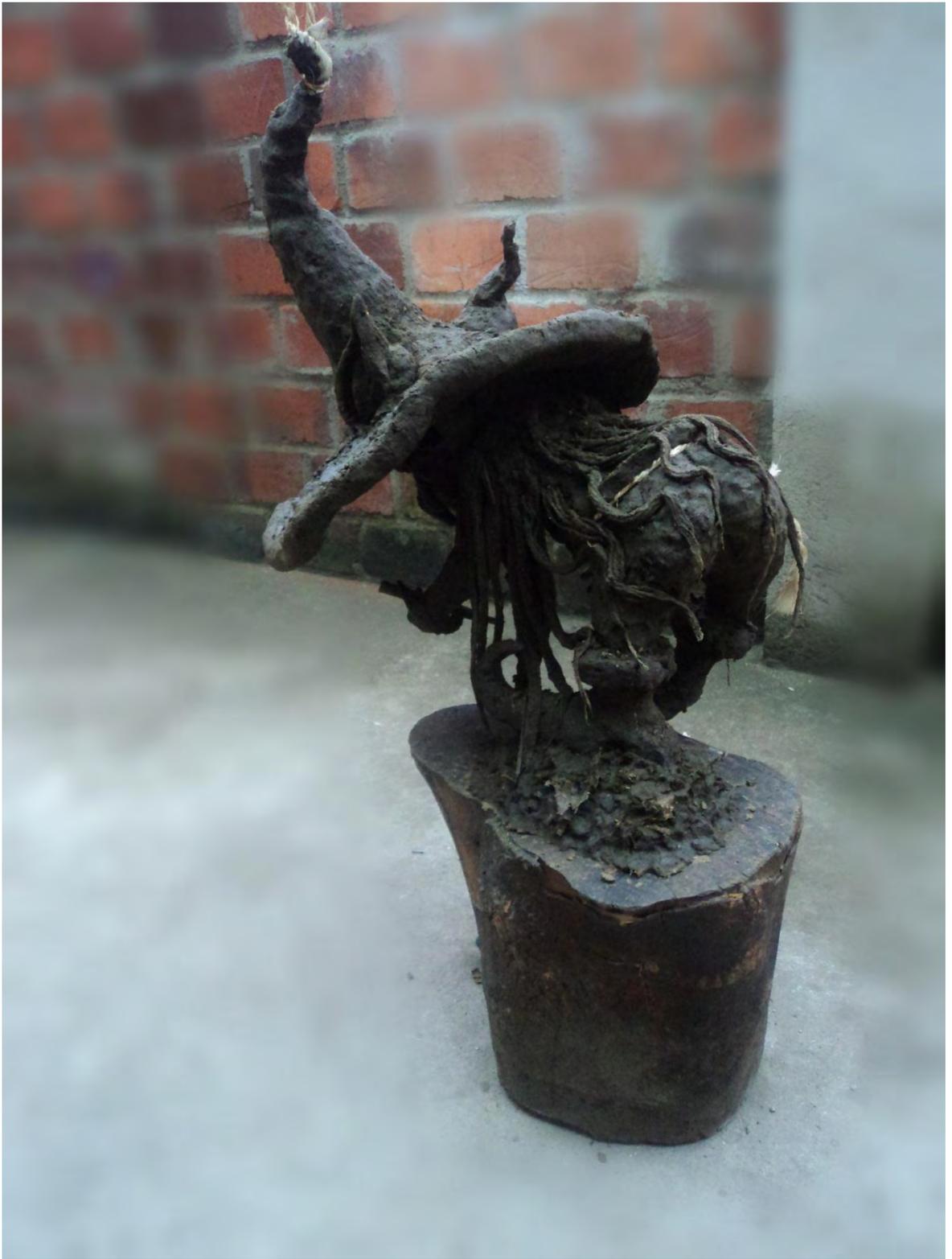
















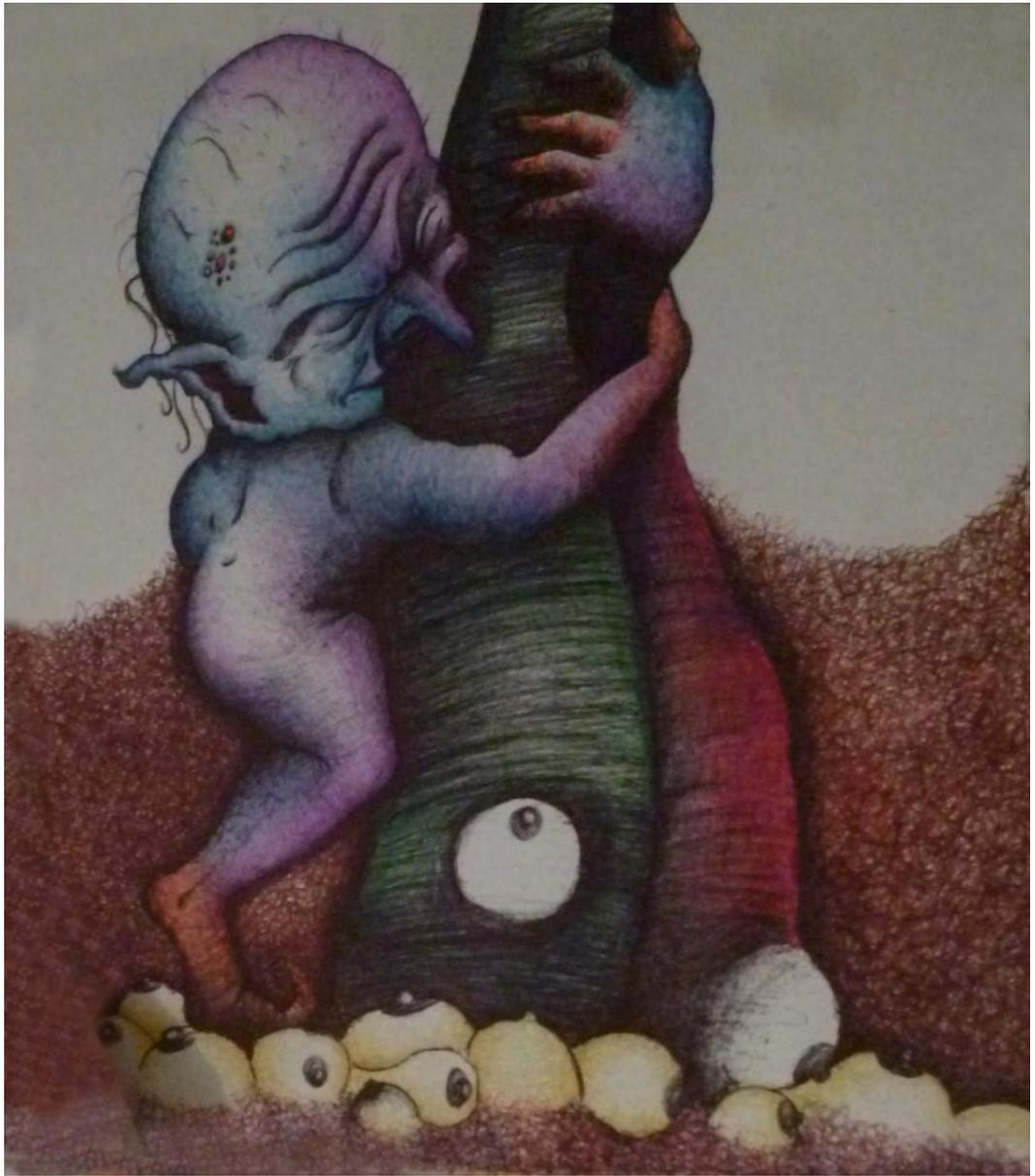








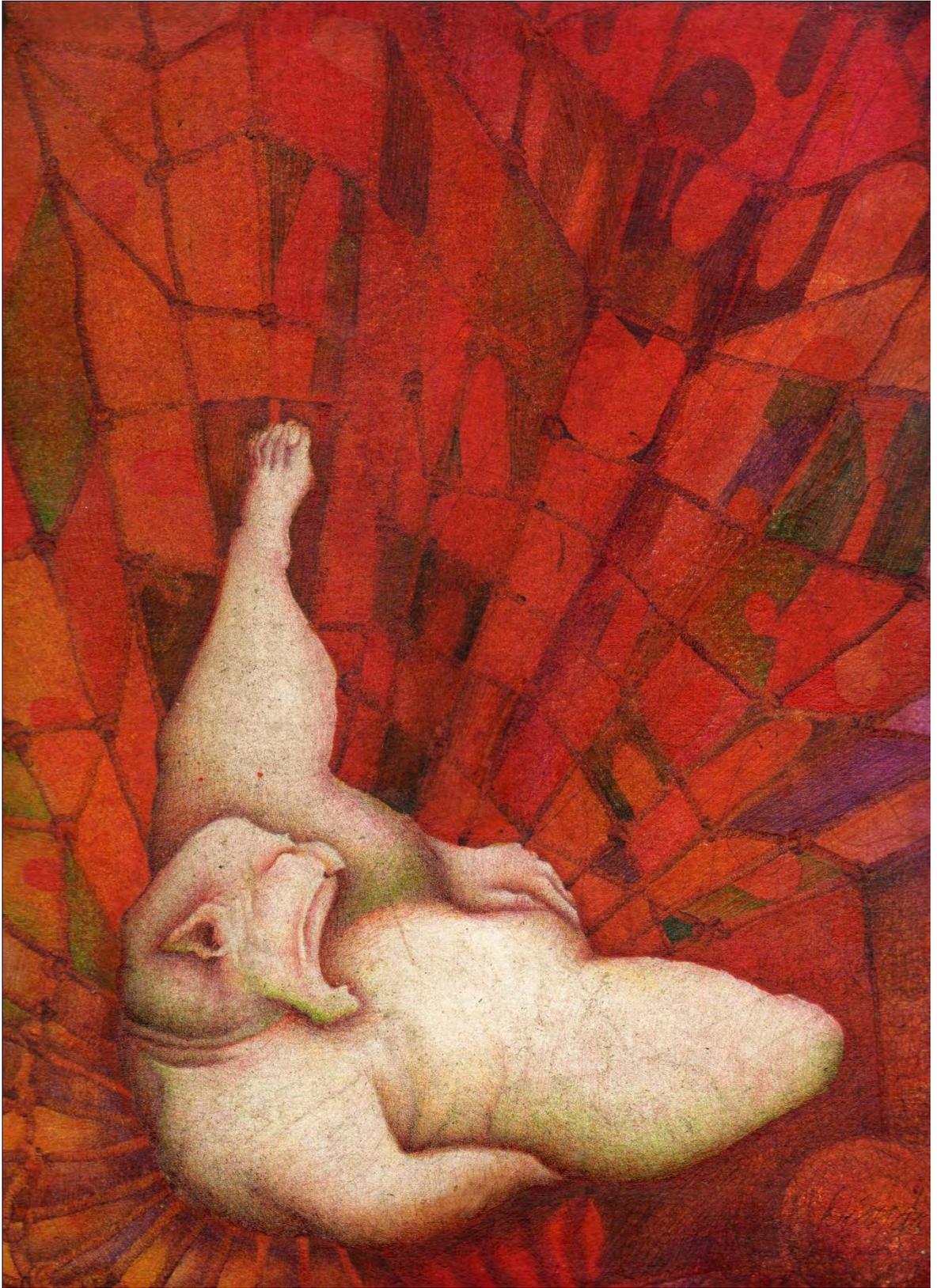


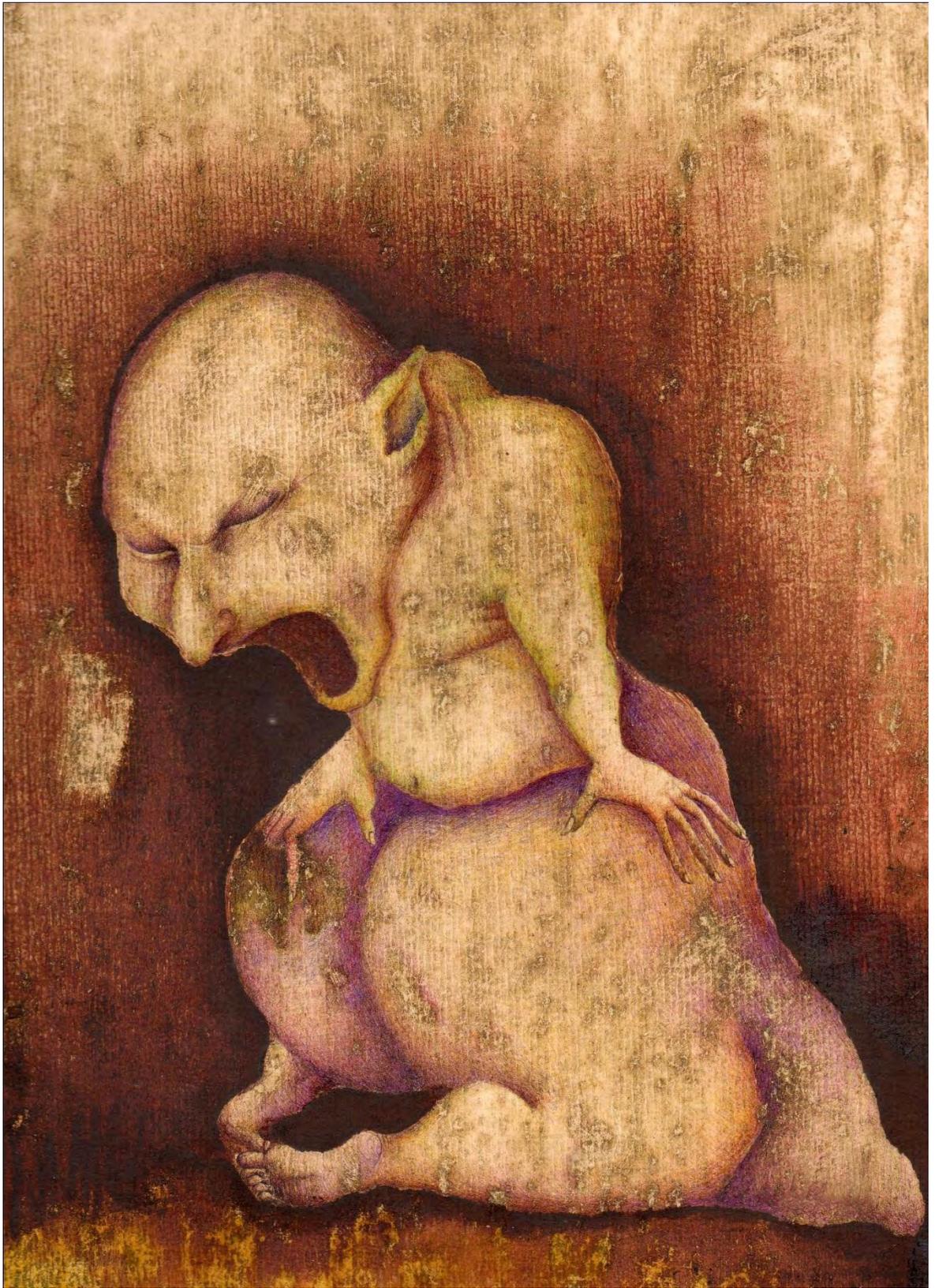


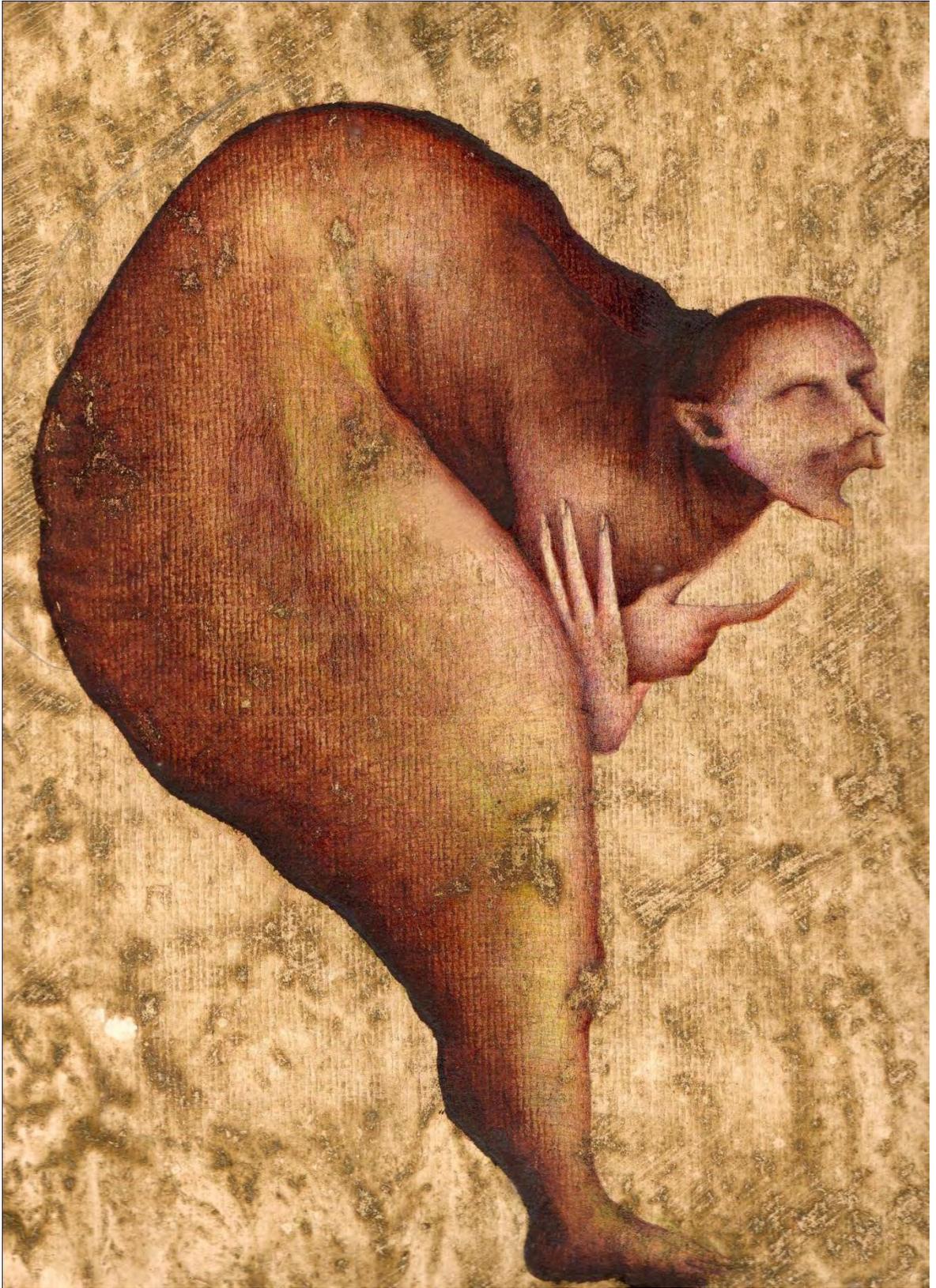


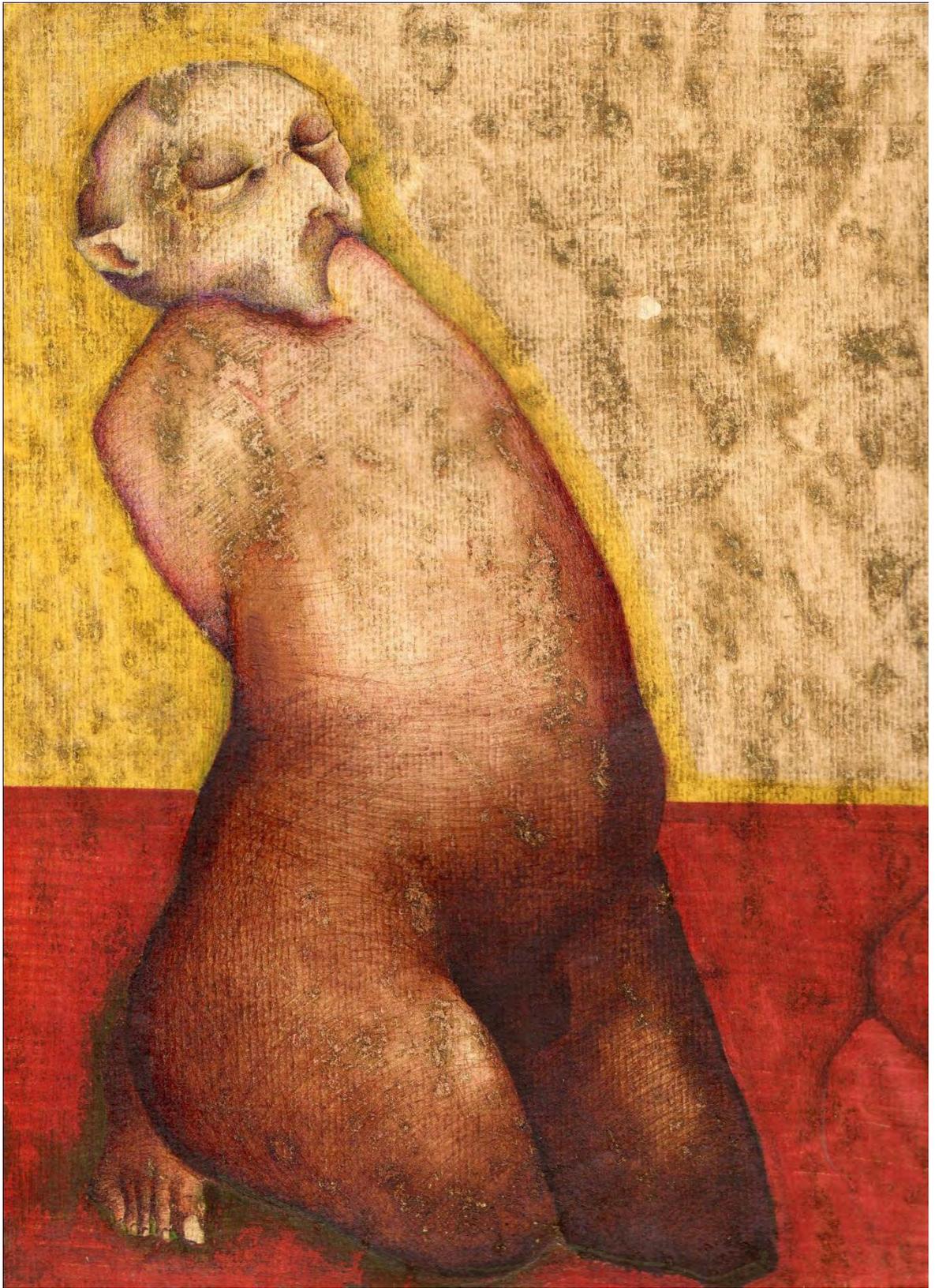




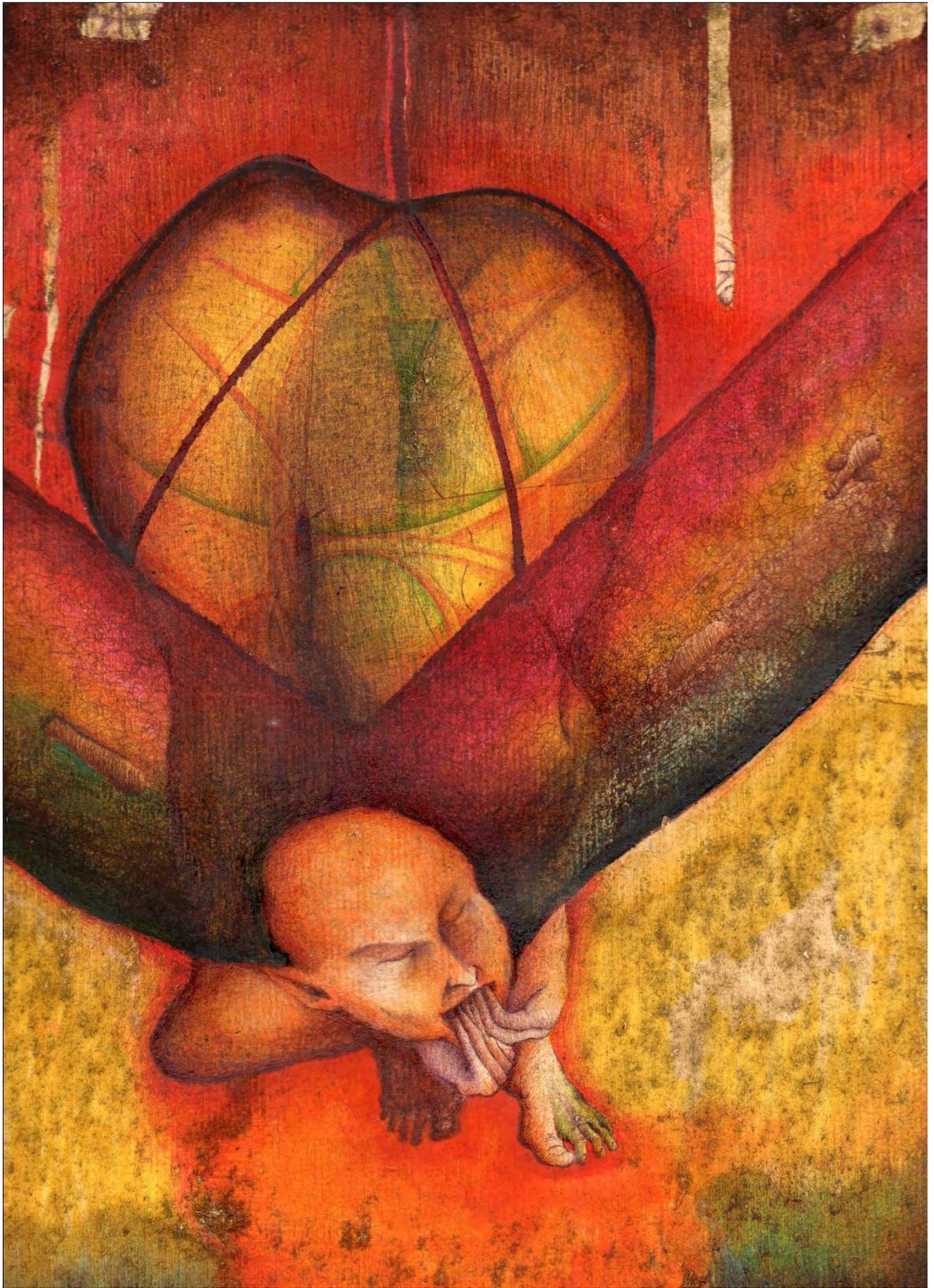














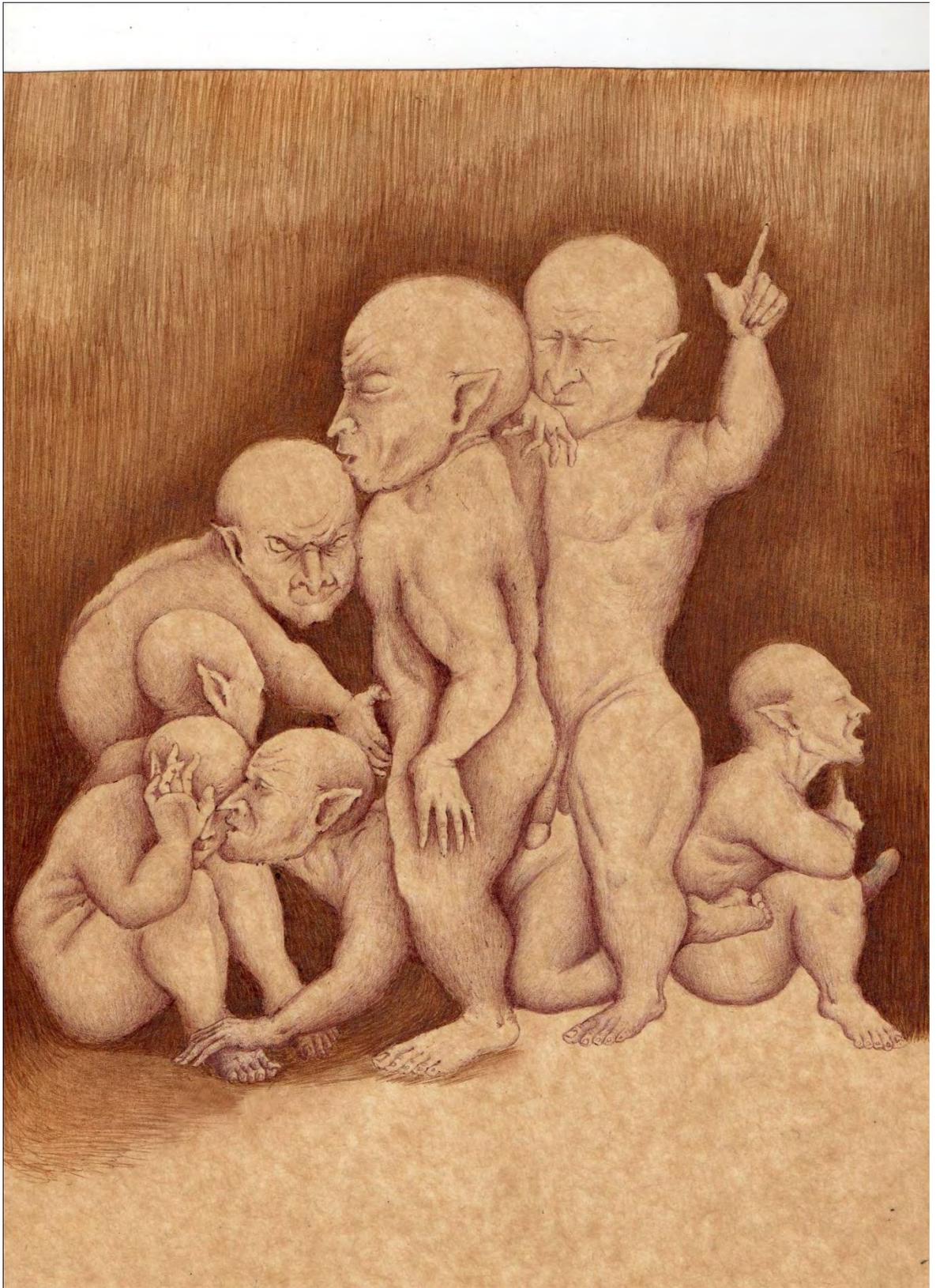


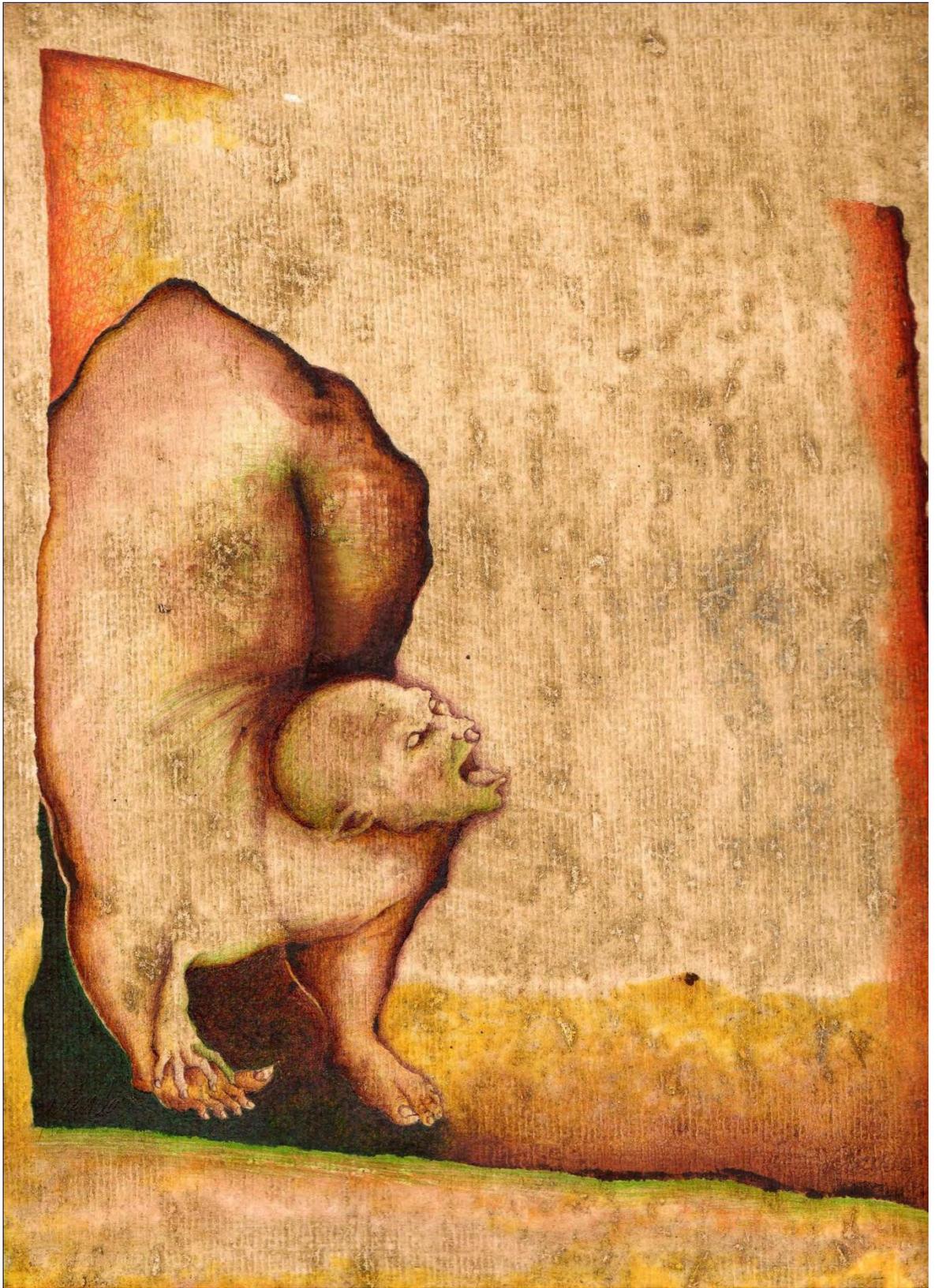


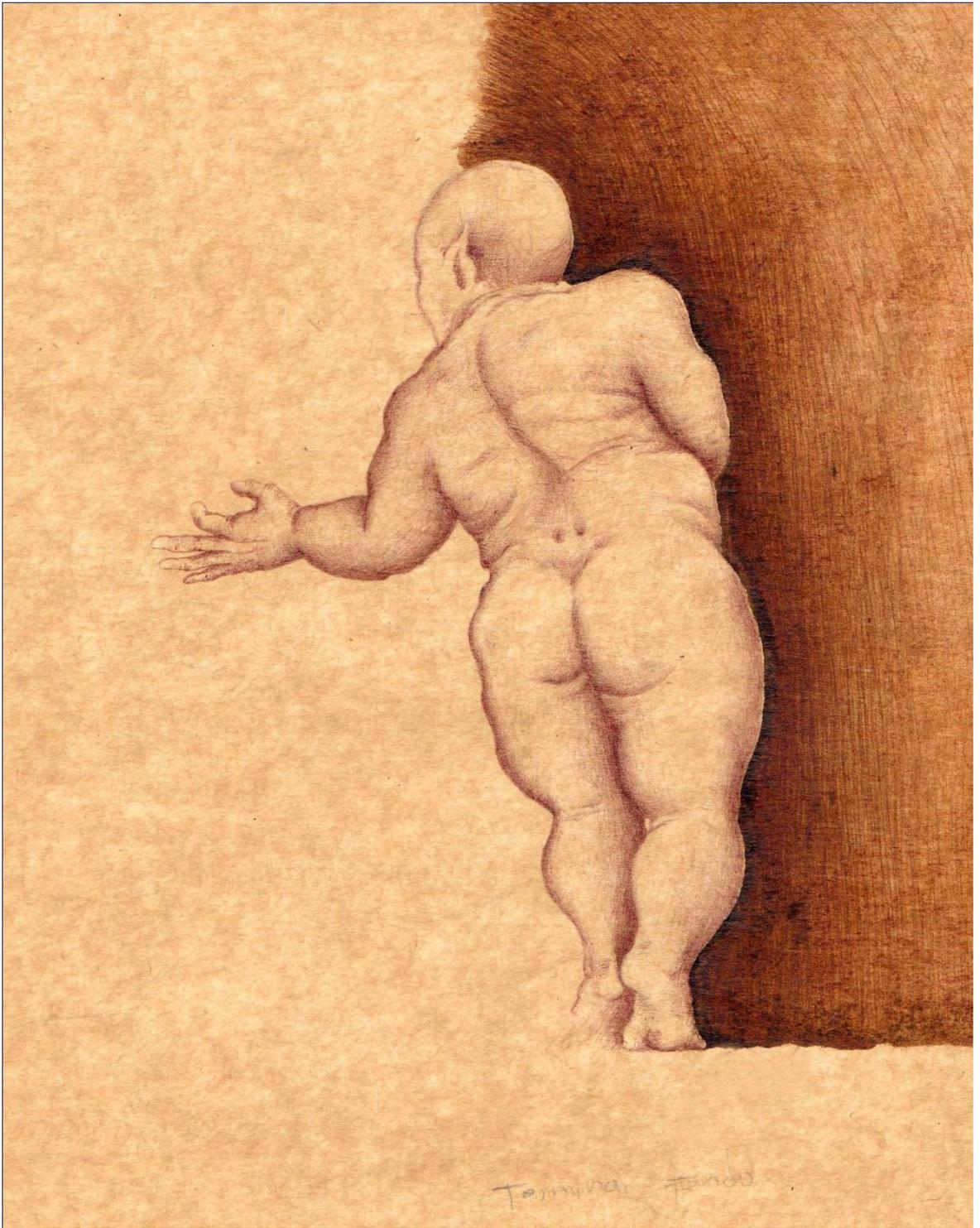


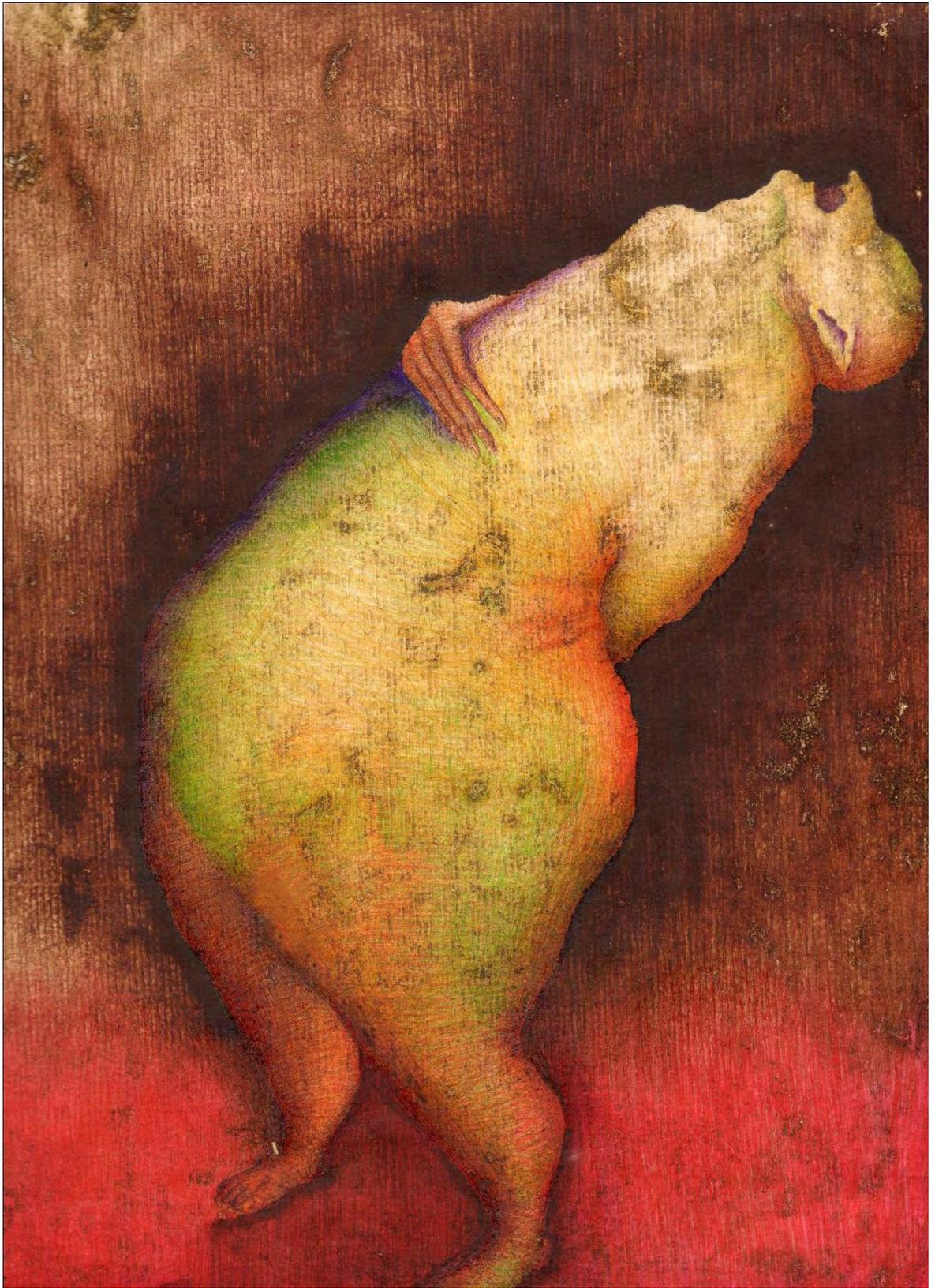




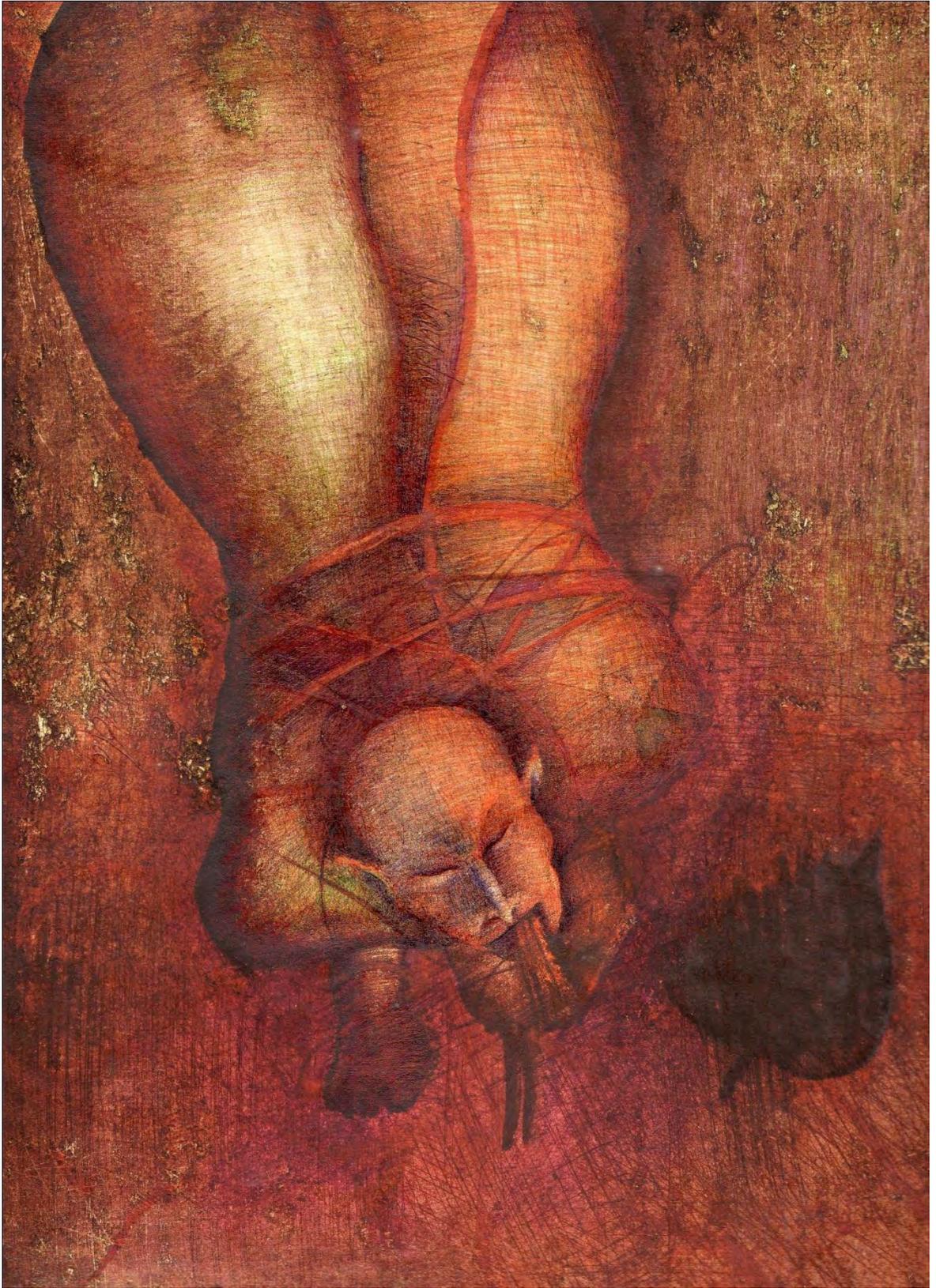


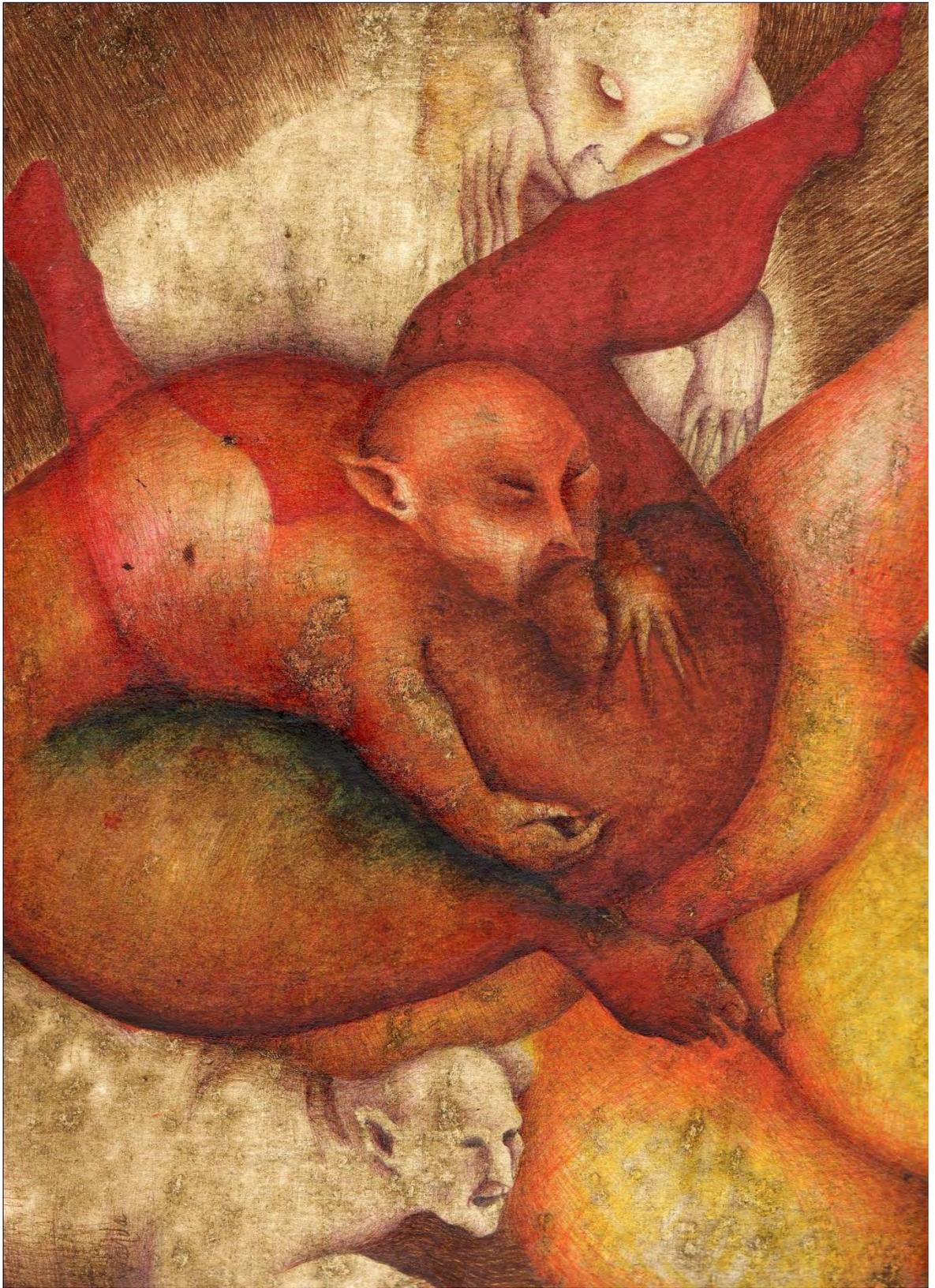


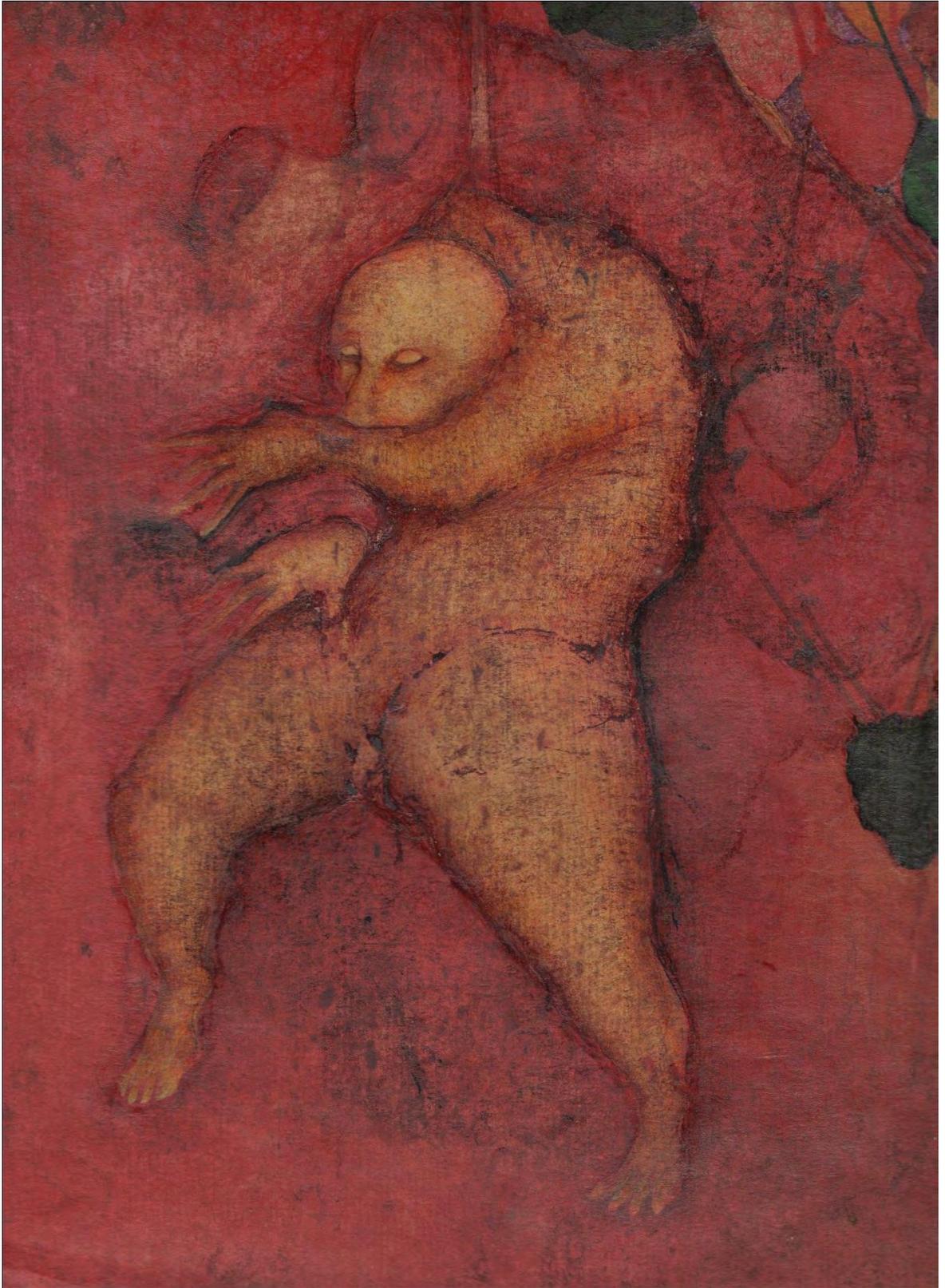


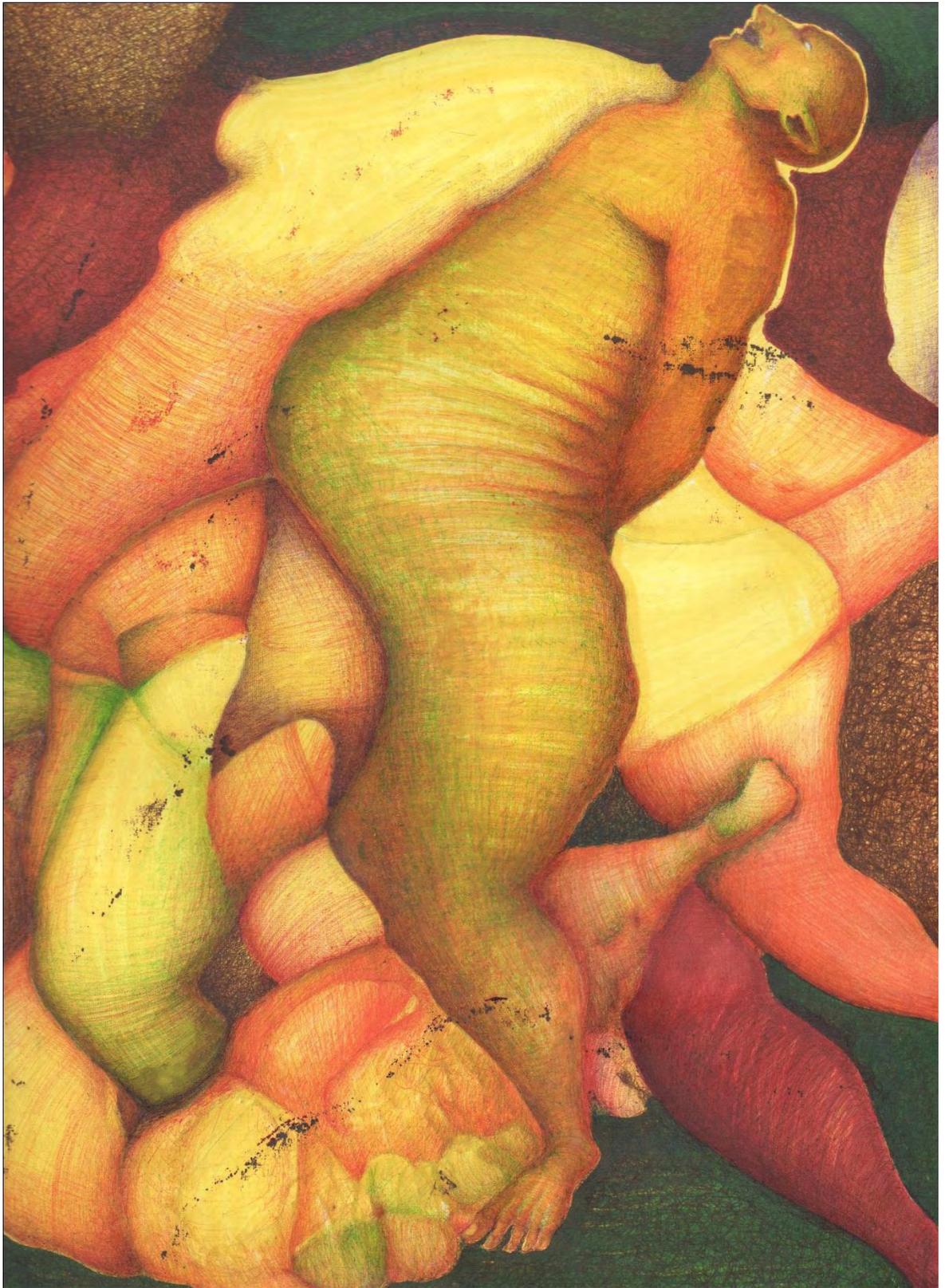


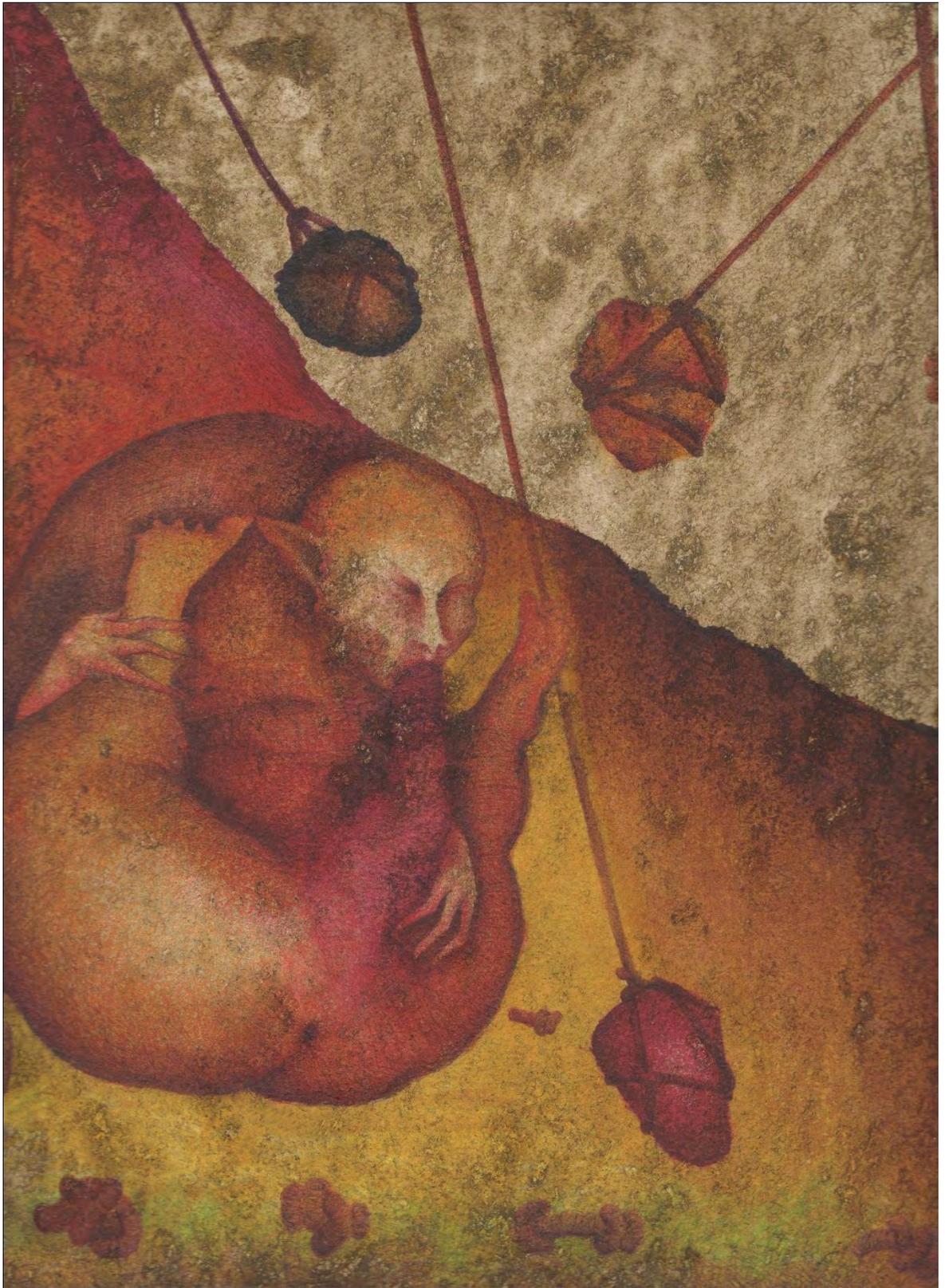


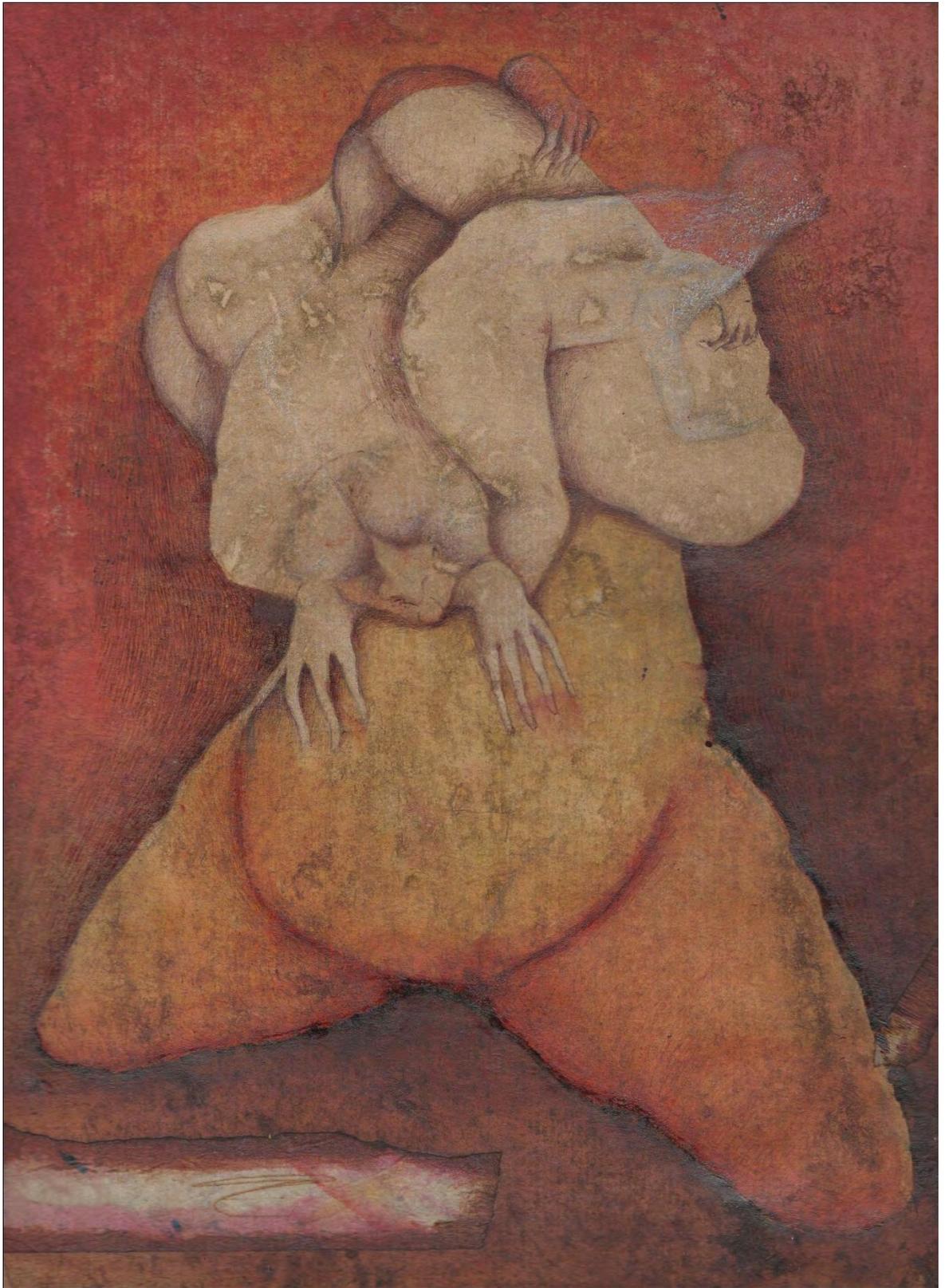


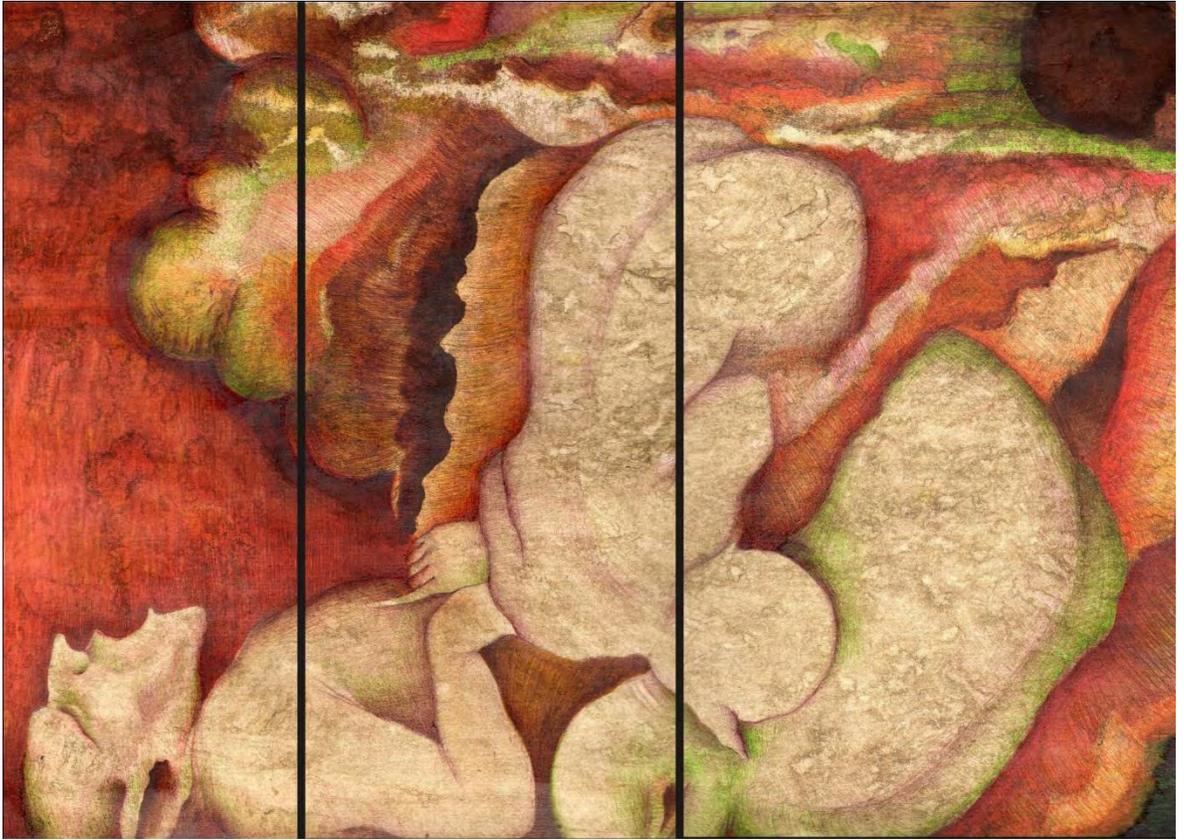


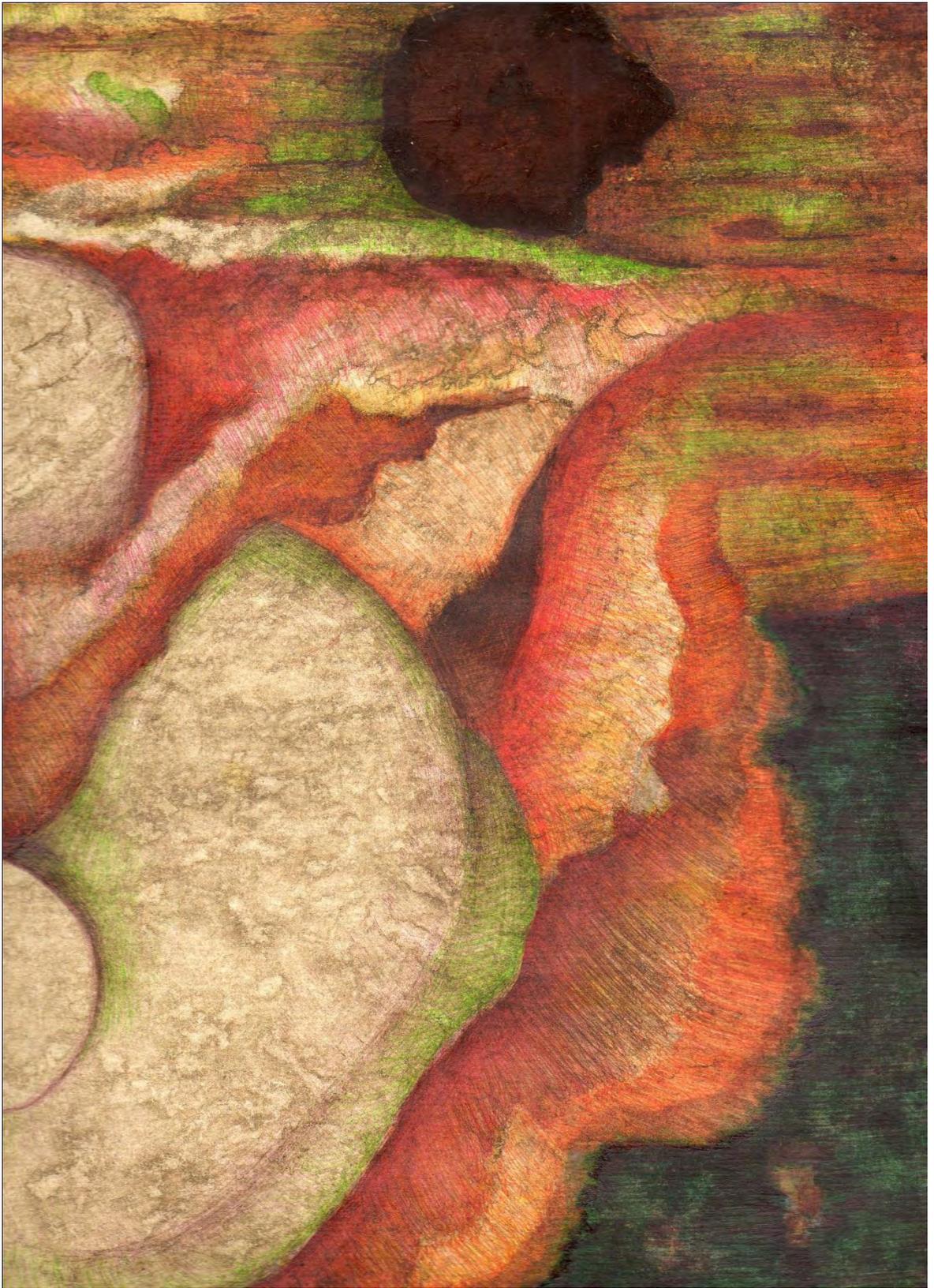


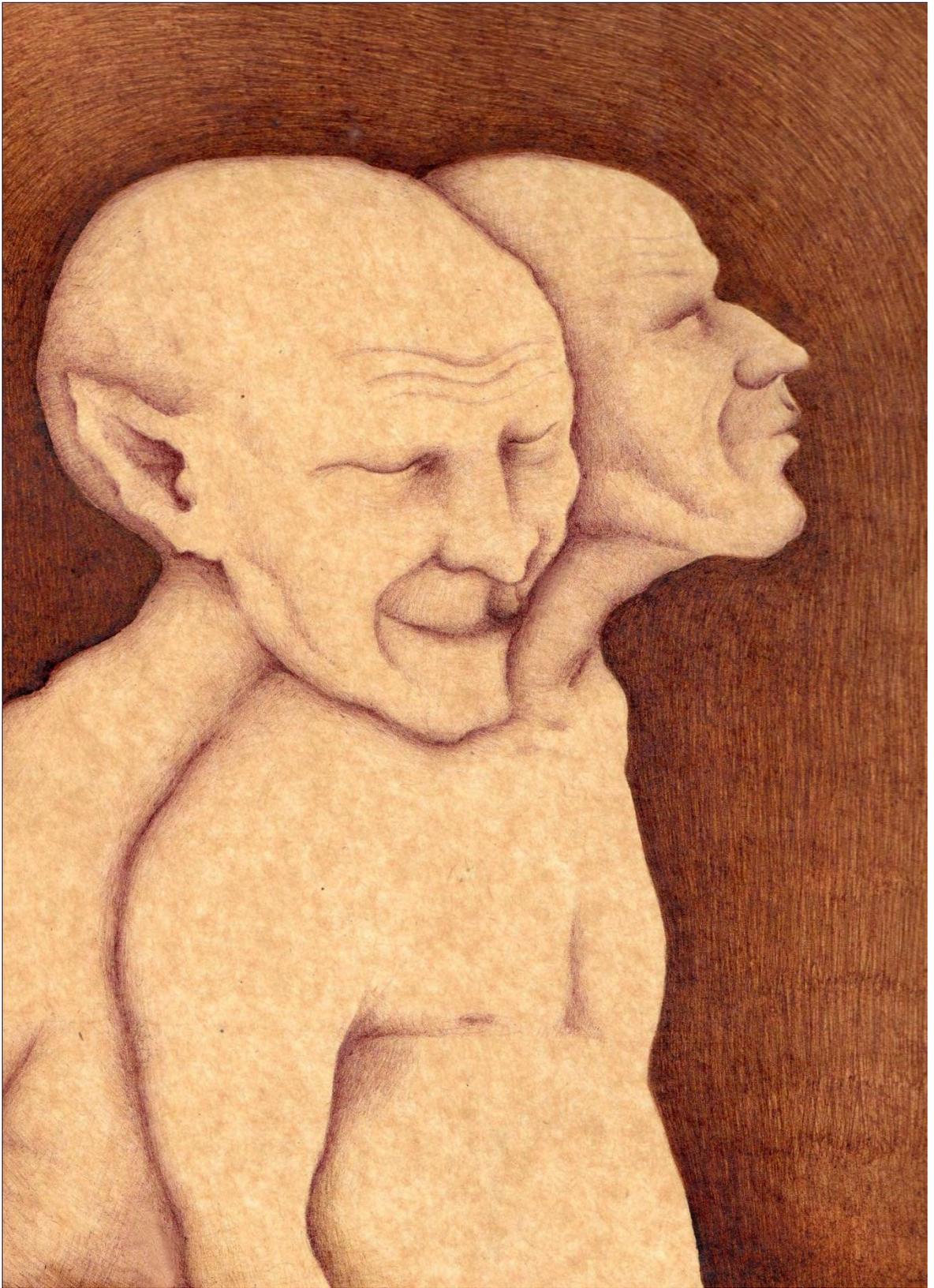






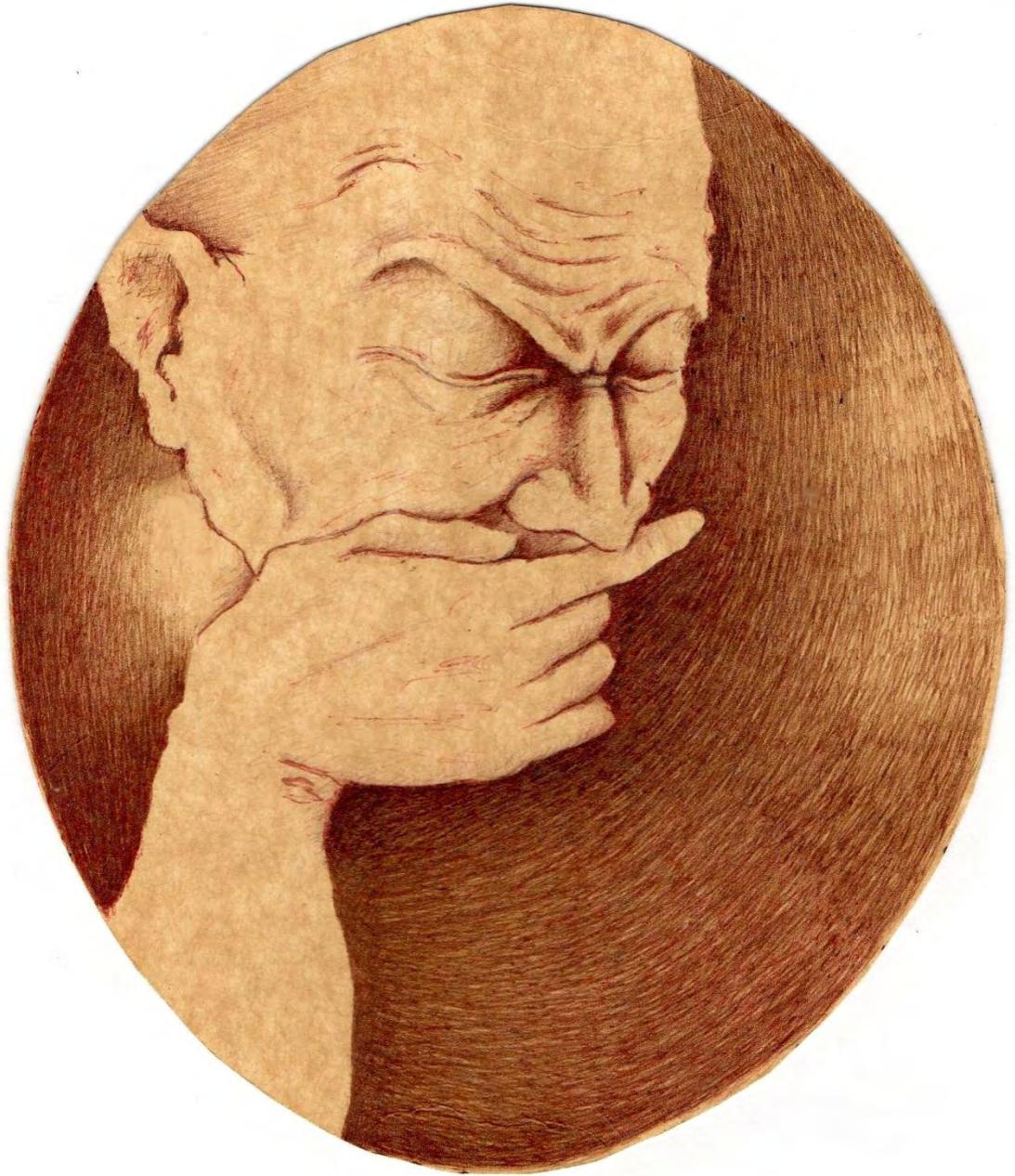




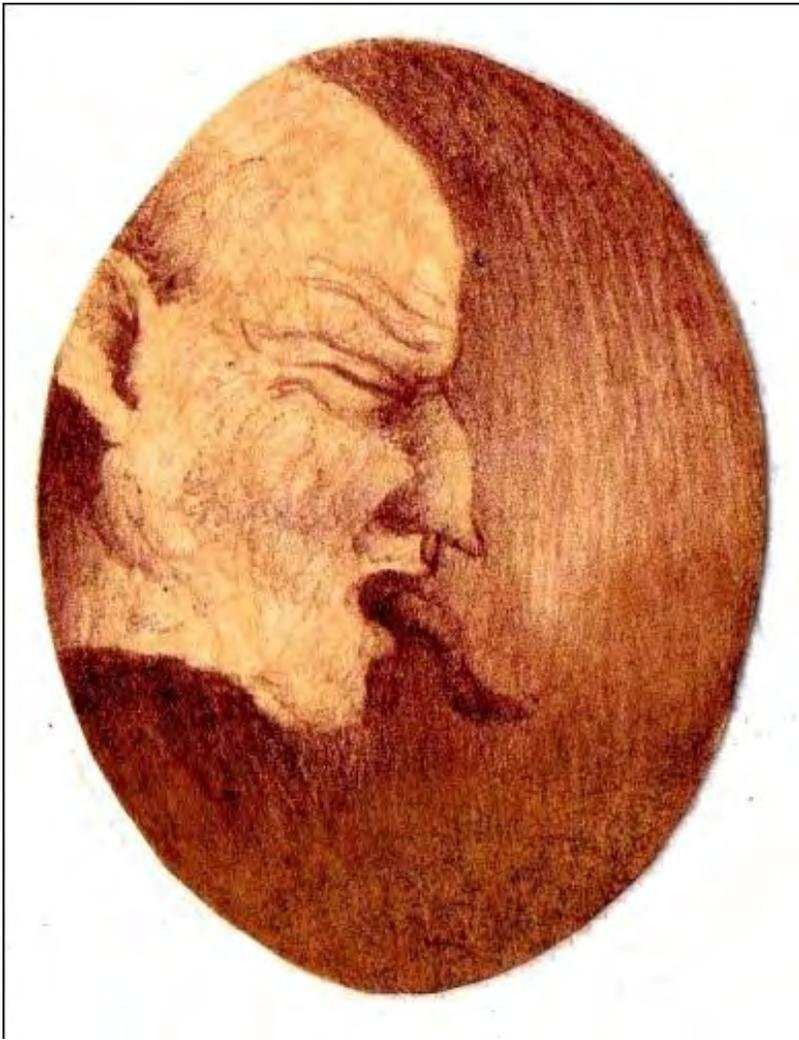


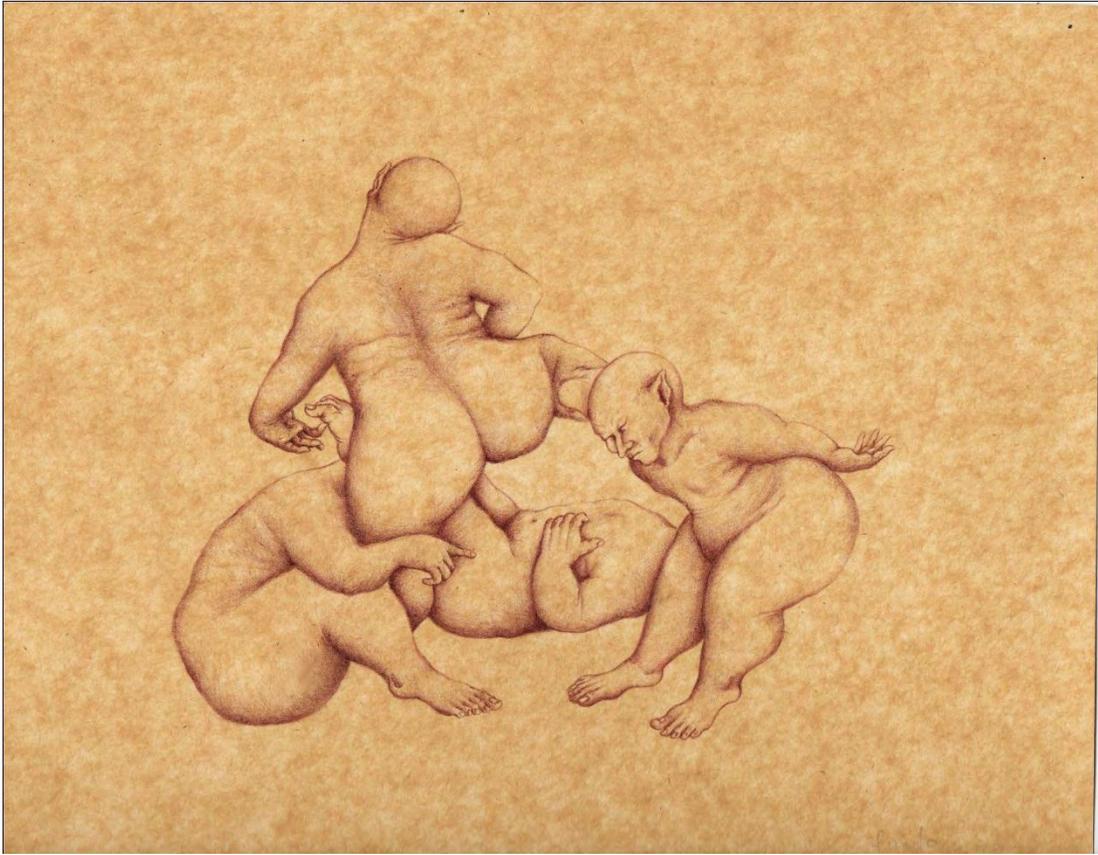








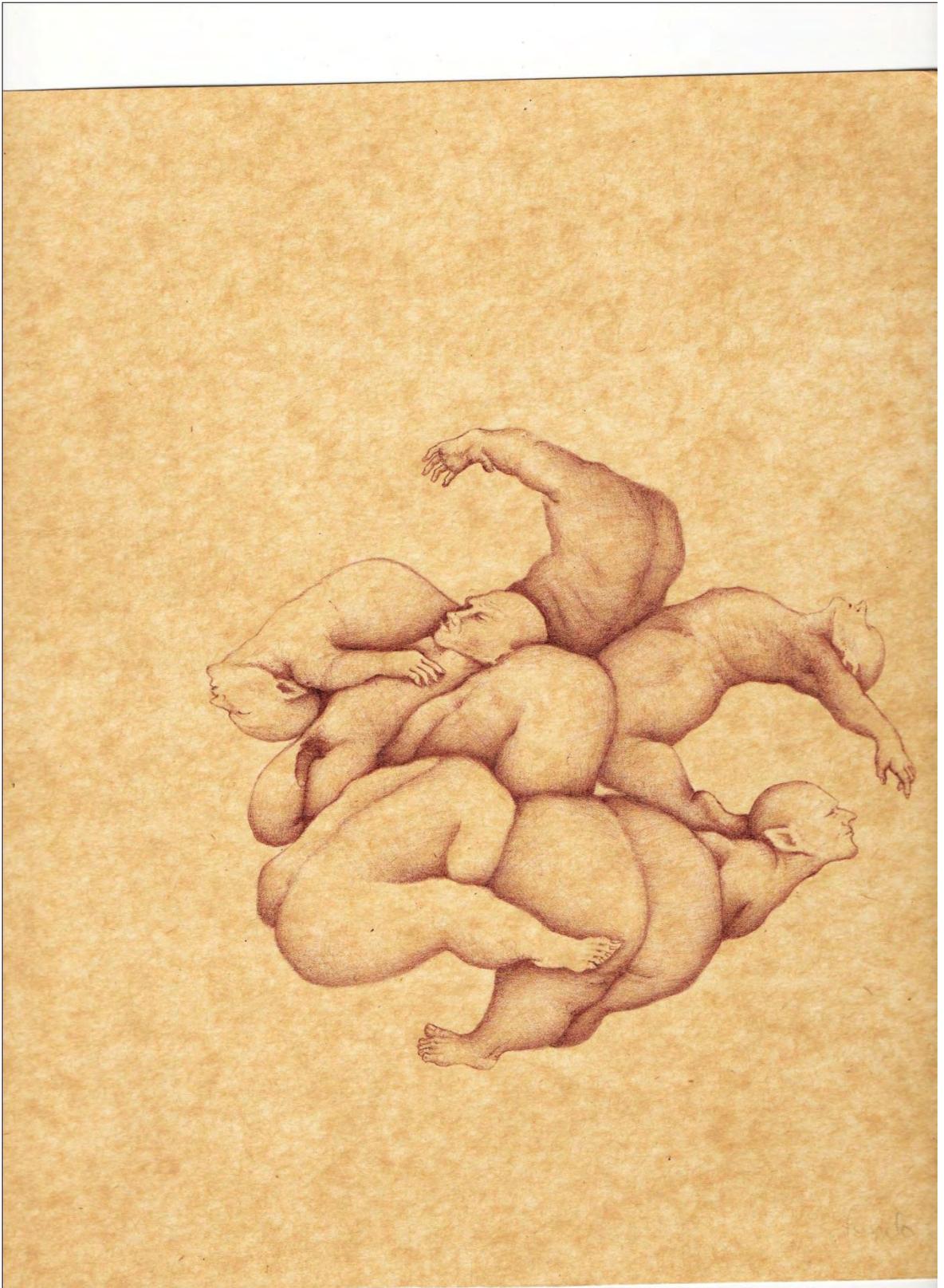


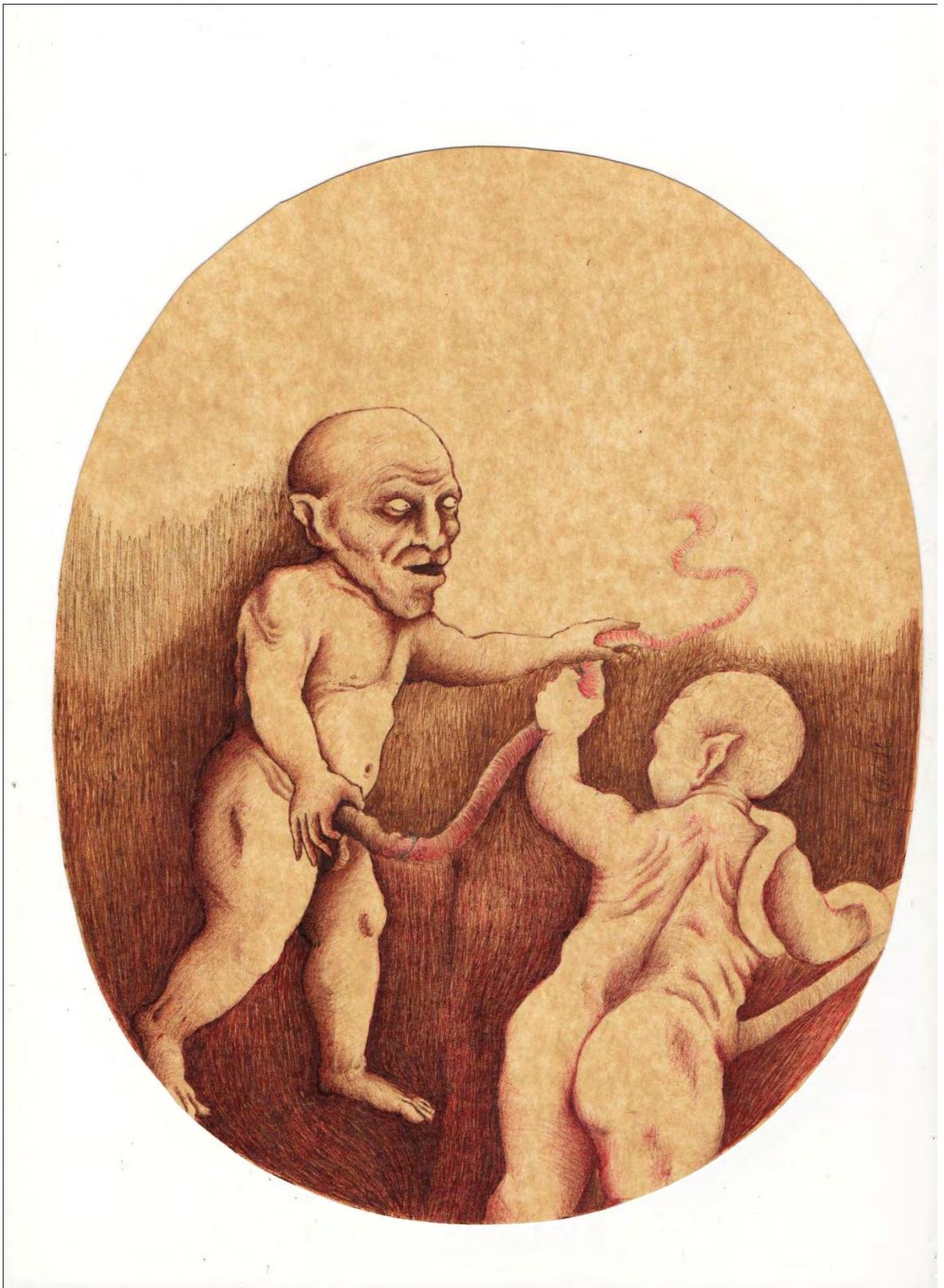


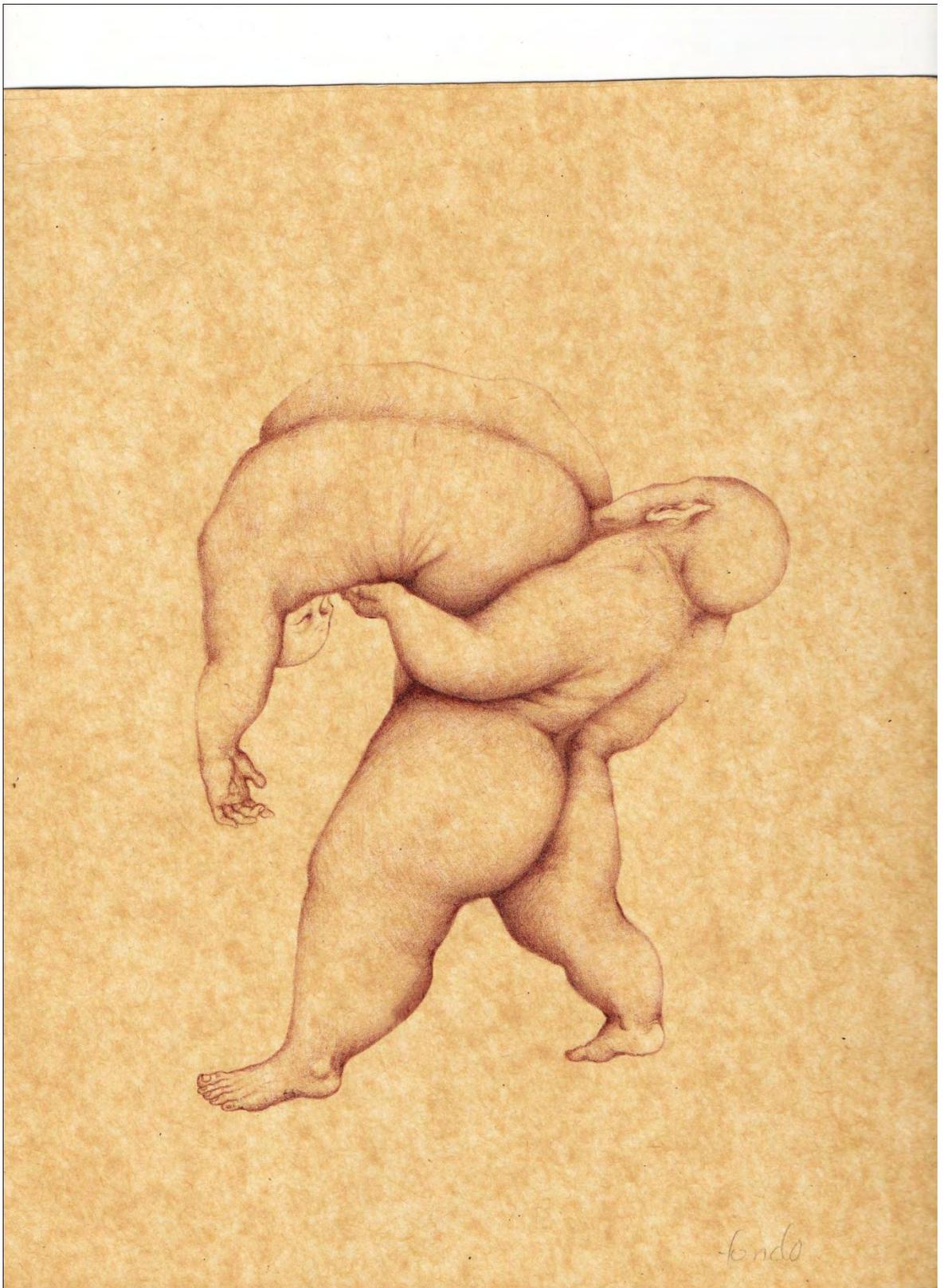






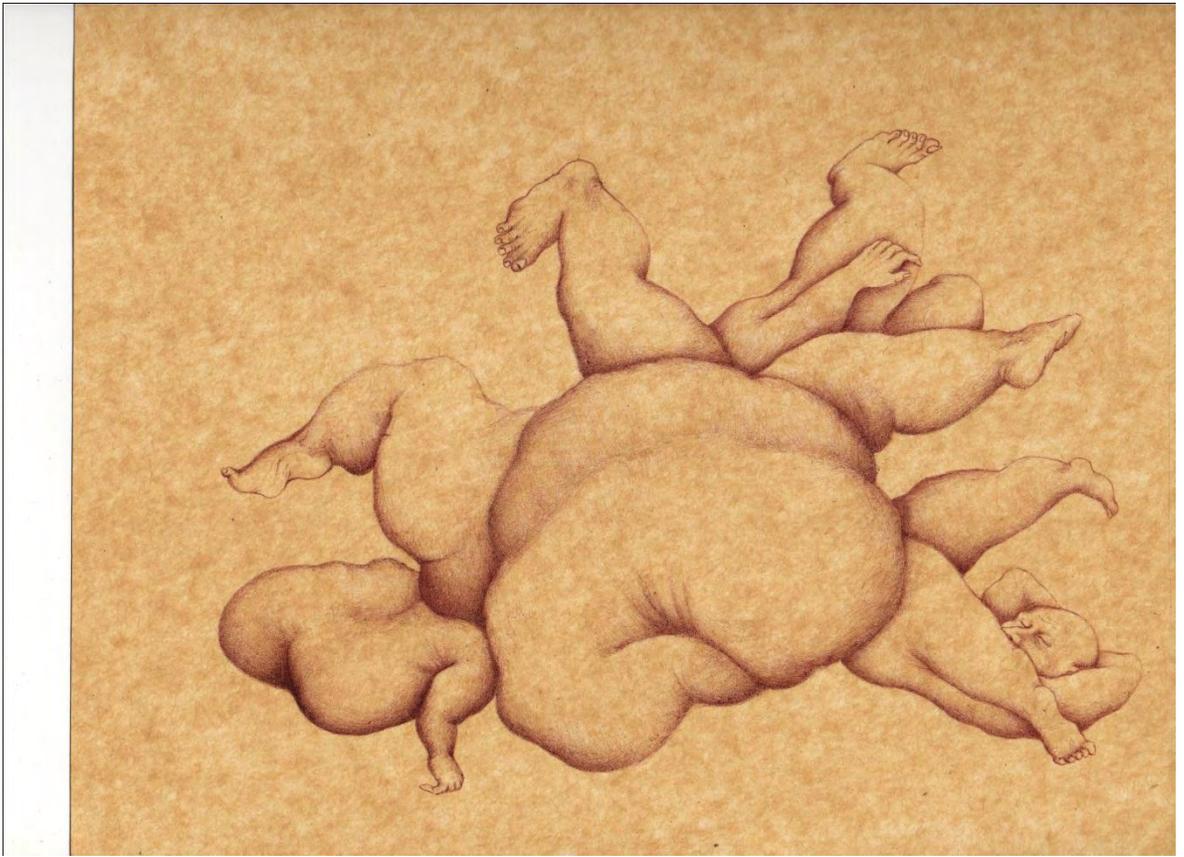


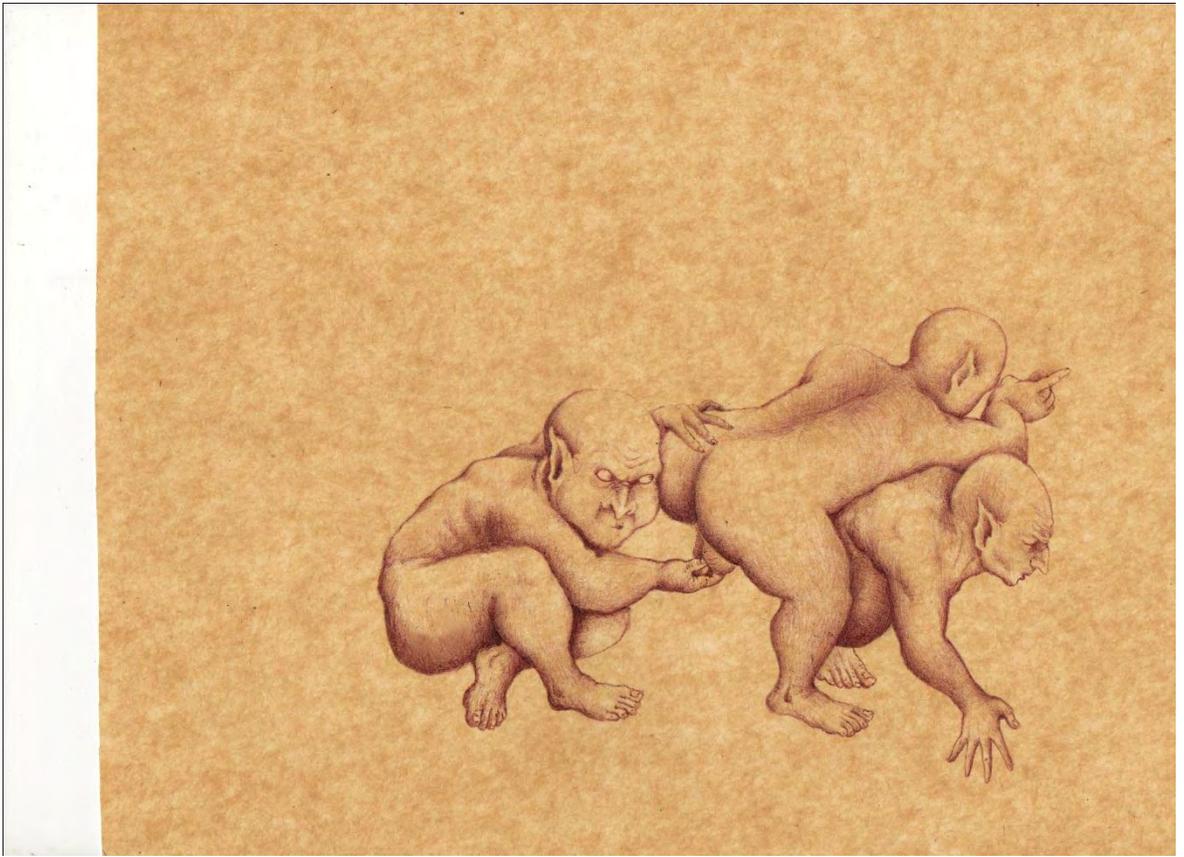




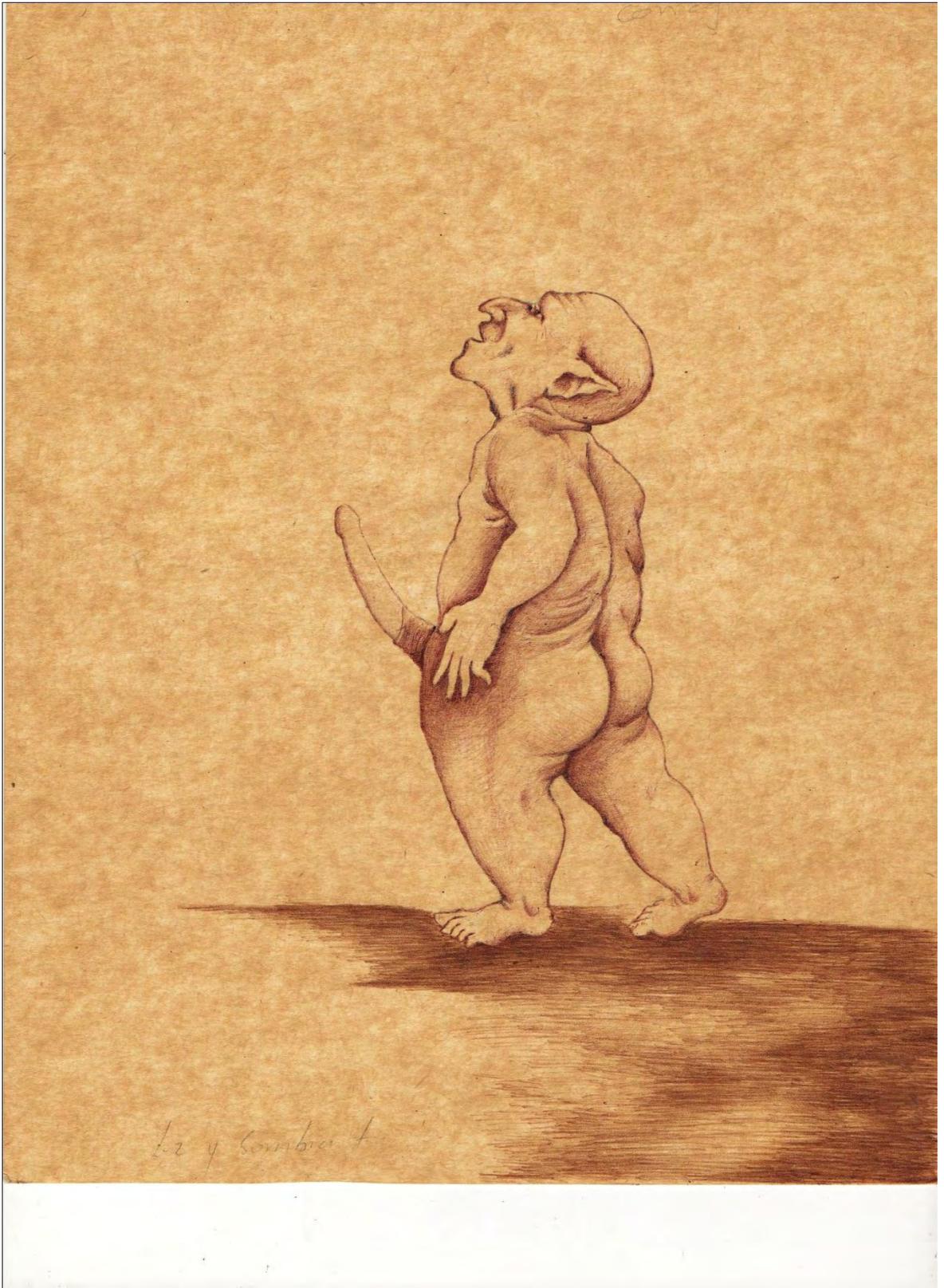


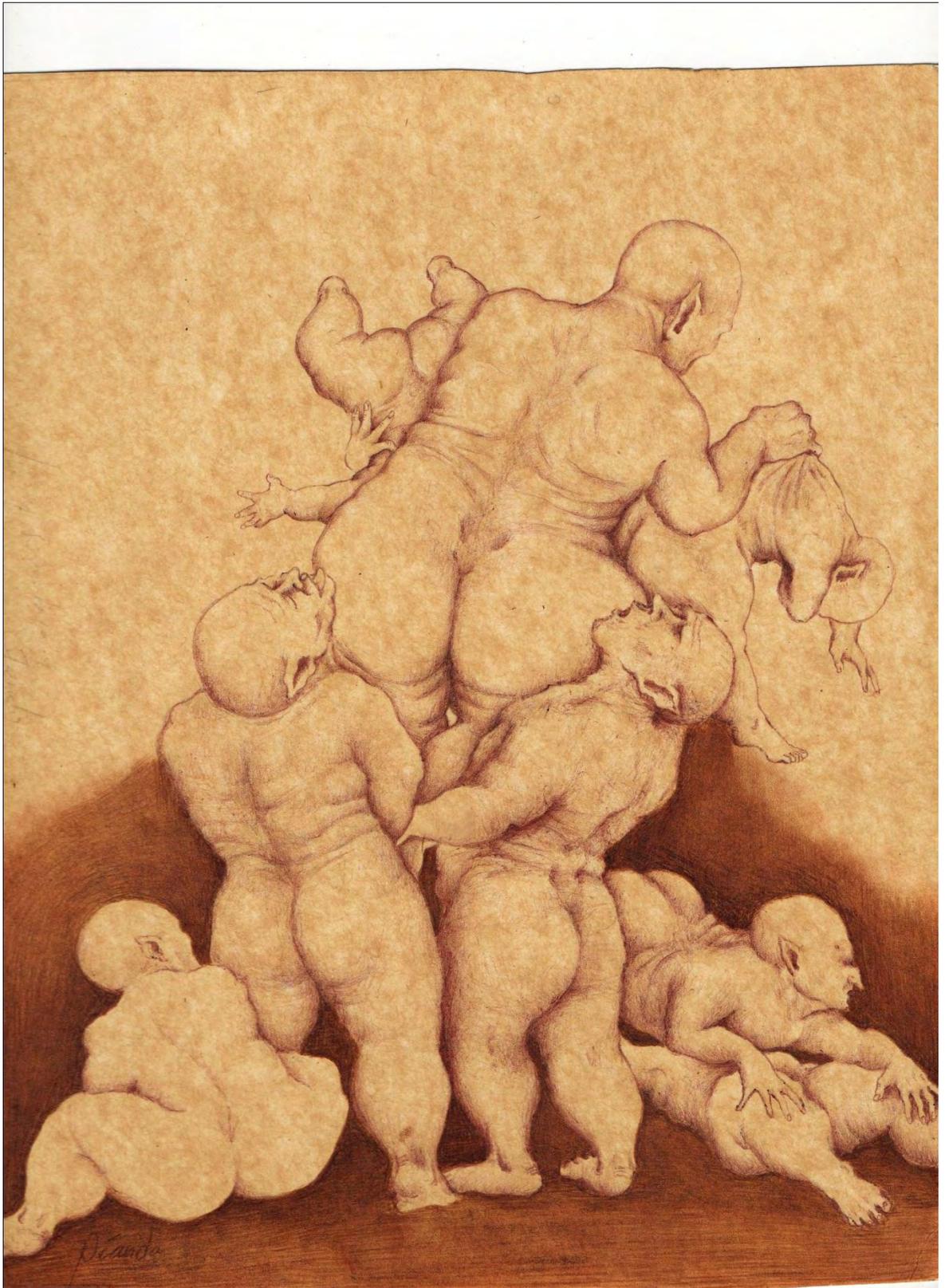


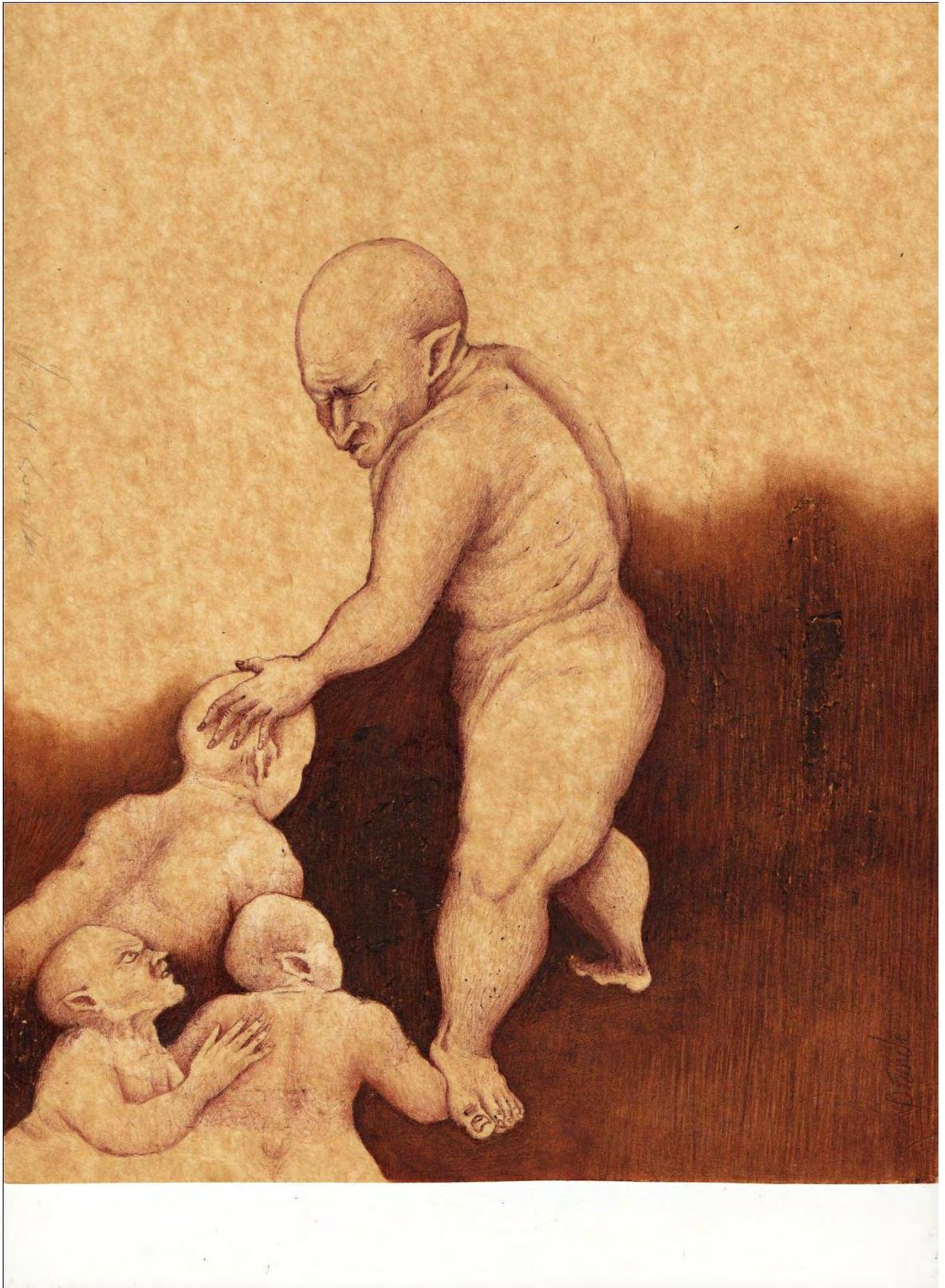








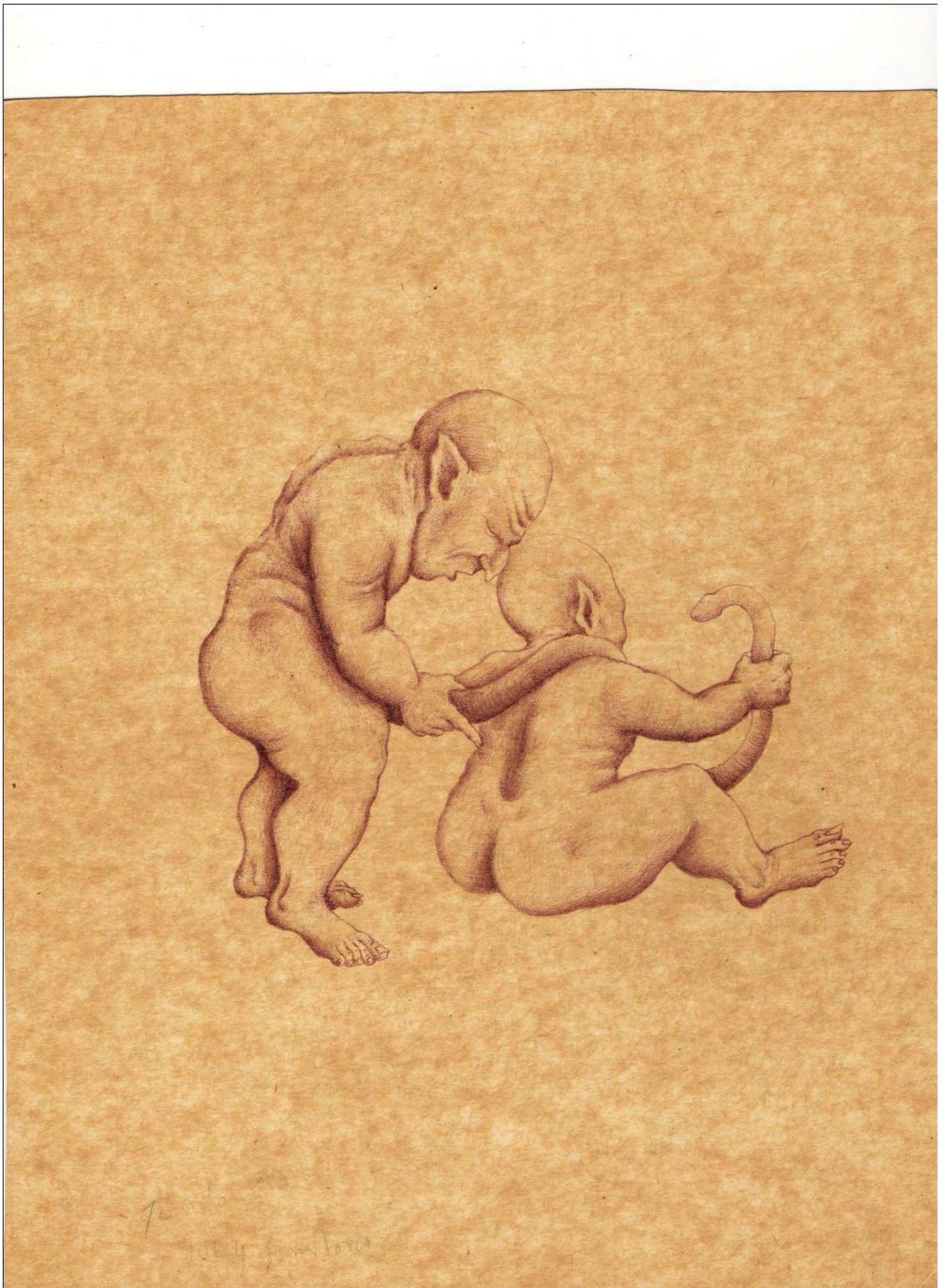




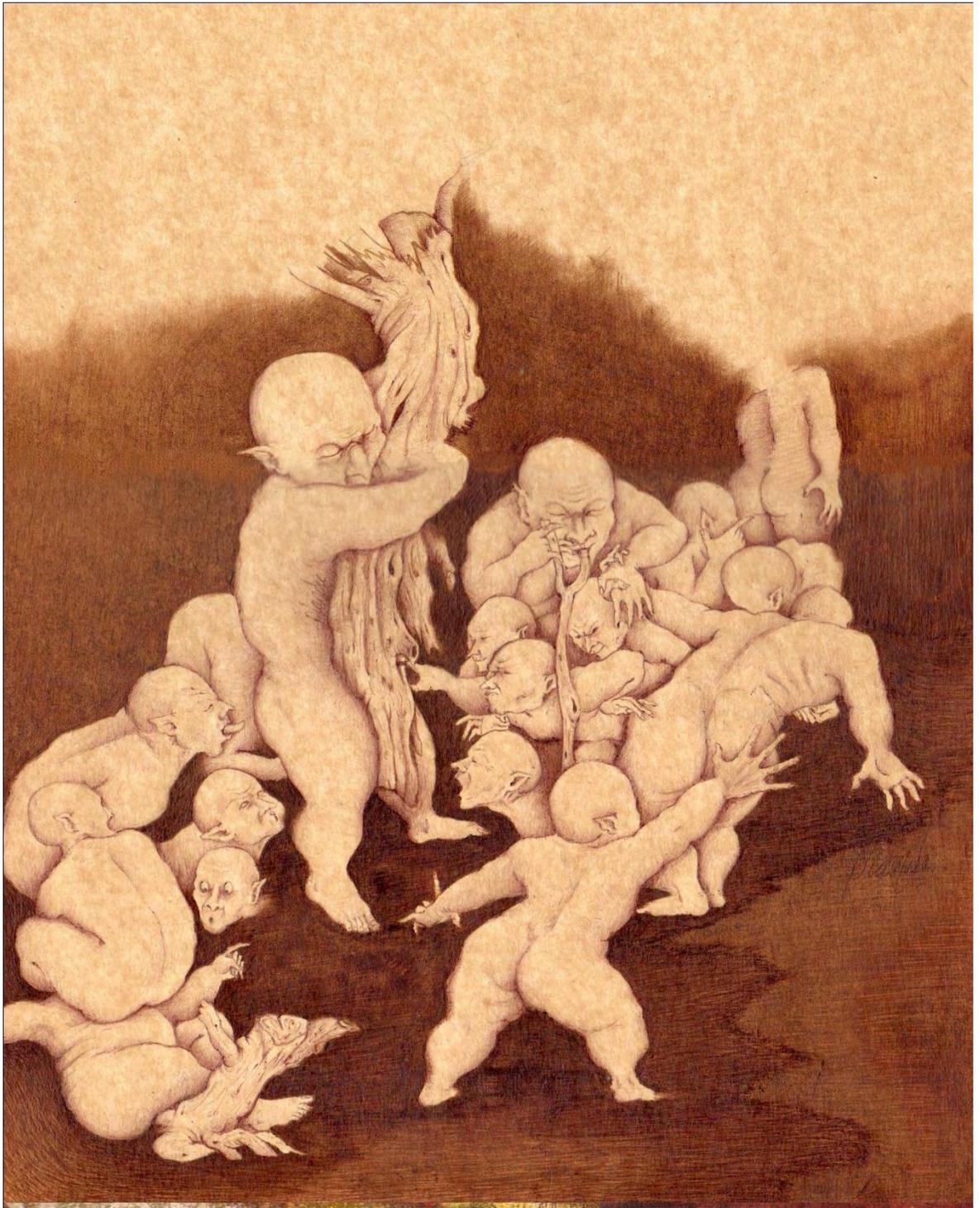


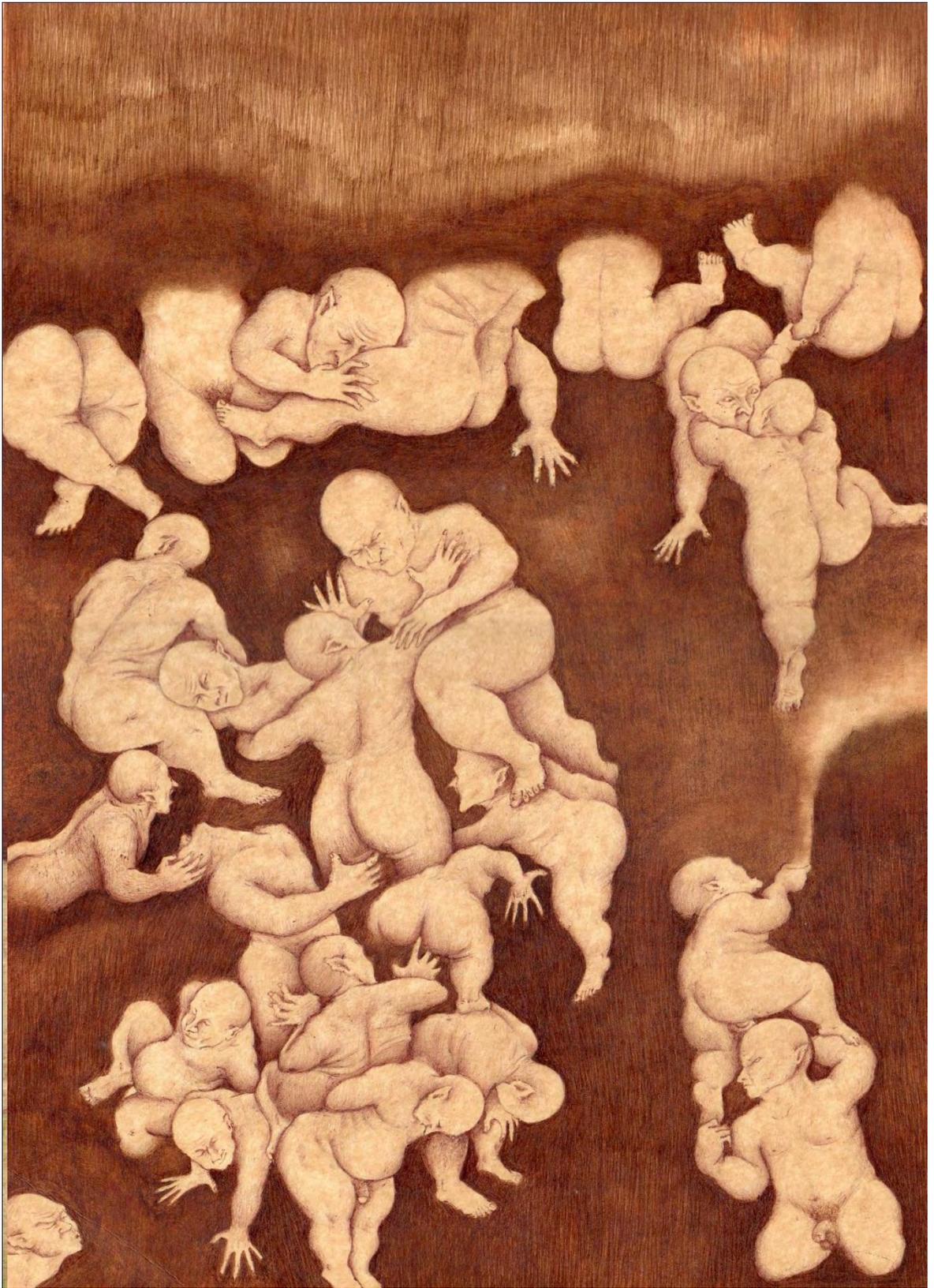




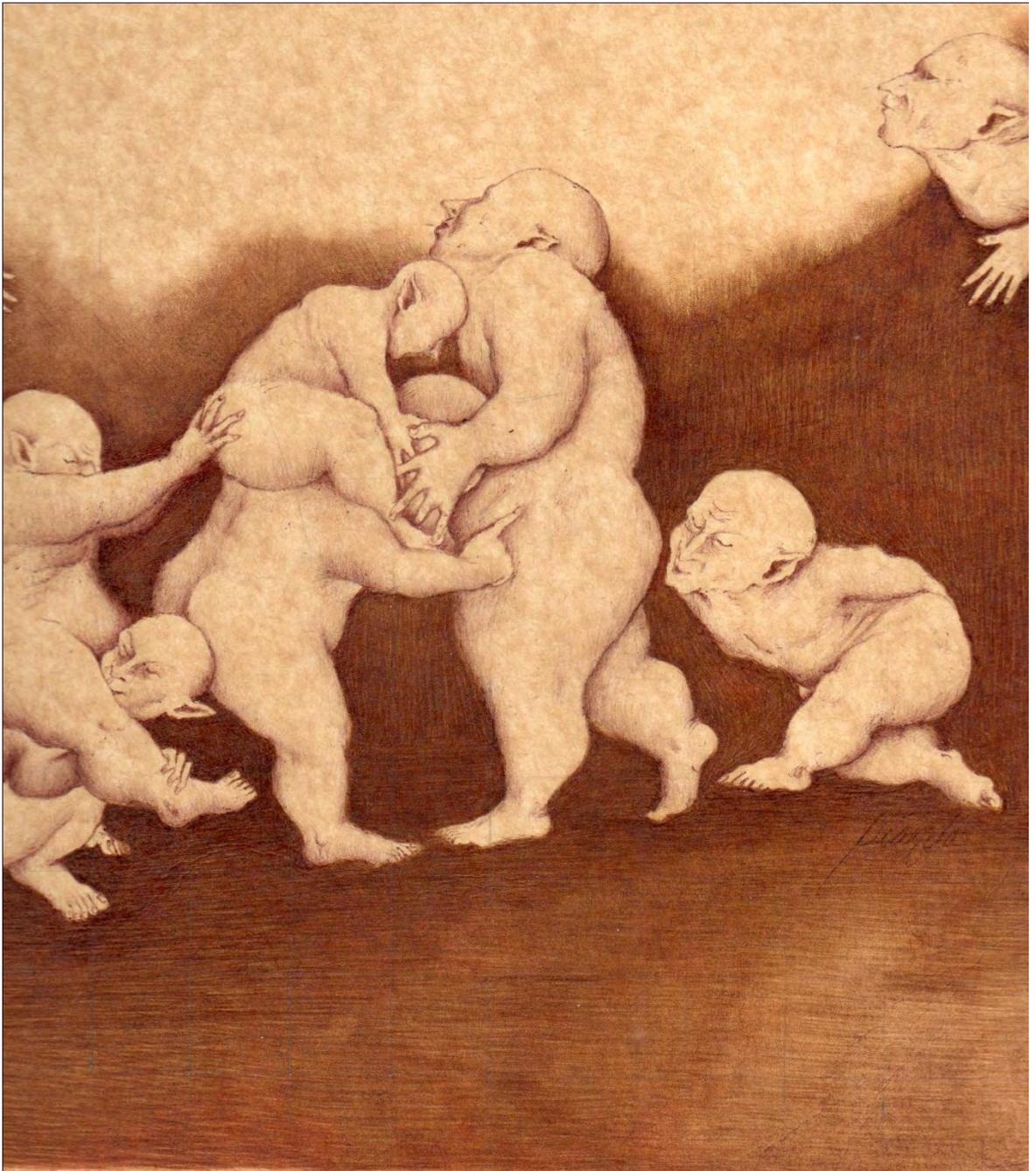


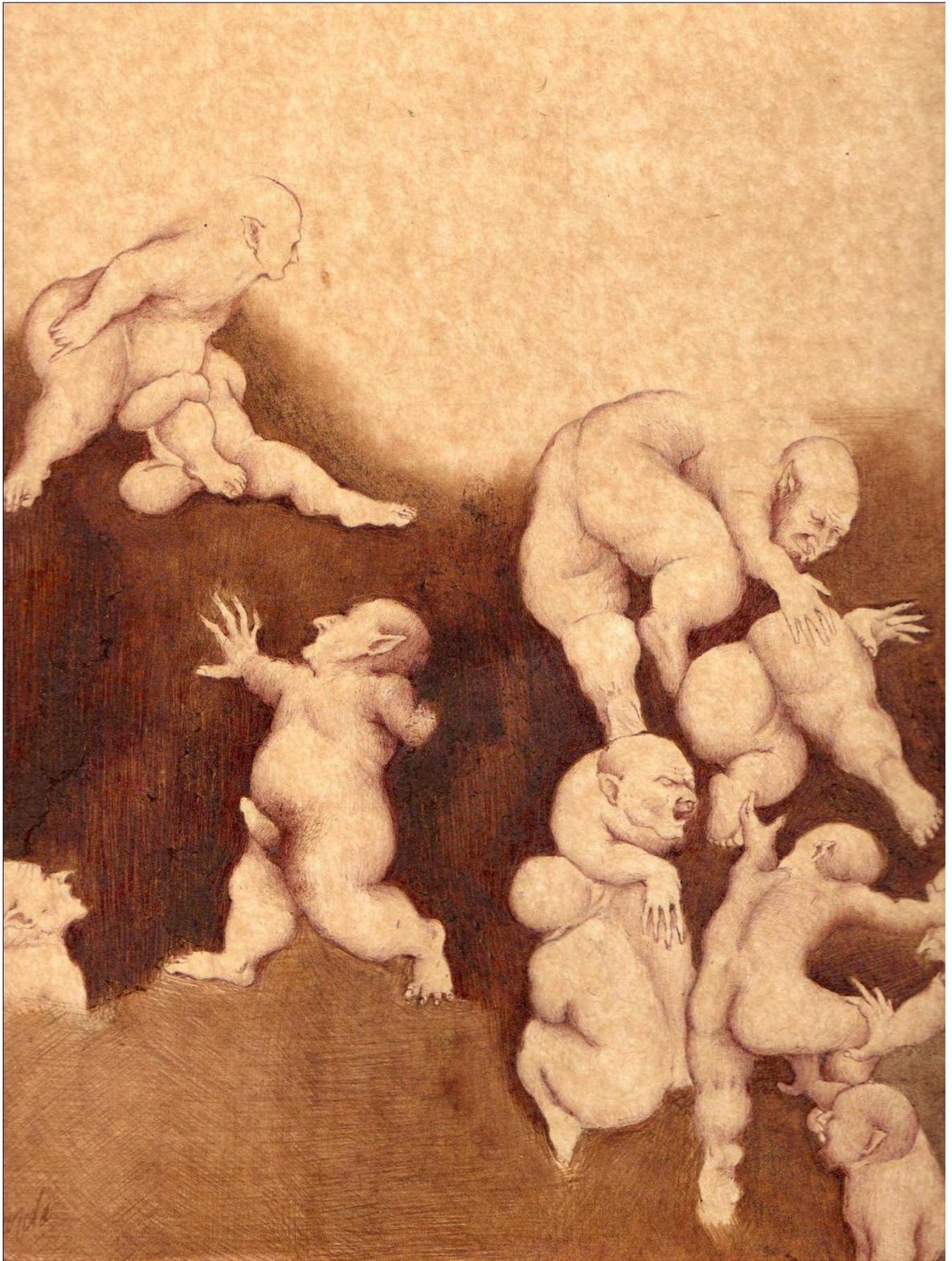


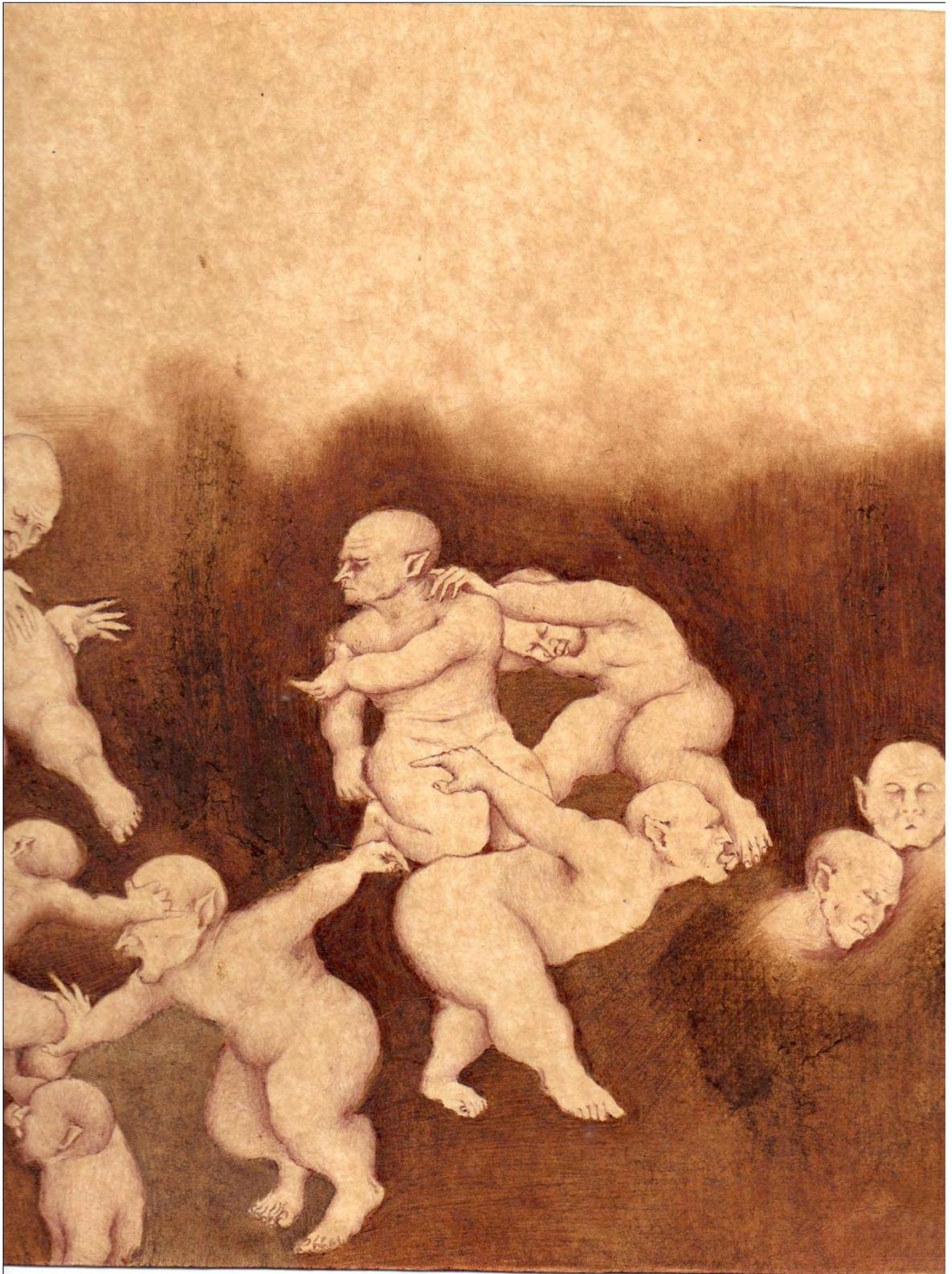




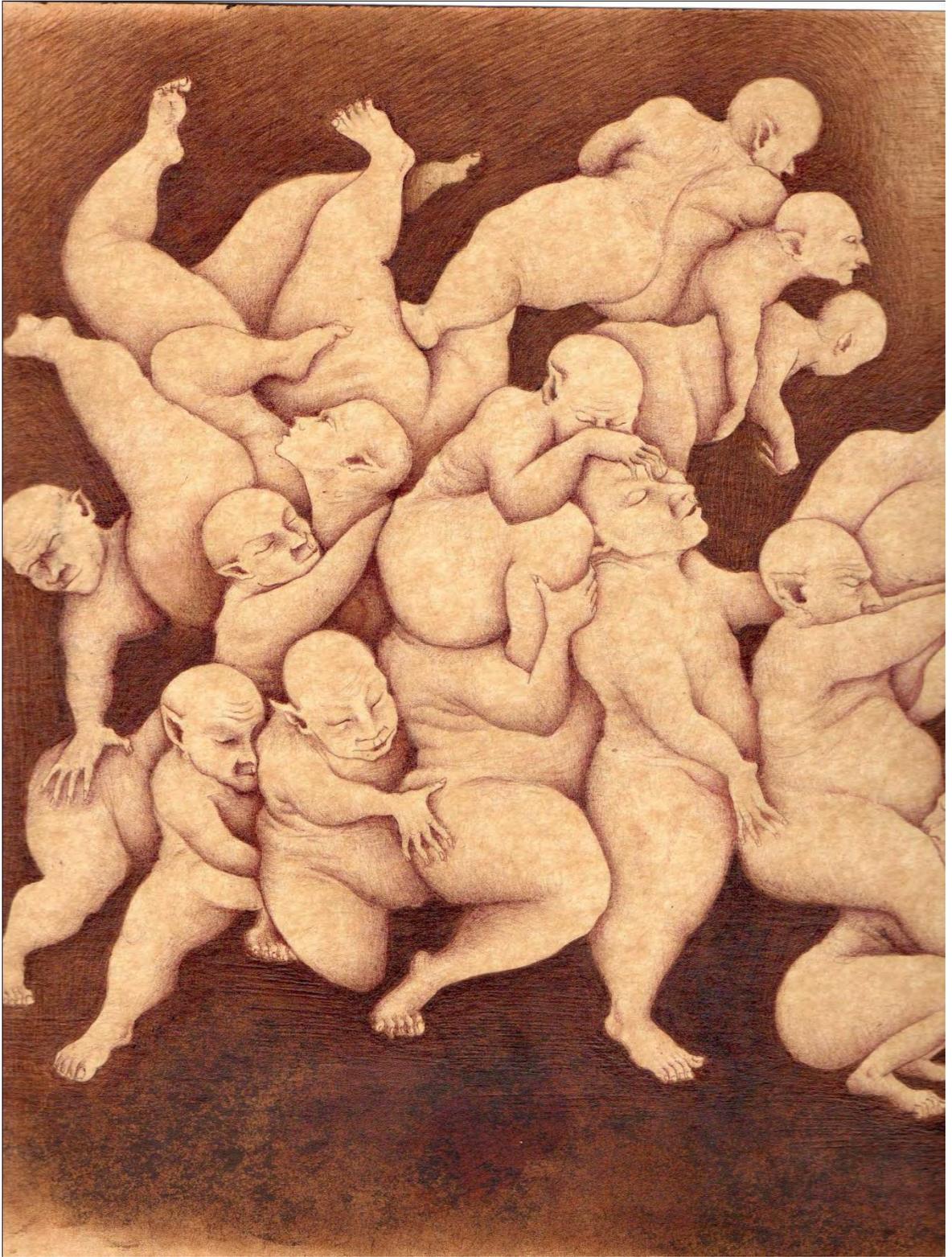






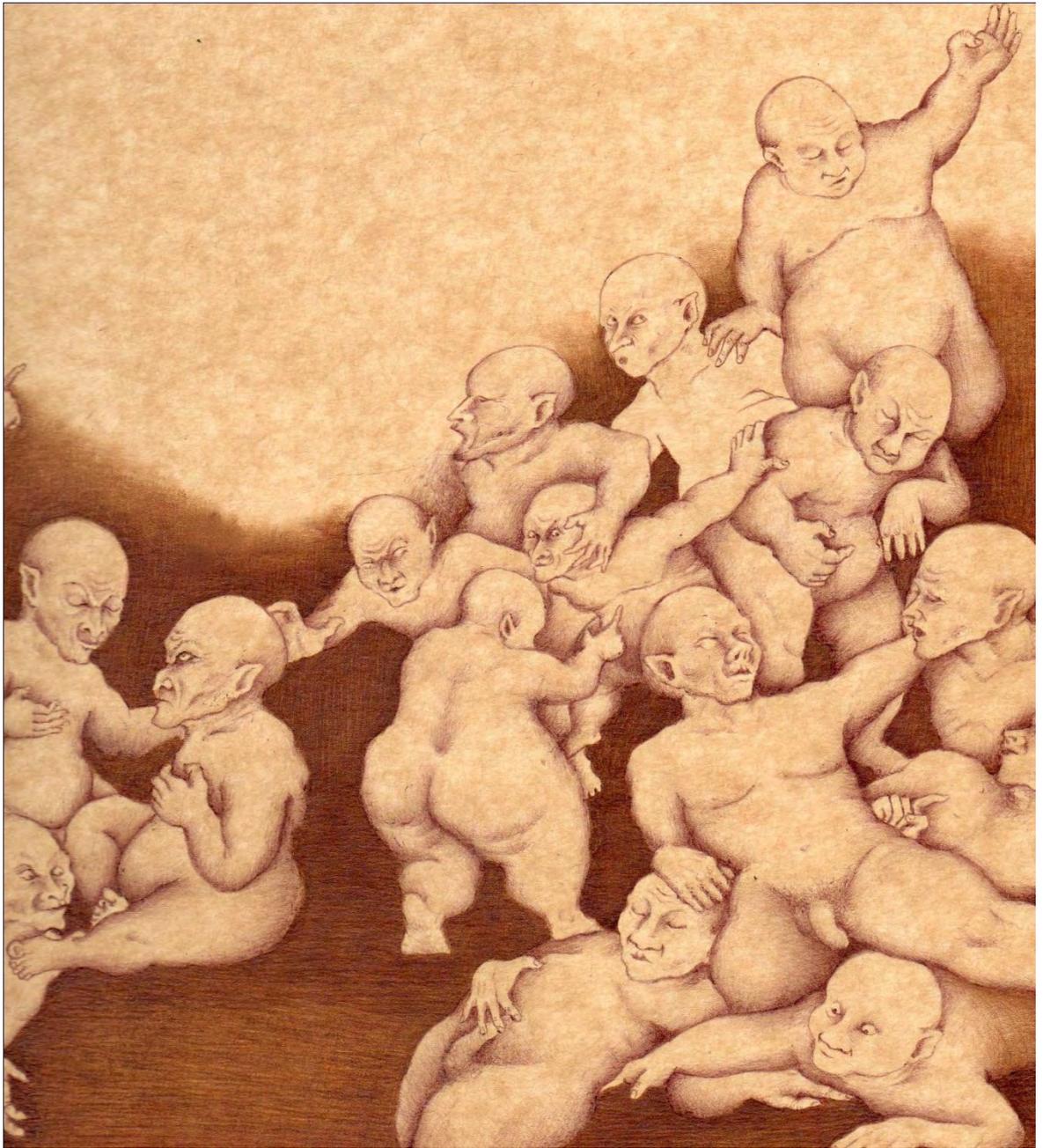


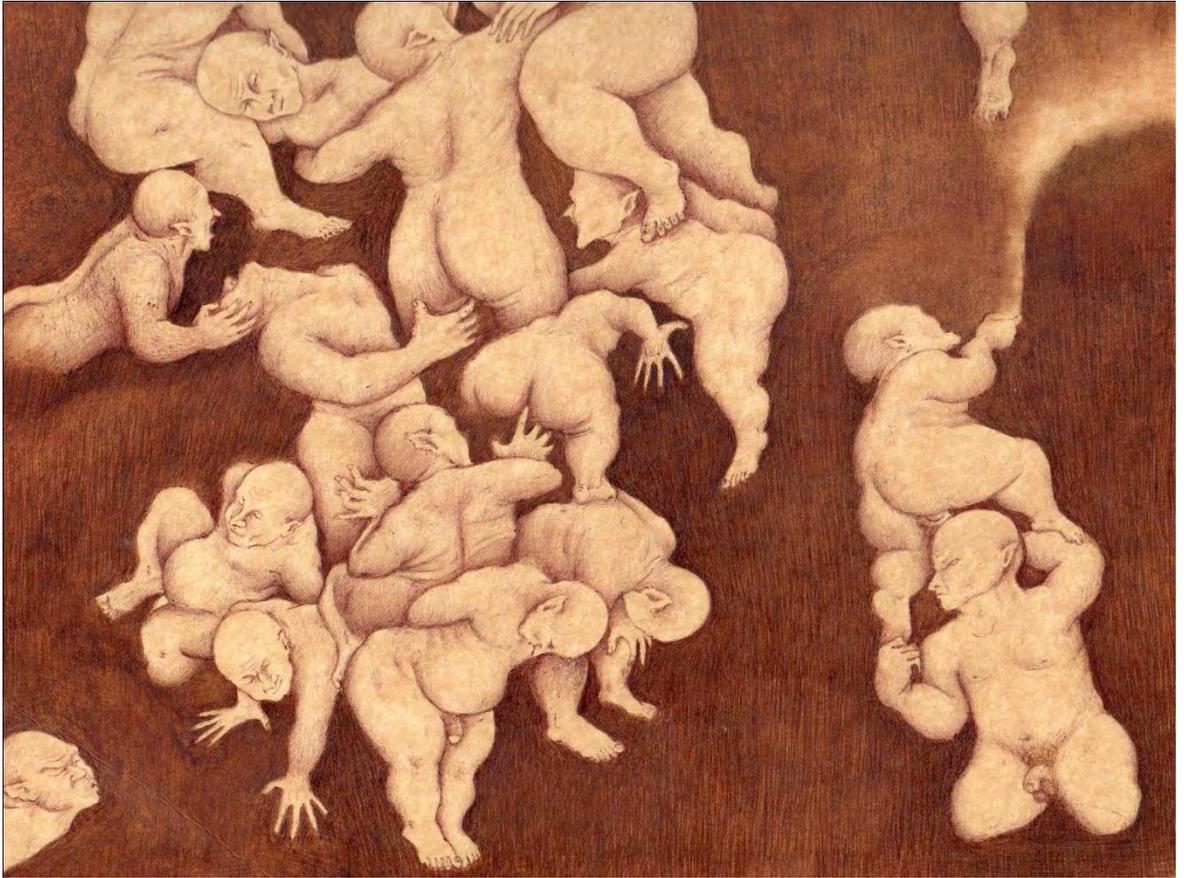




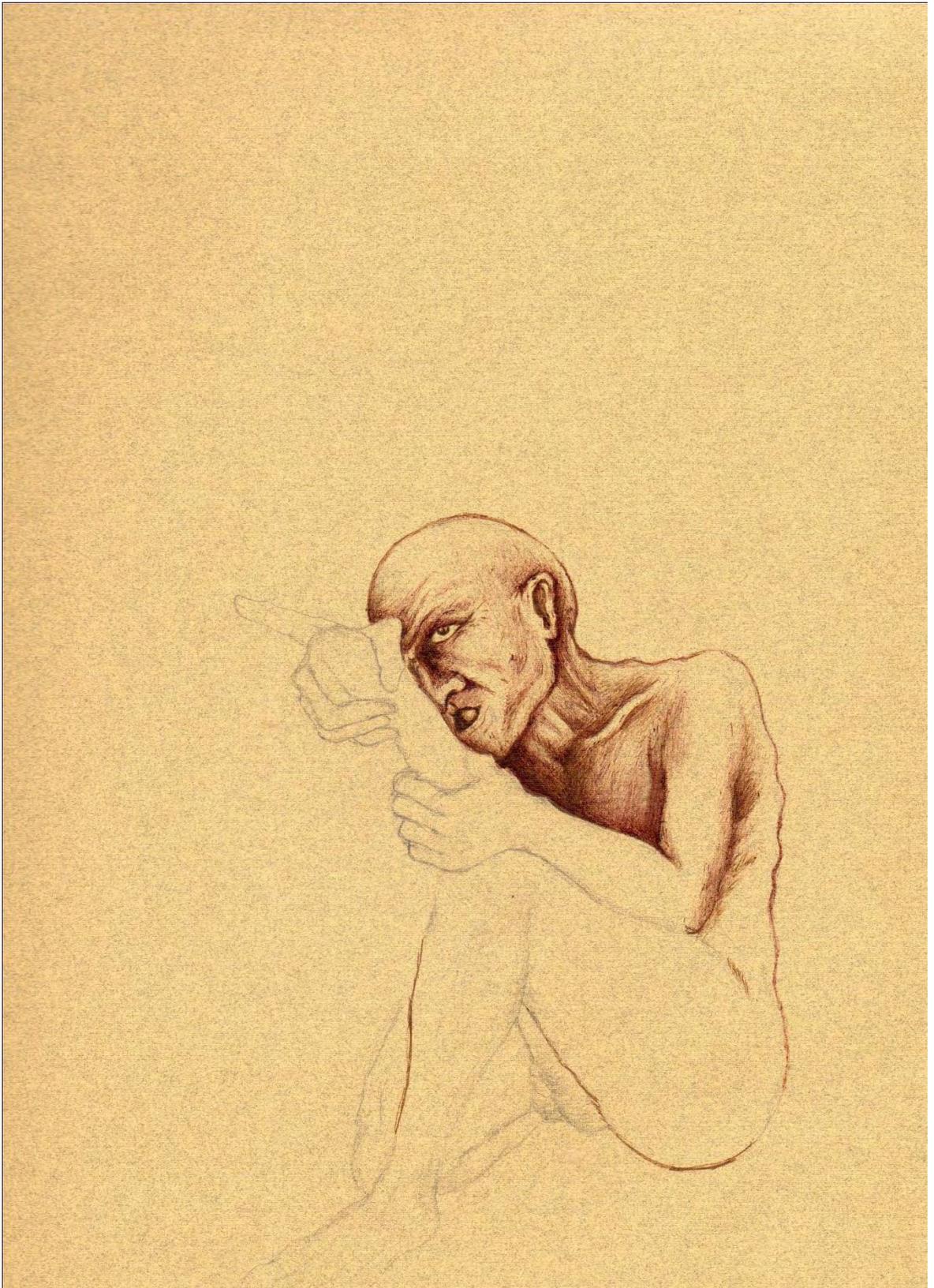




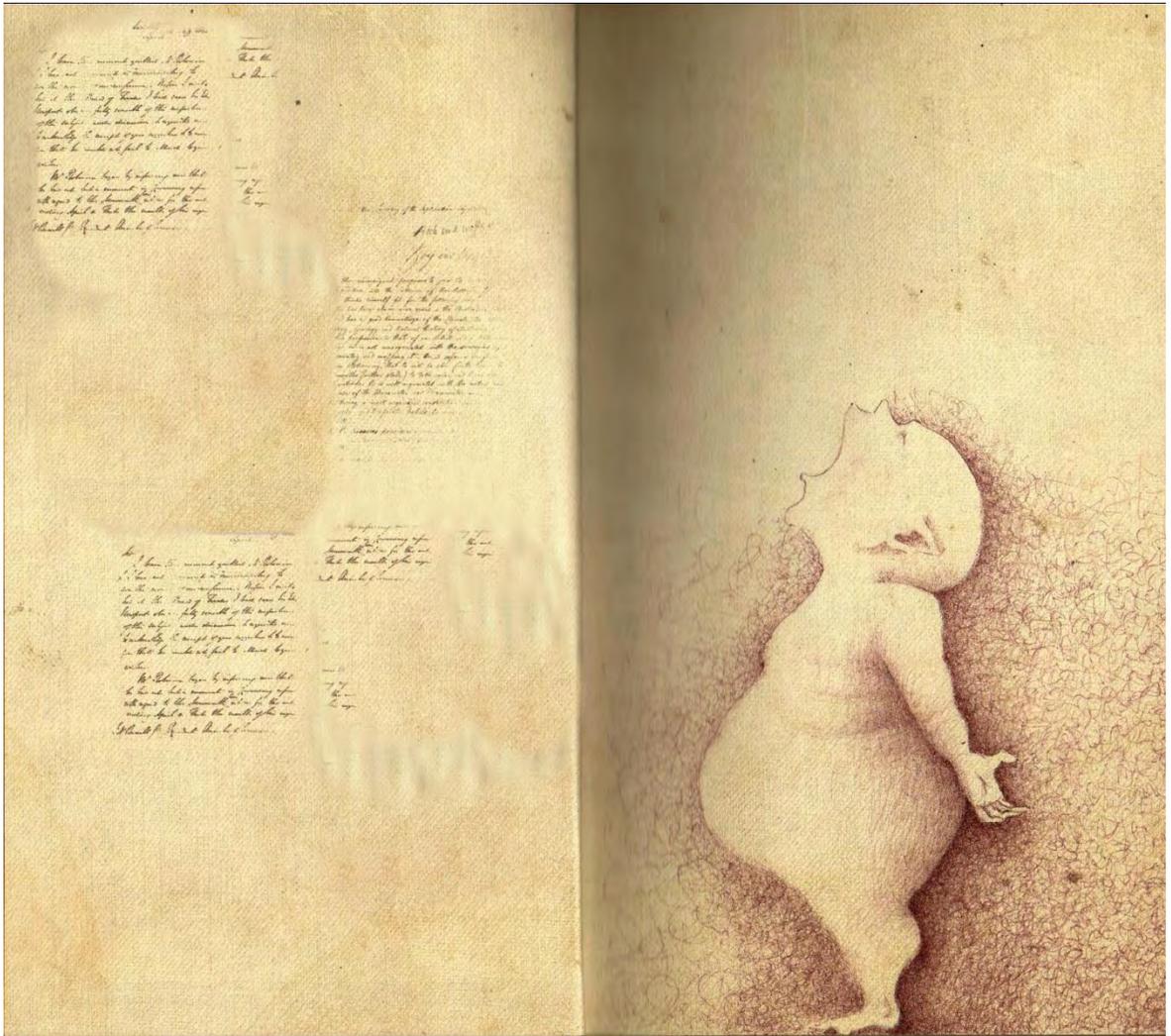


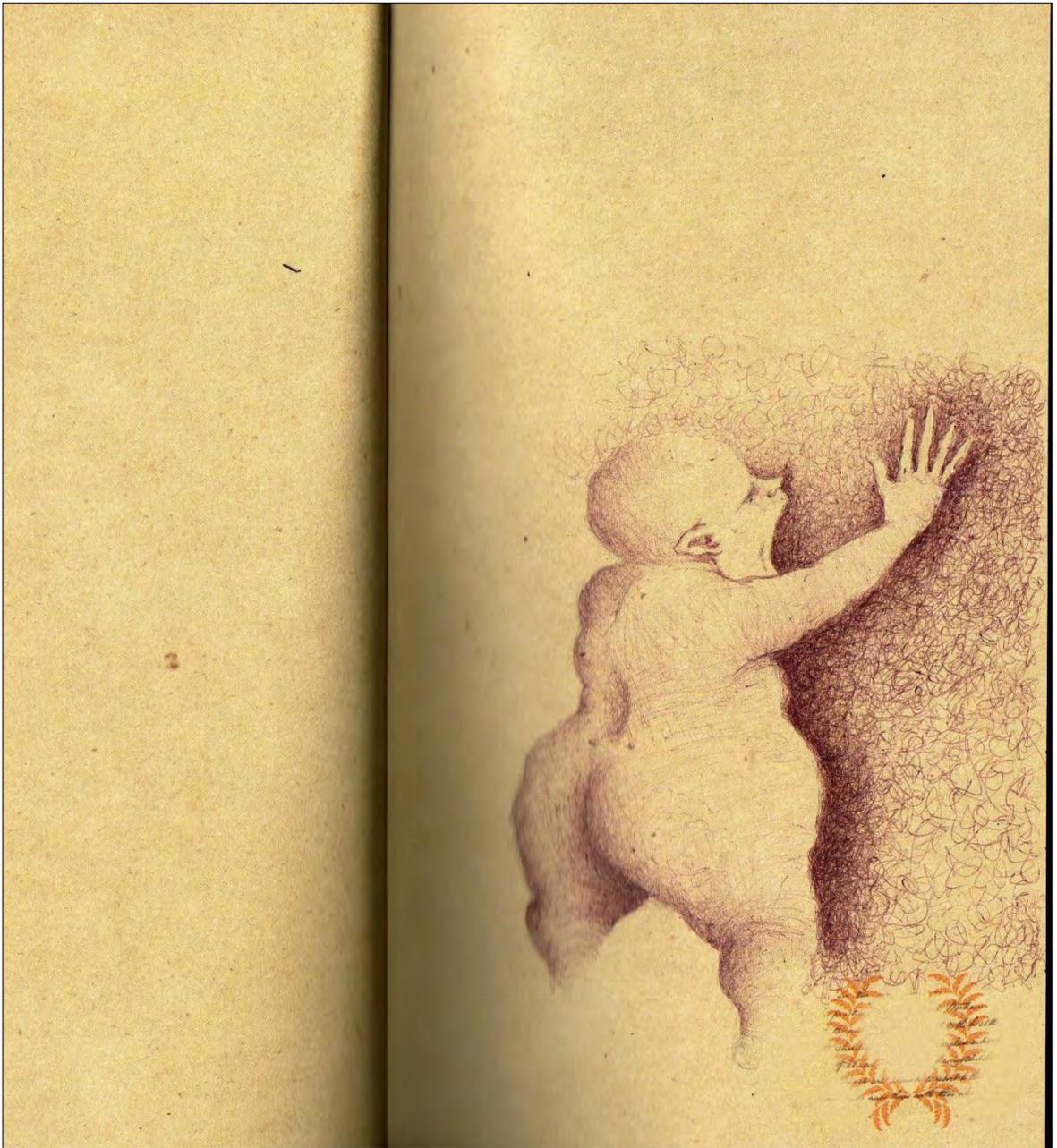






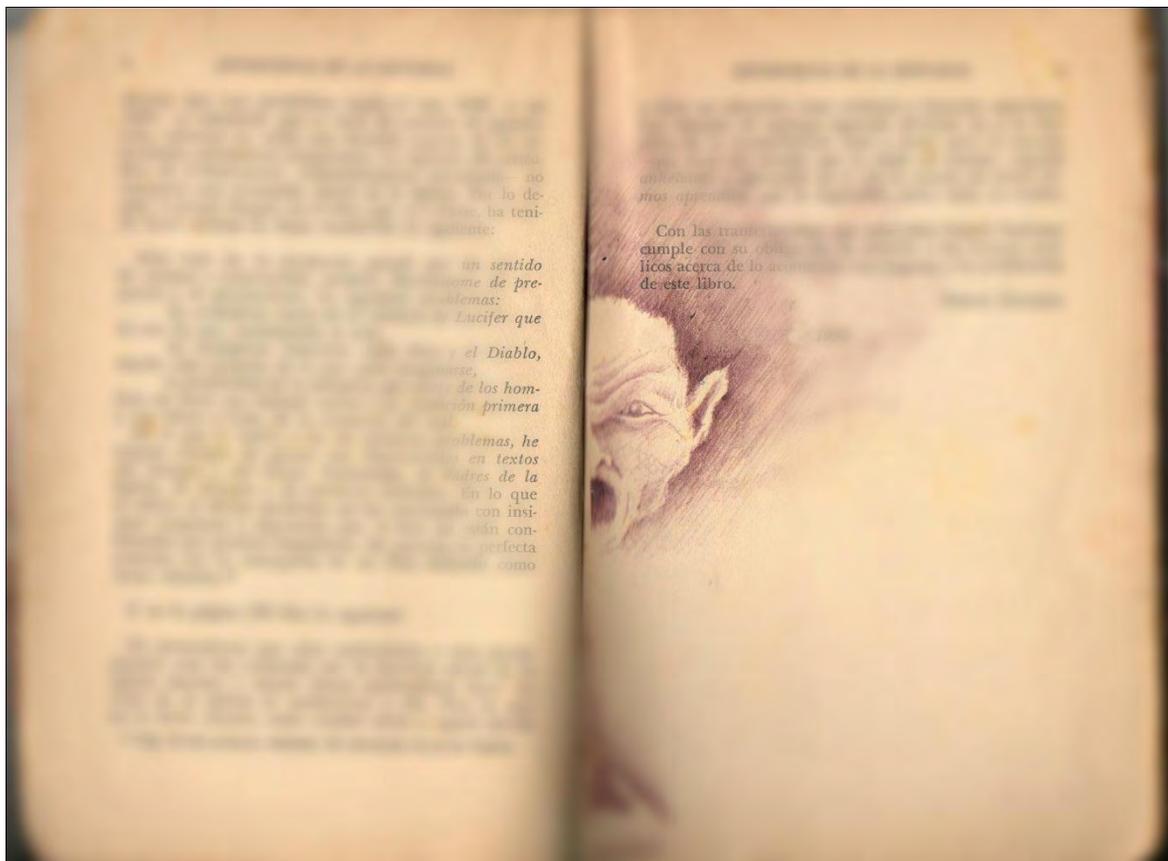


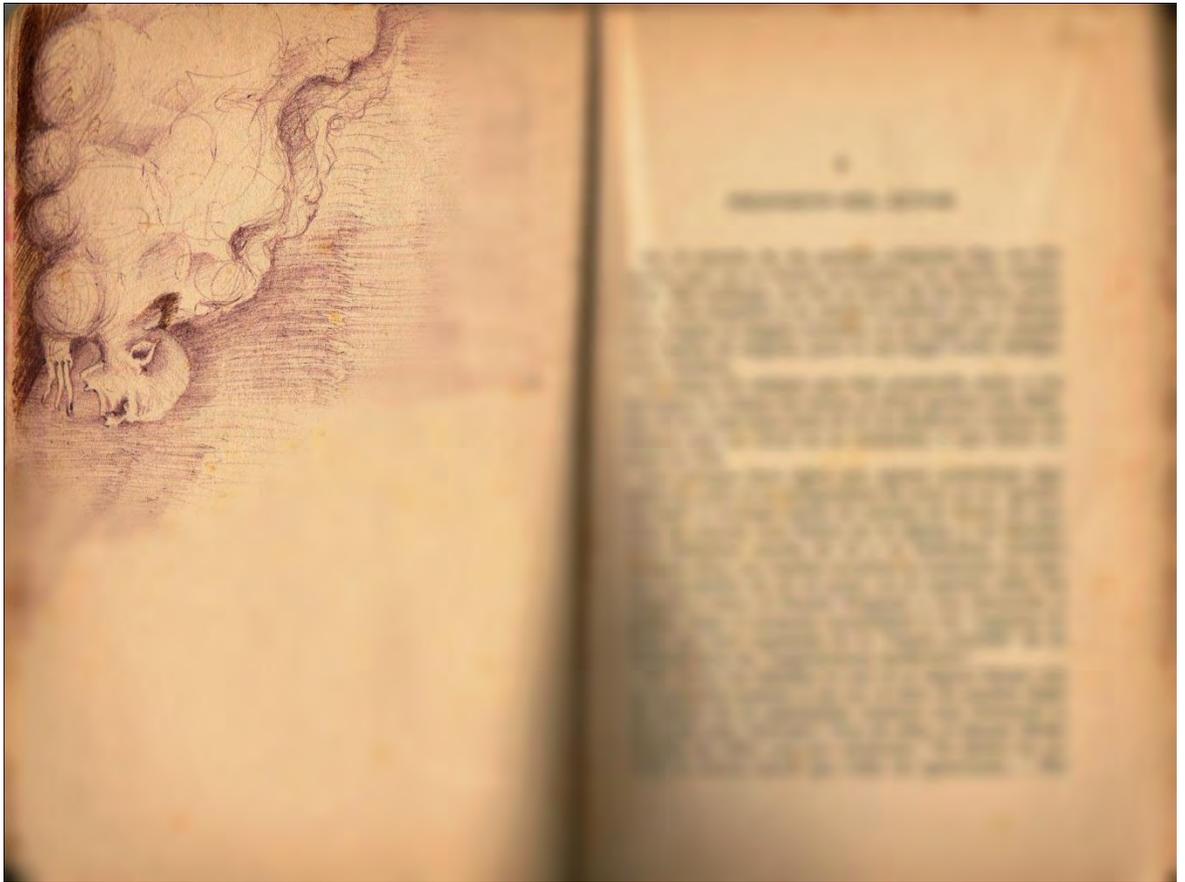












alma del propio hermano. Las crias de Cain por Abel habrían sido castigadas en el cielo, al momento de los tiempos, en los de Lucifer por el Logos.

Esta insensata opinión de Luciano se la dijo, que yo sepa, ninguna y repetida por ningún vulgar cristiano. Acaso haya nacido en el mismo momento de una doctrina muy difundida entonces y todavía más tarde: la de que Lucifer fue el más hermoso y perfecto de los ángeles y, por lo tanto, el más próximo a Dios y aquel el que fue creado primero. Pero el más alto de los ángeles está siempre lejísimo, por naturaleza y por esencia, del Dios Uno y Trino.

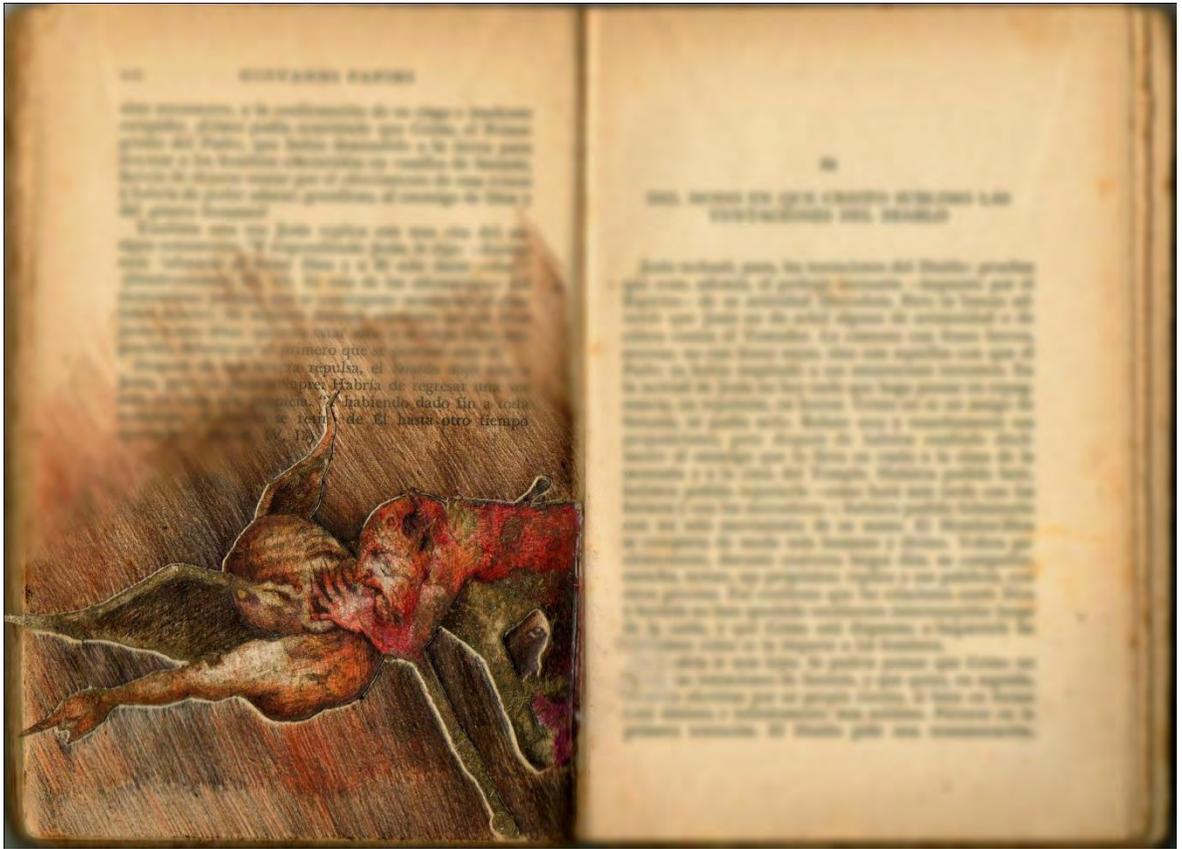
Sea como fuere, es curioso que un cristiano franco y sincero pudiese enseñar en el siglo en que vivía que no sólo el primero de los Arcángeles, sino, más aún, el hermano

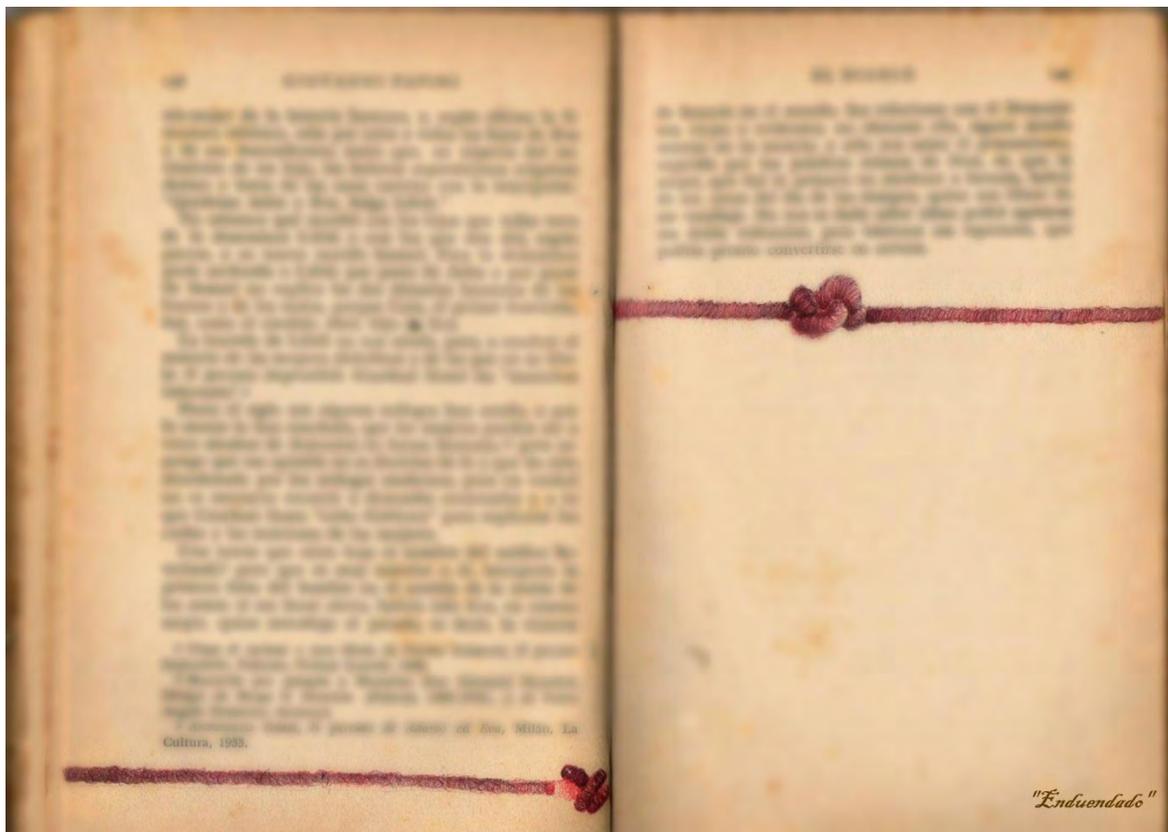


JESÚS, MANO A MANO CON EL DIABLO

Las escrituras de Mateo y de Lucas concuerdan y son idénticas. Jesús fue tentado por el Diablo durante cuarenta días, en desierto, durante todo el tiempo que Él permaneció en el desierto. Las tentaciones especiales que los Evangelistas relatan —y que en segunda instancia de comprensión— sólo fueron las últimas, las tentaciones finales, las tentaciones de la prohibida hora.

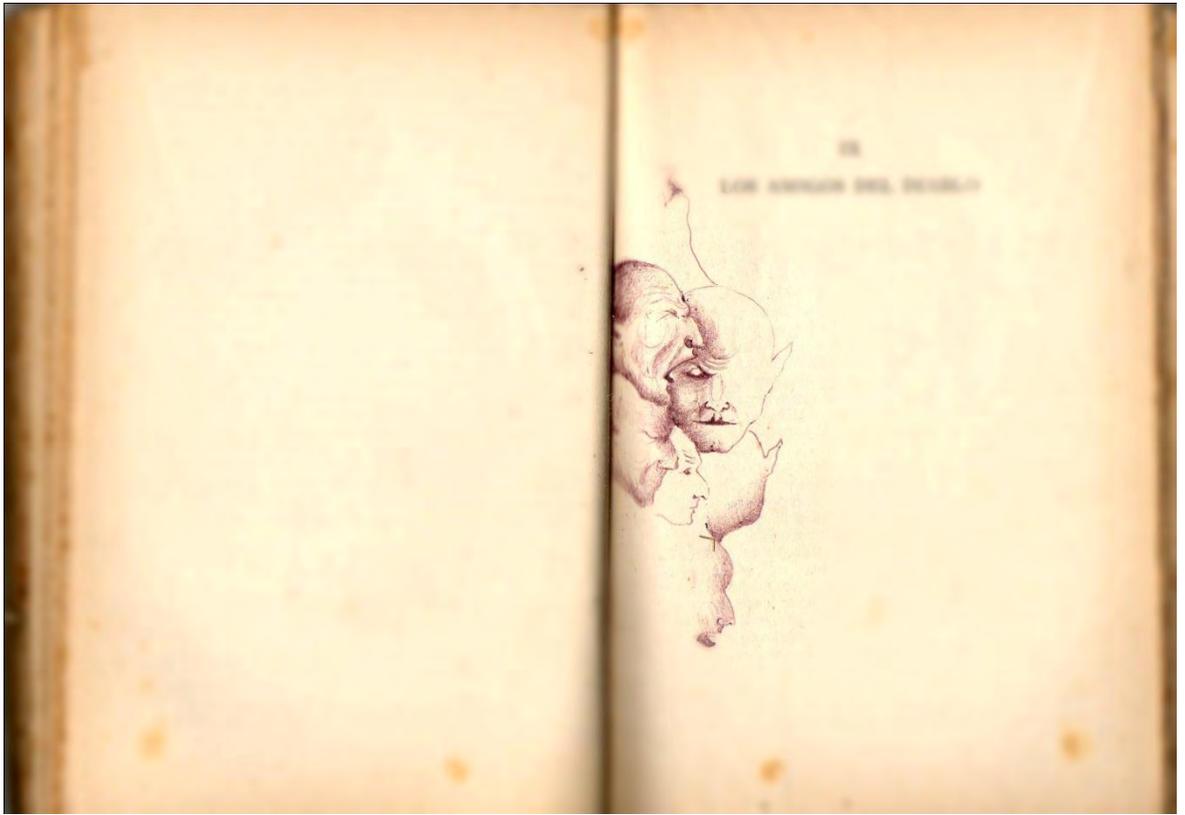
El Diablo tentó al Hijo de Dios por espacio de cuarenta días. ¿Cómo podemos entender esta tentación? ¿Fueron tentadas a espiritualmente? ¿Fueron siempre tentadas al sufrimiento, a algunas insubordinaciones? Jesús no quiso vencerse en naturaleza y esencia su potencia, su tener de vencer una tentación, arrojándose a suicidarse. Pero de una larga y espantosa persecución diabólica escape, por tanto, una vez más. Jesús no quiso vencer al Diablo. Jesús resistió y superó las espantosas tentaciones del Enemigo. Jesús resistió en su totalidad una sola y única tentación: la del Diablo. En Dios, aunque en forma humana; y una sola sola palabra hubiera podido abrumarlo de no haberse tentado. No lo hizo, no quiso hacerlo. Era demasiado, era perfecto, que un desdichado aquella compañía, que no abrumara la potencia del Arcángel Rebelde, que accedía a hablar con él, a escucharlo, a contestarle. Hay más. Jesús se había dirigido al desierto precisamente con ese objeto, precisamente para acercarse a sus peores. Lo afirma explícitamente el Evangelista San Mateo: "Entonces Jesús fue tentado al desierto por el Espíritu para ser tentado del Diablo." (Mt. 4) ¿En qué sentido debemos entender un Espíritu que llevó a Jesús

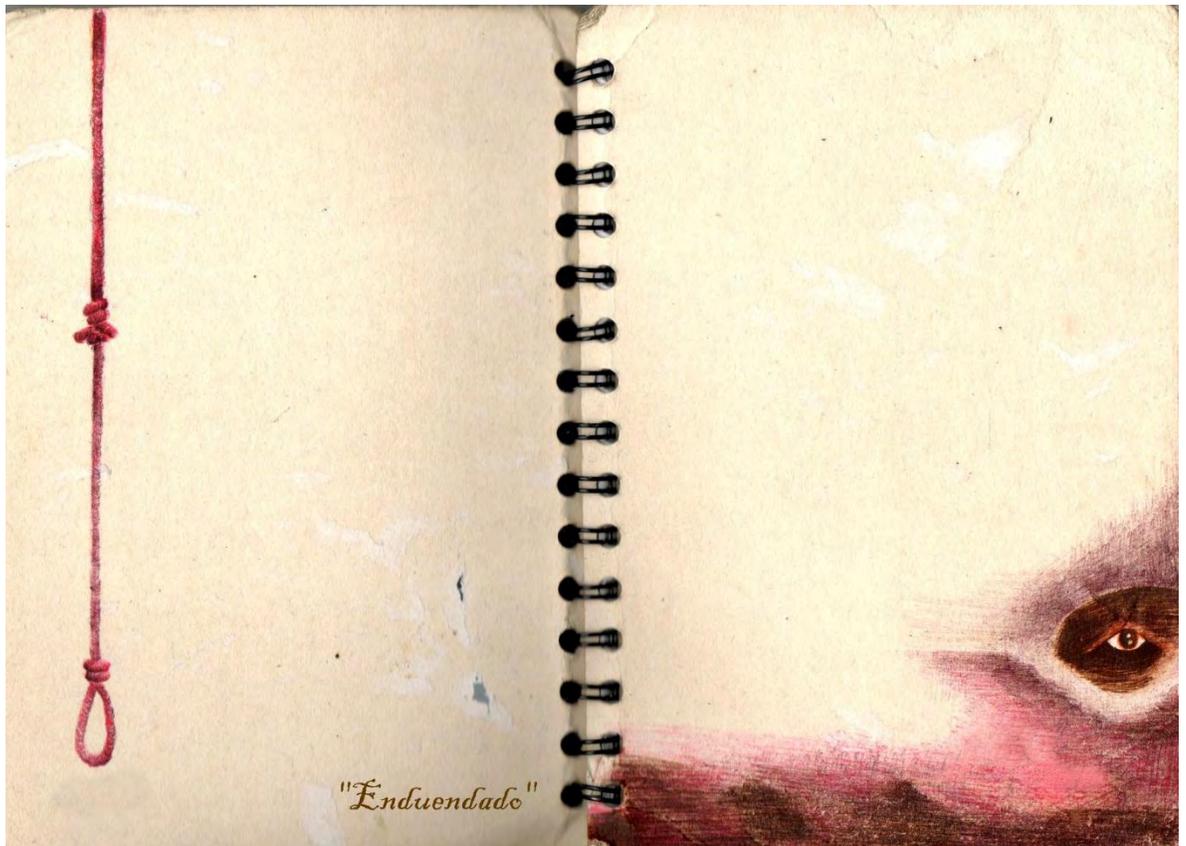


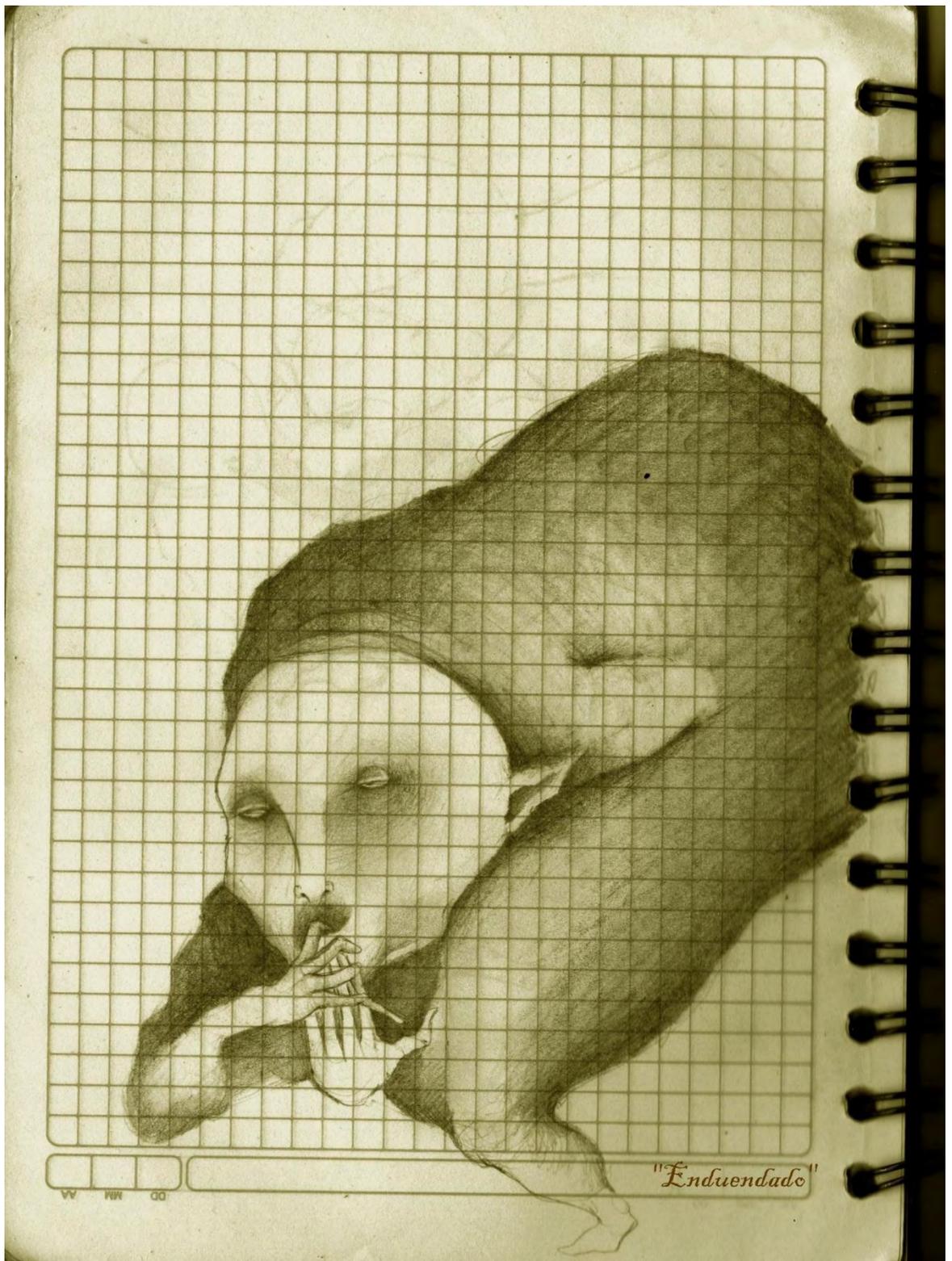


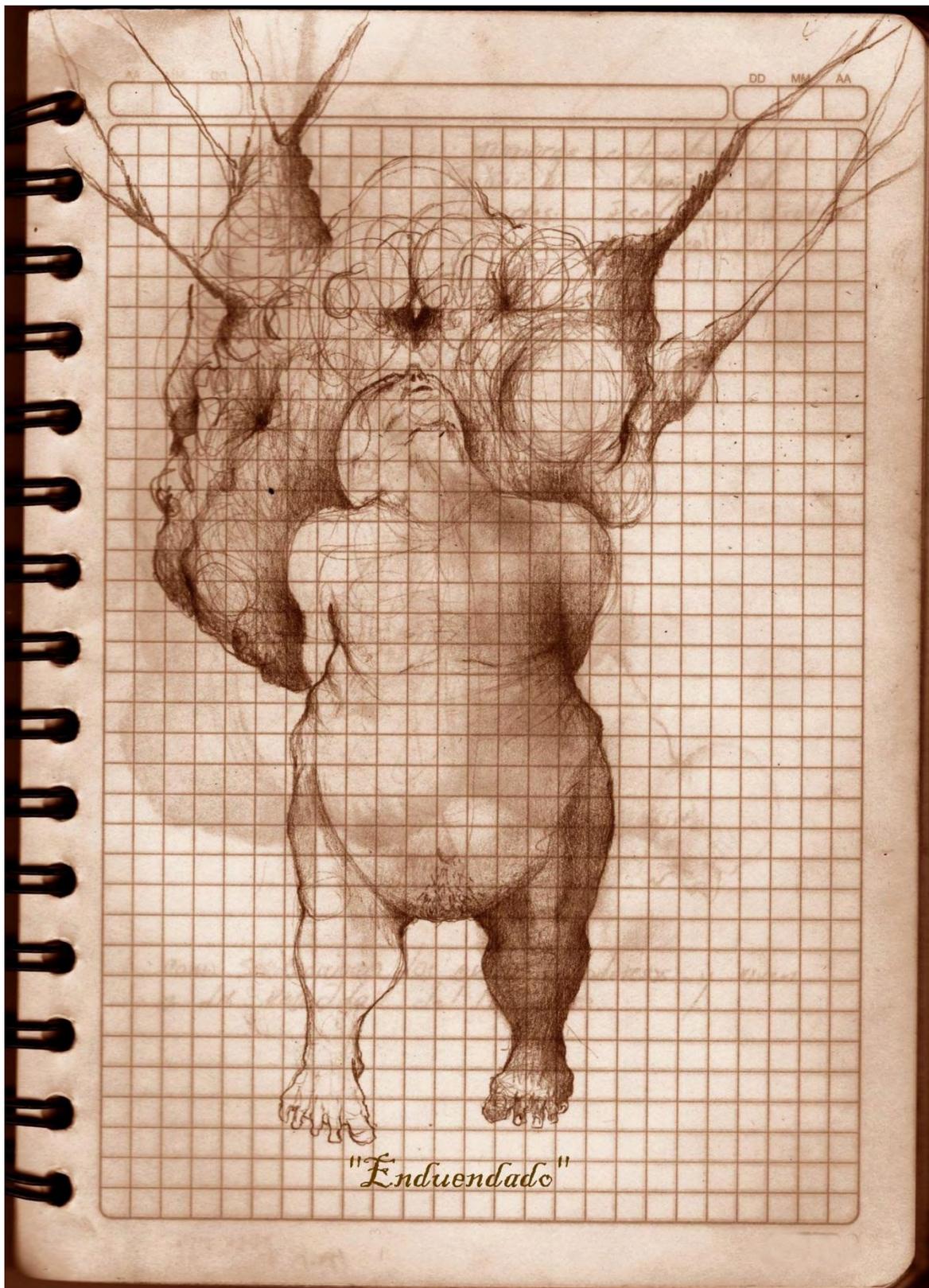
Cultura, 1988.

"Lindulado"

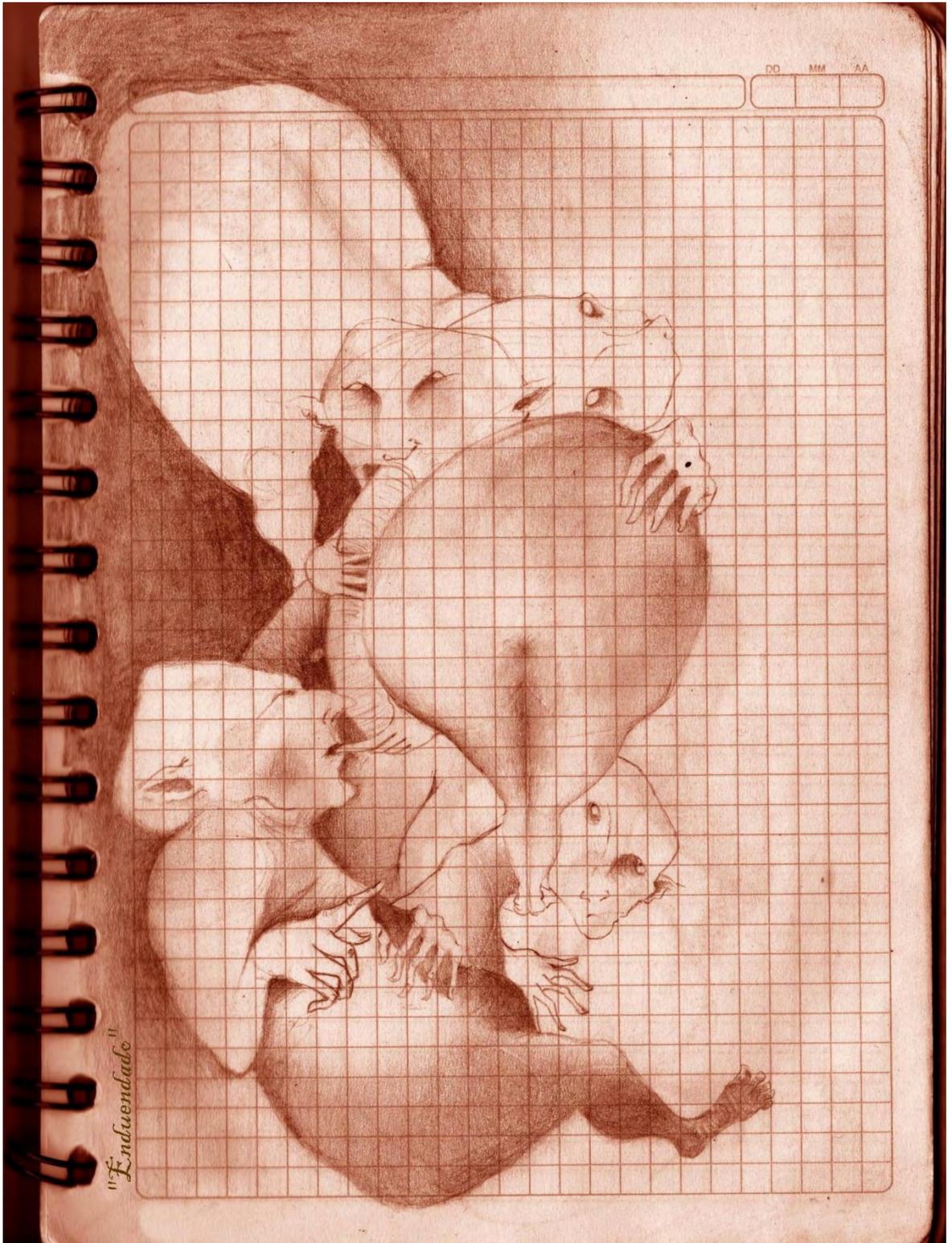








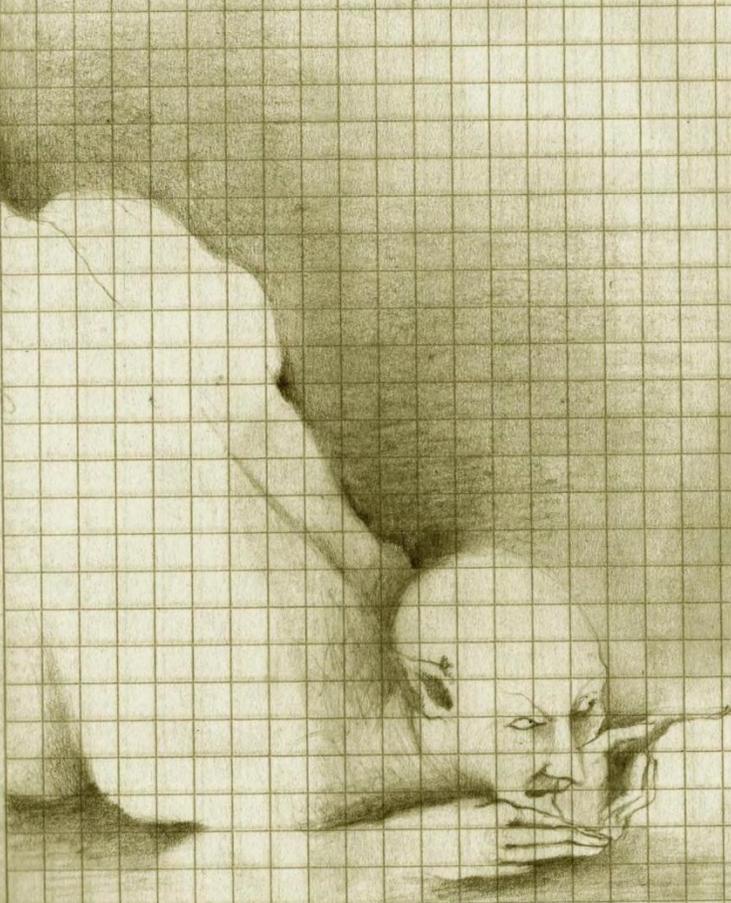
"Enduendado"



La Lucha de cuerpo y alma.

DD MM AA

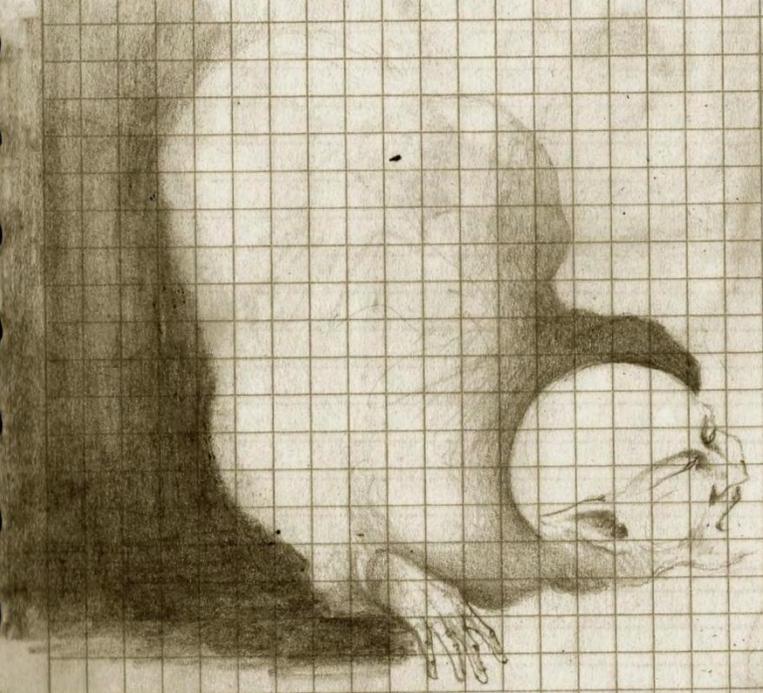
Soy prisionero de tu mente, estación por estación del destino.



"Enduendado"

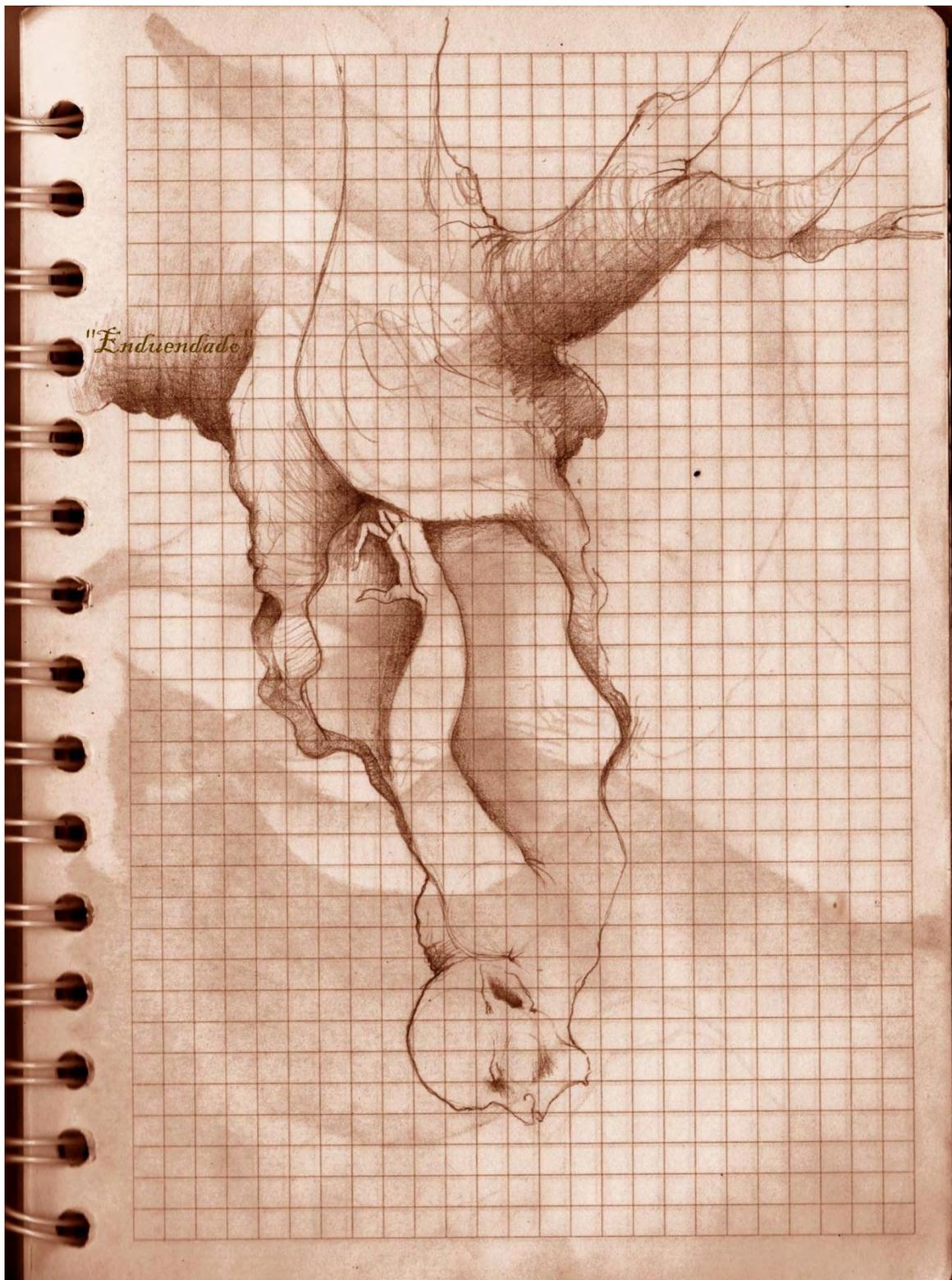
Hacer un juego de prendas bobarras

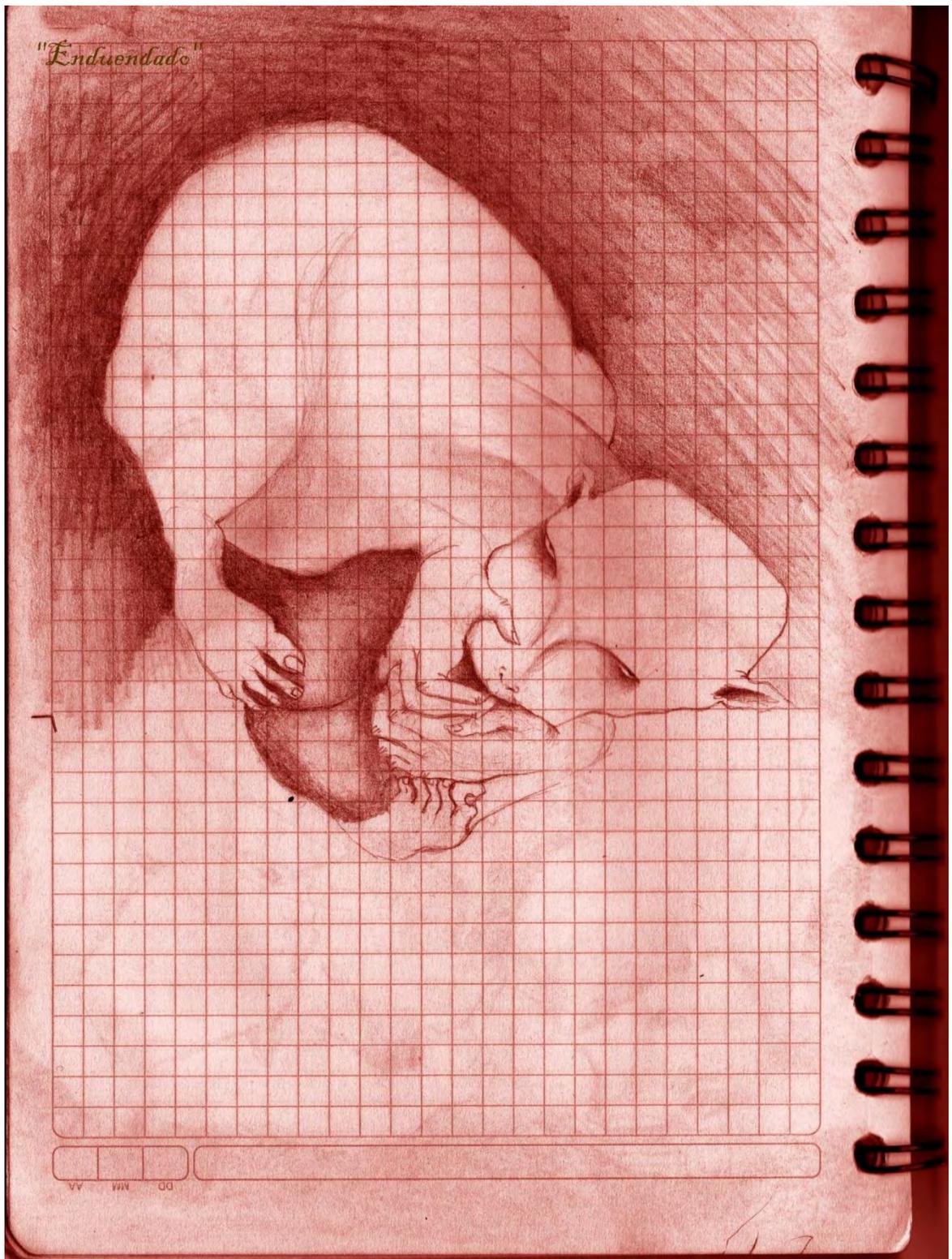
Carroceros - Umbra
penumbra

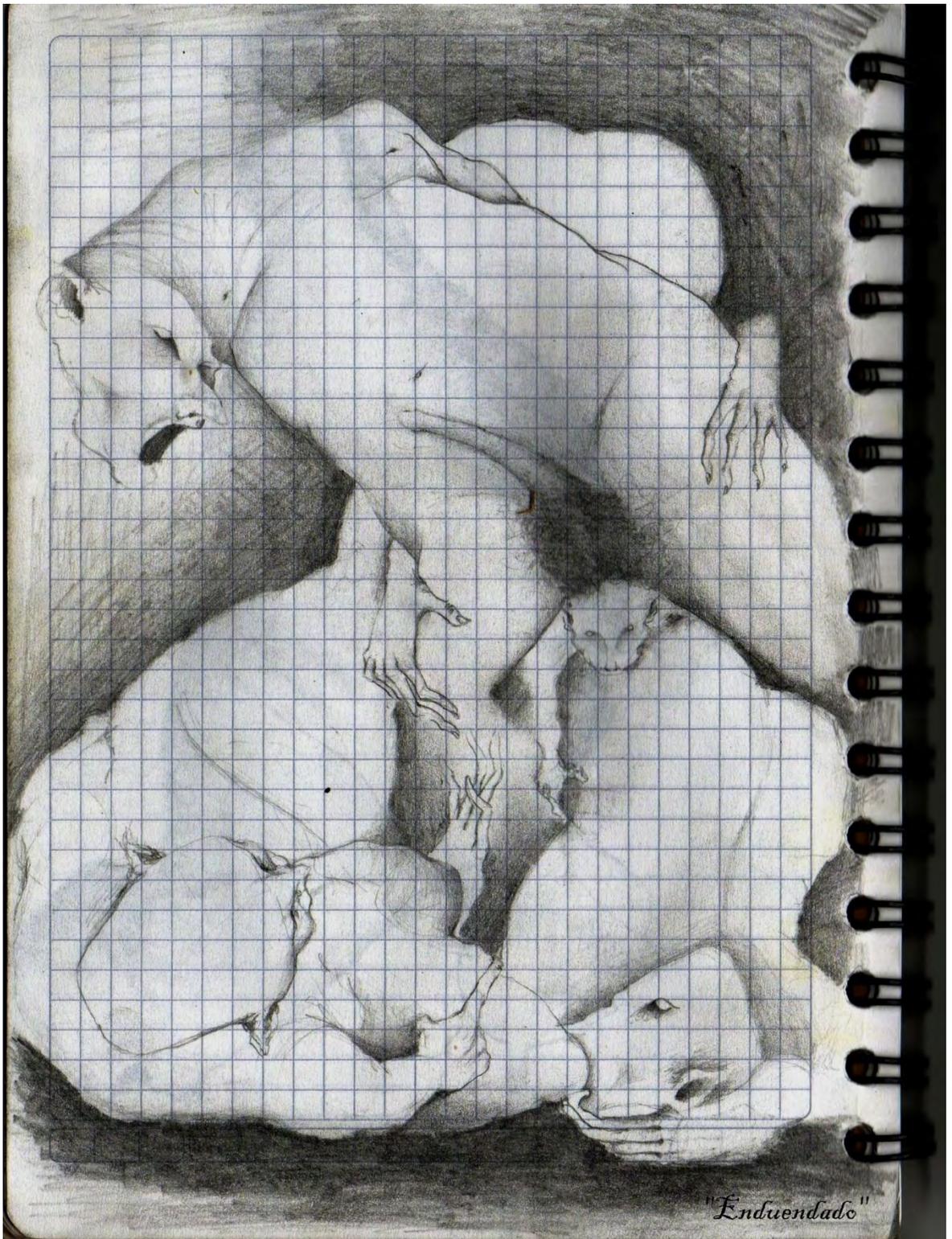


"Enduendado"









CONCLUSIONES

Desde el instante de la conquista los pueblos indígenas de América, tuvieron que padecer todas las formas de dominación, explotación y exterminio de sus culturas. No obstante el deseo de vivir su voluntad de prevalecer resultaron ser la fuerza que les permitió resistir.

En el presente todavía los pueblos indígenas de Colombia, en un estado de derecho que proclama la igualdad y el orden no tienen asegurada su tierra. Aun despiertan con miedo a la invasión de sus territorios, o la cruel realidad de verde desplazados y por cualquier medio o bajo cualquier depresión.

Ante esta situación los pueblos indígenas se resisten a desaparecer y reclaman el derecho a participar y a que se respete y se les permita manifestarse sin discriminación su cultura. Por increíble que parezca aun en este tiempo todavía existe la negación de sus creencias y conocimientos. Pero su lucha más importante y definitiva es negarse a ser desplazados del valor de su palabra ancestral. Los indígenas dicen un no a la indiferencia con que se asume su oralidad. Los indígenas no tenemos más que el valor de la palabra. Esa palabra primera que dio nombre a todas las cosas del universo, la palabra mágica, hecha con la luz del tiempo, llena de belleza profunda y de pura verdad. Esa palabra que para los habitantes de Genoy baja desde la cima del volcán Galeras para llenarnos de vientos que nos conocen y entienden. Nuestro volcán a nosotros nos habla sentado, nos enseña del silencio, solo nosotros los que nacimos a sus pies podemos interpretar el sentido de sus mensajes.

BIBLIOGRAFIA

COLOMBRES, Adolfo. Literatura Oral y Popular de Nuestra América. Ed. IPANC, Ecuador, 2006.

CASTELLI Enrique. Lo demoniaco en el arte. Ed. Siruela. España, 2007.

ONG, Walter. Oralidad y literaria. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1996.

DESCARTES, Rene. Obras completas. Ed. Aguilar. Barcelona, 1982.

DEWEY Jhon. El arte como experiencia. Ed. Paidos. Barcelona, 2007.

DUFRENE, Mikel. Fenomenología de la experiencia estética. Ed. Fernando Torres, Barcelona, 1985.

SAGRADA BIBLIA. Nuevo Testamento, Romanos 10:17

CRIOLLO, Crisóstomo, Ronaldo. 2016

PASICHANA, María del Rosario. 2015

PIANDA, Anita Lina. 2012

YAQUENO, Teodolfo. 2016